





EDDIE THORNY

# SIN NADA QUE PERDER







EDDIE THORNY

# SIN NADA QUE PERDER



DERECHOS RESERVADOS  
Copyright by EDITORIAL ROLLAN  
Madrid, 1952  
PRINTED IN SPAIN







SAN BERNARDO, 68 - MADRID

## COLECCION F. B. I.

### Números publicados:

- |                                                      |                                     |
|------------------------------------------------------|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).                         | 25. Una ciudad abierta (4).         |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1).                       | 26. Horas trágicas (7).             |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).              | 27. La muerte alada (3).            |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1).                         | 28. Doctor X (1).                   |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).              | 29. El coloso de hierro (6).        |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).          | 30. Trampas mortales (5).           |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).           | 31. Contrabando funesto (3).        |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).          | 32. Nueva York-San Francisco (7).   |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).                 | 33. Entre rejas (1).                |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5).                         | 34. Muerte en el Caribe (6).        |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1).                          | 35. Secuestro (5).                  |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).          | 36. El dueño del mundo (4).         |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).                          | 37. Hermano contra hermano (7).     |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).        | 38. Filibusteros modernos (2).      |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).       | 39. Palestina en llamas (3).        |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1).                            | 40. La ley del terror (8).          |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).                         | 41. A la desesperada (5).           |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).           | 42. La promoción de la muerte (6).  |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2).                     | 43. Tinieblas (1).                  |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2).         |
| 21. El delator (6).                                  | 45. Fidelidad (6).                  |
| 22. Armonías de muerte (3).                          | 46. Sin cuartel (7).                |
| 23. Destinos cruzados (1).                           | 47. Armour, expulsado (5).          |
| 24. Persecución (5).                                 | 48. La huida de Varka (3).          |
|                                                      | 49. La Maffia (1).                  |
|                                                      | 50. Ala-ka, final de ruta (8).      |
|                                                      | 51. Tras el telón de acero (6).     |
|                                                      | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
|                                                      | 53. ¡Acusado! (7).                  |
|                                                      | 54. Misterio en Viena (5).          |
|                                                      | 55. El genio del mal (8).           |





56. Hombres armados (10).  
 57. Pavorosa elección (3).  
 58. La bestia escarlata (3).  
 59. Huellas de ultratumba (11).  
 60. S. O. S. (3).  
 61. Billetes malditos (3).  
 62. Camino de perdición (12).  
 63. Camaradas enemigos (3).  
 64. A la deriva (6).  
 65. ¡Odio! (1).  
 66. Cita de madrugada (3).  
 67. «Killer» a sueldo (5).  
 68. Muerte en el atardecer (4).  
 69. Loup-Garou (3).  
 70. Punto final (5).  
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).  
 72. Entre esas brumas... (5).  
 73. Tortura (13).  
 74. El confidente (3).  
 75. ¡Terror! (5).  
 76. El final de Rocco (5).  
 77. El vengador negro (1).  
 78. ¡Codicia! (8).  
 79. Sentenciado (6).  
 80. Secreto de Estado (4).  
 81. Alias «Lugger» (5).  
 82. Hora «D» (3).  
 83. Carne de horca (4).  
 84. Tráfico mortal (8).  
 85. Jack el Invencible (1).  
 86. Rastros perdidos (6).  
 87. Contrato siniestro (3).  
 88. Tránelón sangrienta (14).  
 89. Al borde del abismo (5).  
 90. Crimen y justicia (1).  
 91. Hombres sin alma (3).  
 92. ¡Sabotaje! (8).  
 93. La marca trágica (5).  
 94. Misión suicida (4).  
 95. Lucha a muerte (5).  
 96. Rebelión (3).  
 97. Hampa de frac (1).  
 98. Caza mayor (4).  
 99. La muerte falsifica dolores (15).  
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).  
 101. De Harvard a Quantico (16).  
 102. El asfalto es rojo (5).  
 103. Tragedia en Chinatown (14).  
 104. Soborno (3).  
 105. Vida en deuda (17).  
 106. Aguas turbulentas (4).  
 107. La araña verde (8).  
 108. Contraespías (18).  
 109. Noches de Nueva York (5).  
 110. ¡Aniquilados! (19).  
 111. La risa sardónica (3).  
 112. Chantaje (4).  
 113. Canon de protección (20).  
 114. El misterio de los locos del aire (21).  
 115. El hombre de Whitecha-pe (5).  
 116. Al llegar la noche (8).  
 117. Ciudad vertical (22).  
 118. Hombres y bestias (1).  
 119. La máscara (3).  
 120. Destino manda (23).  
 121. Sin esperanza (4).  
 122. La tela de araña (24).  
 123. Una sombra... (5).

#### EN PREPARACION:

Fidelidad, Bravura, Integridad.

#### AUTORES

- |                   |                     |                    |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz.     | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey.    |
| (2) Fred Baxter.  | (11) Thomas Settei. | (19) Edgar Ford.   |
| (3) Frank McFair. | (12) John Neboi.    | (20) Andre O'Sun.  |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty.    |
| (5) O. C. Tavin.  | (14) F. N. Graw.    | (22) Dana Yoneil.  |
| (6) Alor Benet.   | (15) Robert Deaf.   | (23) Al Gallard.   |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson.   | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc.  | (17) Alu Cortroa.   |                    |
| (9) J. L. Martin. |                     |                    |



# I

## CON LOS MESES CONTADOS



L espectáculo era de una monotonía abrumadora y deprimente. Abajo, el mar grisáceo, con grandes olas color de acero sucediéndose iguales a sí mismas, con desesperante uniformidad; arriba, el cielo plumizo, encapotado, con nubes altísimas que amenazaban con descargar sobre el avión una lluvia que no acababa de caer, y entre el cielo y el mar, el «Constellation» abriéndose paso en lucha contra la distancia y el viento, acompañado por el zumbir monacorde y obsesionante de sus cuatro motores.

Llevaban diez horas largas de vuelo. Partieron poco después de la medianoche; abandonaron las costas americanas cuando aún no

se insinuaban en el horizonte las primeras luces del alba y no avistarían las costas europeas hasta que las sombras de la noche envolvieran la tierra. Y en todo este tiempo, nubes arriba y agua debajo; nada que atrajese la atención, que distrajera momentáneamente el espíritu.

Ni siquiera podían sentir la áspera emoción del peligro. El viento era moderado; las nubes no lanzaban sus rayos en seguimiento del avión; los motores funcionaban con ritmo uniforme y la tripulación conocía perfectamente su cometido. Veinticinco años atrás esta misma travesía cubrió de gloria a Lindbergh e hizo estremecerse de angustia primero, y de júbilo después, los corazones del mundo entero; ahora, la seguridad absoluta del vuelo hacía dormir, aburridos, incluso a quienes por vez primera cruzaban por encima del Atlántico.

Durante varias horas, Garnett Paxton se esforzó por rehuir sus propios pensamientos, procurando poner su atención en cuanto le rodeaba. Tenía cierto instintivo temor a recordar su situación, a comprender que caminaba hacia una muerte segura e inevitable, que sólo podría retrasar a costa de torturas y sufrimientos insoportables. Pero ni el espectáculo que divisaba a través de las ventanillas ni el aspecto de los demás pasajeros, ni menos aún su charla anodina e insustancial, lograron distraerle. Trató de leer y acabó dejando el libro a un lado.

Echándose hacia atrás en la cómoda butaca, cerró los ojos, pretendiendo dormir. Así se le haría un breve instante el tiempo que le faltaba para llegar a París. Y una vez allí, los riesgos y las inquietudes de la acción no le dejarían tiempo para atormentarse con sus propios pensamientos. Desgraciadamente, el sueño había huido de sus párpados, y al cerrar los ojos, al aislarse de cuanto le rodeaba, surgían con mayor claridad, en su cerebro muchas cosas que quisiera olvidar.

En primer término, estaba el inspector-jefe, Hauser, dando con precisión y firmeza sus instrucciones. La tarea que se le encomendaba era difícil y peligrosa. Tres compañeros habían caído ya sin conseguir llevarla a feliz término. Como ellos, Garnett habría de luchar contando casi exclusivamente con sus propias fuerzas. Descubierto, no podría esperar ayudas ni reclamar apoyos; acusado, no cabría defenderse revelando su verdadera personalidad. Para el

mundo entero no había de ser más que un simple periodista, entremetido y curioso, que por cuenta propia, y sin respaldo alguno de las autoridades de su país, realizaba averiguaciones que fácilmente podían calificarse de espionaje.

—Aunque lleguen a condenarle a muerte, no podremos mover un solo dedo para salvarle. Incluso si le fusilaran, no saldría de nuestros labios una sola palabra oficial de protesta.

La perspectiva no tenía nada de halagüeña, especialmente cuando el fracaso de quienes le habían precedido en el empeño tendría alarmados a los adversarios, a los que debía sorprender y derrotar. Era lógico que estuvieran alerta, esperando su llegada y presto a caer sobre él para destrozarle. Con entera claridad se lo dijo el inspector-jefe, Hauser:

—Ha de conducirse con habilidad extremada, con cautela sin límites. Aun así —no quiero engañarle—, hay muchas probabilidades de que tropiece en su camino con una bala que ponga final repentino y sangriento a su vida.

Garnett no se inquietó demasiado por aquel anuncio. Antes de presentarse voluntario para acometer el difícil trabajo, ya sabía los riesgos que tendría que afrontar y vencer. ¿Por qué se lanzaba a ellos? Por el deseo de servir a su patria, desde luego; por el afán de vengar a Bruce, también; pero, sobre todas las cosas, por algo que su interlocutor no podía sospechar siquiera. Hauser le aleccionó convenientemente. Al final le indicó:

—Su tarea será difícil, pero en modo alguno desesperada. Tiene algunas posibilidades de triunfar. Si no existieran, yo no consentiría, aun con todo el enorme interés que el asunto encierra para nosotros, en mandarle a una muerte cierta. Es preciso que triunfe, no que se haga matar. Los héroes muertos merecen todo nuestro respeto; pero yo prefiero a los triunfadores vivos. Quiero que sea usted de estos últimos.

Garnett Paxton inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. Estaba dispuesto a triunfar. Necesitaba poner al descubierto una siniestra conjura que entrañaba la más grave amenaza para su país; lograr que los culpables de las muertes de compañeros admirables sufriesen el justo castigo que merecían; demostrar a quienes se atrevían a desafiarlo que el

F. B. I.

era mucho más poderoso de lo que llegaron a imaginar. Pero...

—Si me matan, no lo sienta demasiado, inspector. Acaso me hicieran un favor. Yo lo tengo todo perdido.

Hauser le miró entre sorprendido y alarmado. Cuando habló de nuevo, fue para expresar ciertas dudas acerca de que Paxton fuese el hombre más indicado para la complicada misión que se le encomendaba. Garnett hubo de argumentar entonces echando mano a todos sus recursos dialécticos.

—El ansia de conservar a cualquier precio la vida es precisamente lo que hace que muchos la pierdan. El deseo primario de salvar la propia existencia, el instinto animal de rehuir la muerte agarrota su voluntad de tal manera que les hace presa fácil de sus enemigos.

—Y usted no tiene miedo a la muerte, ¿verdad?

—¿Miedo yo? —inquirió con una triste sonrisa Paxton—. ¿Cómo voy a temer a lo que he de mirar como una liberación?

El inspector lanzó una exclamación de sorpresa. Por un instante pensó que Garnett no estaba en sus cabales; aunque todos los informes que tenía de él le presentaban como un hombre perfectamente equilibrado, su extraña actitud le obligaba a dudar con fundamento sobrado. Habilidadosamente hizo algunas preguntas en tal sentido. Su interlocutor denegó sin vacilaciones:

—Tranquilícese, Hauser; no estoy loco. ¿Que sufrí el año pasado una operación en el cerebro? ¡Bah! Pregunte en el St. Paul Hospital, donde me operaron. Los propios cirujanos podrán confirmarle que la dolencia que sufría no afectó para nada a mi razón.

—¿Entonces...?

—Se lo diré con entera claridad, inspector. Según los médicos, me quedan seis meses de vida; lo más probable es que los tres últimos haya de pasarlos entre horribles sufrimientos. ¿Comprende ahora por qué no me inquieta la posibilidad de que me maten dentro de unas cuantas semanas o unos cuantos días?

Hauser comprendió en el acto. Pero, al mismo tiempo, una duda punzante surgió en su espíritu: ¿Se había ofrecido Paxton voluntariamente para acometer la difícil empresa con el anhelo de hacerse matar cuanto antes?

—No —replicó Garnett—. Hacerme matar equivaldría a un suicidio, que mis creencias me impiden cometer. Si me ofrecí fue

por varias razones que usted no ignora. Creo conocer Francia tan bien como cualquiera; deseo ser yo quien venga al pobre Bruce, compañero de promoción, con el que me unía una íntima amistad, y tengo la seguridad de desempeñar mi cometido con mayor eficacia que nadie.

Mentalmente, Hauser hubo de darle la razón. Era cierto que Bruce y Paxton se llevaban como hermanos; también que Garnett conocía a fondo París. Antes de que los Estados Unidos se vieran lanzados a la guerra, había sido corresponsal en la capital francesa de un periódico de Filadelfia. Siguió allí durante los primeros tiempos de la ocupación alemana, hasta que la Gestapo le detuvo en octubre de 1941, expulsándole del país, molesta por algunas de sus informaciones.

Desde un primer instante había pensado en él como el más adecuado para ocupar el puesto que Bruce dejó vacante con su muerte. Sin embargo, no se atrevió a encomendarle la comprometida misión hasta que Paxton vino a ofrecerse de una manera voluntaria. La razón de que no hubieran solicitado su concurso por anticipado, de que no le mandasen a Francia antes incluso que a cualquiera de sus compañeros caídos, era clara y sencilla: a causa de una dolencia, Garnett llevaba año y medio apartado de toda actividad. Un tumor cerebral le obligó a pedir la excedencia, y oficialmente no había solicitado el reingreso en el servicio.

En realidad, Paxton no tenía intenciones de volver a la Policía Federal. Atraído por ella al finalizar la guerra, le prestó su entusiasta concurso durante cinco largos años, convencido de que así defendía a su patria con la misma eficacia que la había defendido con las armas en la mano durante los tres precedentes. Especializado en determinado tipo de misiones en países remotos —para las cuales, más que un estorbo, constituía una poderosa ayuda poder pasar por simple reportero—, alcanzó algunos éxitos policíacos y periodísticos. Si los primeros —por razones harto fáciles de imaginar— no trascendieron fuera de un círculo muy reducido, los segundos le proporcionaron cierta nombradía.

Y fue esta nombradía la que, a comienzos de 1950, cuando regresaba de realizar un largo viaje por Malaca e Indonesia, abrió ante sus ojos nuevas perspectivas. O, para ser más exactos, le hizo

comprender la necesidad de consagrarse íntegramente a su vocación periodística. Tenía ya treinta y dos años y había llegado la hora de labrarse un porvenir. El

F. B. I.

era bueno durante la primera juventud, con sus emociones constantes, con sus luchas heroicas, poniendo la propia existencia en juego en defensa de la nación; pero no significaba una solución definitiva en la vida de un hombre. O, por lo menos, para un hombre como Garnett Paxton, con cierta fama como periodista y con grandes ambiciones literarias.

Acaso en su deseo de una vida más tranquila y desahogada influyó una mujer. Cuando al sentir los primeros síntomas de su enfermedad se decidió a pedir la excedencia, lo hacía con la doble esperanza de que la curación sería rápida y de que, apenas curado, Joan accedería gustosa a convertirse en su mujer. Por desgracia, las cosas sucedieron en forma muy distinta a como esperaba. Lo que imaginaba malestar pasajero resultó ser un tumor cerebral, que precisó una delicada intervención quirúrgica, y cuando se creyó en condiciones de buscar a la muchacha, recibió la dolorosa sorpresa de saber que se había casado con otro.

Pasó una temporada reponiéndose en las Rocosas, y a su regreso entró a formar parte de la redacción del «Pennsylvania Record» y de la American News Service, conocida en el mundo entero por el anagrama Ans. La excedencia concedida por el

F. B. I.

no expiraba hasta seis meses más tarde, y Garnett quería convencerse en aquel tiempo de que el periodismo le ofrecía las más amplias y risueñas perspectivas. Empezaba a estar plenamente convencido, cuando nuevamente la fortuna le volvió la espalda, enfrentándole con la más dolorosa y triste de las realidades.

Un día —no sabía exactamente cuándo— comenzó a sentirse enfermo por segunda vez. No era el dolor agudo, lacerante, que le obligó a someterse unos meses antes a una operación. Ahora le acometía de pronto una especie de sopor, como si los nervios se negasen de pronto a transmitir a los músculos los mandatos del cerebro. Alarmado, asaltado por los más negros presentimientos, torno al mismo cirujano que le tratase la vez anterior. El doctor le escuchó en silencio; luego movió la cabeza con aire preocupado:

—¡Hum! No me gusta nada...

Siguieron unos días de observación, de análisis, de someterle a diferentes pruebas. Garnett inquiría, más inquieto cada vez, por el alcance exacto de su enfermedad. ¿Tendrían que operarle de nuevo?

—Hábleme con entera sinceridad. Soy un hombre fuerte y quiero conocer la verdad.

—Pues, con entera sinceridad —repuso el médico, tras una perceptible vacilación—, he de reconocer que la operación, desgraciadamente, sería totalmente inútil.

—¿Cáncer? —preguntó Paxton, sintiendo que una mano helada le estrujaba el corazón dentro del pecho.

El doctor se encogió de hombros en gesto dubitativo. Habló luego con aparente sinceridad, pero en forma que a Garnett se le antojó un deseo piadoso de alimentar en su ánimo esperanzas faltas de toda base firme. No era posible sentar una afirmación categórica. Podía tratarse de una reproducción del anterior tumor, sin que por ello hubiera de ser forzosamente canceroso.

—Pero teniendo en cuenta los antecedentes familiares —replicó Paxton, con una sonrisa triste en los labios—, no creo que haya duda posible, ¿verdad?

El médico negó con más rapidez que convicción. Que el padre y la madre de Garnett hubiesen muerto víctimas del cáncer, no implicaba que el hijo hubiese de padecer el mismo y terrible mal. Nadie hasta entonces había podido demostrar que fuese enfermedad hereditaria, ni siquiera contagiosa. El hecho de que varias personas de una misma familia se vieran atacadas por ella indicaba una predisposición familiar, pero nada más.

—Para mí —comentó Paxton— puede ser suficiente.

Al salir del St. Paul Hospital, aquella tarde, estaba convencido de no tener salvación posible. Con unos pocos años de intervalo vio morir a sus padres; en ambos casos se recurrió a todo en un desesperado esfuerzo por salvarles la vida, y todo inútil. Tras una primera operación, en la que se cifraron grandes esperanzas, el mal se reprodujo ahora con caracteres mortales. El padre y la madre murieron a los pocos meses de recrudecerse su dolencia, entre dolores tan horribles que a veces no conseguían paliarlos ni las más fuertes dosis de morfina.

—Igual, exactamente igual, me ocurrirá a mí.

Conocía perfectamente el curso de la terrible enfermedad y no se hacía ilusiones de ninguna clase. Recordaba la muerte de su padre, y sabía que pasaría por sus mismos trances. Ahora, durante doce o catorce semanas, el mal parecería amortiguado; se encontraría bien, sin dolores, y llegaría a hacerse la ilusión de estar sano. Después comenzaría una pesadilla dantesca, a cuyo final aguardaba una muerte inevitable. Serían tres, cuatro, tal vez seis meses de angustiosa agonía, con la desoladora convicción de no tener solución posible, de que cada día que se retrasaba el final no eran veinticuatro horas más de vida, sino de espantoso deseo de morir cuanto antes para dejar de padecer.

—Sería mejor terminar de una vez y cuanto antes.

La idea del suicidio cruzó obsesionante por su cerebro. La rechazó con energía. No sólo porque era una cobardía y Garnett no había sido nunca cobarde, sino esencialmente por sus creencias religiosas. Nadie tiene derecho a disponer de la vida que le fue concedida. Por triste y doloroso que fuese el final, había que afrontarlo con resignación y con entereza.

Fue entonces, al hablar con el inspector Harpper, que de paso por Filadelfia se presentó a visitarle en el periódico, cuando se enteró de la muerte de Harry M. Bruce. Bruce había sido, más que un amigo, un hermano para Garnett. Los dos estudiaron juntos en Quántico y los dos acometieron en estrecha camaradería diversas y comprometidas empresas. El cadáver de Bruce había sido encontrado acribillado a balazos en una callejuela apartada de Neuilly, en las cercanías de París.

—¿Qué hacía allí?

—No lo sé exactamente. Es Hauser quien lleva ese asunto. Creo que se trata de algo de enorme importancia, pero de mayor riesgo. Bruce es el tercero que cae. ¡Pobre del que vaya a ocupar su puesto!

Durante varias horas, Paxton estuvo meditando. Comprendió de pronto que aún podía ser útil a sus antiguos compañeros. Pedirla realizar la misión que Bruce no logró llevar a feliz término, para procurar vengarle. ¿Que podían matarle? ¡Bah! De una manera u otra no podría vivir mucho; estaba condenado a muerte, con una sentencia que no tenía posible apelación. Si le metían unos balazos en el cuerpo, le ahorrarían semanas enteras de sufrimientos.

—Y siempre es preferible que me maten a mí que a otro

compañero que tenga toda la vida por delante.

Se presentó a Menlo Hauser en el preciso instante en que el inspector-jefe estaba dispuesto a mandarle llamar, pese a su enfermedad y a su excedencia. Los dos hombres llegaron a un rápido acuerdo. Paxton saldría inmediatamente con rumbo a París. Para todos, su viaje sería periodístico e informativo, ya que nadie conocería su reingreso en el

F. B. I.

Oficialmente no pasaría de ser un enviado especial de la American News Service, que se proponía informar a los lectores americanos acerca de los progresos económicos y militares realizados en los diversos países europeos integrantes de la alianza atlántica.

Cada uno de los tres agentes que le habían precedido en la aventurada empresa se presentó en París simulando profesión y actividades diversas. El primero, quiso hacerse pasar por un pintor bohemio, extravagante y adinerado, entusiasta buscador de toda clase de emociones fuertes; el segundo cayó sobre Francia, procedente de la Alemania occidental, como un ejemplar típico de la fauna surgida en Europa en medio del caos provocado por la guerra: una mezcla de «gángster» americano y estraperlista europeo, tan carente de nacionalidad como de escrúpulos: el tercero. —Bruce precisamente—, por un millonario capaz de vender el alma al primero que le diese por ella unos centavos, falto de escrúpulos y deseoso de hacer negocios con quien fuera y a costa de lo que fuese.

Al empezar, los tres estaban seguros del éxito; sus primeros informes no podían ser más optimistas y esperanzadores. Pero antes de llegar al final, mucho antes de saber nada de lo que fundamentalmente nos interesaba, desaparecieron repentinamente, para aparecer horas o días después en los sitios más insospechados con una buena ración de plomo en el cuerpo y huellas que demostraban haber sido tratados en vida con una violencia salvaje.

¿Fueron torturados para obligarlos a hablar?

Probablemente. No hemos podido comprobarlo, porque no tuvimos intervención oficial en el caso. No cabía presentarse a reclamar los cadáveres y realizar una investigación a fondo, por cuanto a las autoridades francesas no les hubiese agradado enterarse «*a posteriori*» de que agentes nuestros trabajaban en París y sin conocimiento suyo.

La Sureté se limitó a practicar unas averiguaciones rutinarias y llegó a la conclusión de que uno de los americanos había sido muerto en riña y los otros dos asesinados para robarles el dinero que llevaban encima. El

F. B. I.

sabía que las cosas debieron pasar de muy distinta manera, pero no estaba en condiciones de probarlo ni tenía el menor deseo de descubrir su juego.

—Usted tendrá que comenzar por donde ellos terminaron. Y procurar llegar hasta el final, cuidando de que no le cacen a la mitad del camino.

Paxton estaba decidido a triunfar en la empresa que acometía, aunque no le quitaba el sueño la posibilidad de que un balazo se cruzase en su camino. Escuchó con toda atención las instrucciones de Hauser, tomó nota mental de los menores detalles y se propuso ajustar su conducta y trabajos a la trayectoria que el inspector jefe le señalaba.

Su tarea consistiría, en fin de cuentas, en descubrir y hallar las pruebas precisas para terminar con una organización que representaba el mayor peligro, no sólo para los intereses americanos en Europa, sino para determinadas naciones del viejo continente. Cargamentos enteros de armas destinadas a constituir y fortalecer el futuro ejército europeo desaparecían antes de llegar a su destino; en las bases yanquis de Francia, Bélgica y Alemania occidental se producían constantes accidentes que tenían todas las características de sabotajes perfectamente planeados; algunos elementos científicos, militares o diplomáticos se habían esfumado sin dejar el menor rastro.

—Tenemos la impresión de que el centro y el cerebro directivo de esa organización terrorista se encuentra en París. Por desgracia, la Policía francesa niega incluso su existencia y supone que nuestras repetidas denuncias no son otra cosa que el fruto de la calenturienta imaginación de unos perturbados.

Aquello dificultaba considerablemente el descubrimiento de los culpables. Los agentes americanos puestos sobre su pista tenían que actuar de una manera clandestina, luchando, más aún que contra los forajidos, por no caer en manos de la Sureté. El famoso chauvinismo francés parecía haber resurgido con nuevas fuerzas y

su mejor expresión era el celo excesivo de la Policía en no consentir que quienes podían y debían considerarse como sus aliados les enseñaran a combatir un peligro que podía empujarla a una catástrofe semejante a la de 1940.

—Es una actitud incomprensible, que a veces hace pensar en la traición. Pero, sin descartar que pueda haber algunos individuos que no cumplan con su deber, yo me inclino a pensar que se trata de una susceptibilidad hipertensiada. Lo cual no quiere decir que resulte menos desagradable y peligrosa para usted que lo fue para sus predecesores.

Bien. Con los ojos cerrados, mientras el avión volaba por encima de las aguas agitadas del Atlántico, Garnett iba pensando en las posibles dificultades. Examinando el problema con absoluta sinceridad, se inclinaba a suponer que Hauser había exagerado un tanto. Sin embargo, no le inquietaba demasiado que sus palabras respondieran con exactitud a una verdad peligrosa. A otro cualquiera podría desazonarle el simple pensamiento de que su vida estaba en juego. Pero a él, sabiendo por anticipado que no tenía salvación posible, mirando a la muerte como a una liberación, ¿qué angustia podía producirle? Si algo había capaz de quitarle el sueño, era todo lo contrario precisamente: que la empresa no fuera tan arriesgada como se la habían presentado y que pudiese coronarla con éxito sin haber sufrido un solo rasguño.

—Ésa sí que sería una verdadera catástrofe —murmuró, removiéndose desasosegado en la butaca del avión.

Por fortuna, unas horas después, apenas el «Constelación» tomó tierra en el aeródromo de Orly, sus temores comenzaron a disiparse. El primer contacto con la Policía francesa ya le sirvió para indicarle que Hauser estaba en lo cierto. Apenas presentó su pasaporte, el individuo que lo examinaba le indicó con la más amable de sus sonrisas:

—Soy el comisario Maurice Prevost, míster Paxton. ¿Tendría algún inconveniente en pasarse mañana a las diez por mi despacho en la Prefectura de Policía?

—Ninguno —repuso, arrugando ligeramente el ceño, Garnett—. ¿Es que mi documentación no está en regla?

—En absoluto, *monsieur* —y la sonrisa de Prevost se hizo todavía más amplia y cordial—. Su pasaporte tiene todos los

requisitos precisos para que no pongamos el menor obstáculo a su estancia en nuestro país. Sin embargo...

—¿Qué?

—Hemos recibido algunas indicaciones acerca del trabajo que se propone desarrollar. ¿Comprende?

—Ni una sola palabra —replicó Garnett—. Soy un periodista que viene en cumplimiento de deberes profesionales. Francia es un país democrático donde existe libertad absoluta de información. ¿No es así?

—¡Naturalmente, míster Paxton! No obstante, sus antecedentes...

—¿Antecedentes? —preguntó irritado el americano—. ¿Se refiere acaso a que hace diez años fui expulsado de Francia? ¡Tendría gracia! Resultaría entonces que la Gestapo...

—Perdón, *monsieur* —le interrumpió impaciente su interlocutor—. No me refería a aquello, sino a ciertas actividades posteriores, naturalmente. Pero no es éste el lugar ni el momento adecuado para discutir las. ¿Puedo esperarle mañana en mi despacho?

—¿He de interpretarlo como una orden?

—Más bien como un ruego... que haría bien en no desoír.

—Perfectamente, comisario. Iré a la hora indicada.

En el «auto» que desde el aeródromo le conducía al centro de París, Garnett fue meditando acerca de la extraordinaria y sorprendente invitación del comisario Prevost. No creía que la entrevista del día siguiente tuviese la menor trascendencia. Era un periodista americano, con el visado de entrada en regla, y no temía que la Policía le pusiera grandes dificultades. En cuanto a la posibilidad de una expulsión, no merecía la pena tomarla siquiera en consideración. Desde la terminación de la guerra no había sido expulsado de Francia ningún periodista extranjero y no iban a estrellarse con un americano, lo que armaría un escándalo de todos los demonios.

El Grand Hotel, donde había decidido hospedarse, se alzaba en la rue de Rivoli, no lejos de la Place de la Bastille. Aunque era un hotel de primer orden, a Paxton se le antojó un tanto destartado. Fue a parar allí porque Hauser se lo había recomendado, principalmente por su proximidad a la calle donde la American News Service tenía su delegación en París. Al frente de la

delegación estaba míster Hilary Golders, que había de ser uno de sus mejores auxiliares, ya que por mediación suya, y a través de cables redactados en lenguaje convenido, estaría en contacto casi permanente con sus jefes de Washington.

—*Pardon, mademoiselle!* Iba un poco distraído.

Había tropezado con la muchacha al cruzar el vestíbulo del hotel, dirigiéndose hacia el «comptoir». La joven —una chica de veinte a veinticinco años, esbelta, morena, de ojos grandes y rasgados de insinuante mirar— no pareció demasiado molesta por el encontronazo, replicando con una sonrisa:

—No tiene que disculparse, *monsieur*. Toda la culpa ha sido mía...

La muchacha se alejó sin dejar de sonreír. Garnett la siguió con la mirada, diciéndose mentalmente que era una de las mujeres más encantadoras y atractivas que había conocido en su vida. No debía ser francesa, a juzgar por su acento. Pero al hablar lo hacía con una voz tan armoniosa, que al americano no le hubiera disgustado seguir escuchándola un buen rato.

—Desde luego, míster Paxton. Tiene reservadas sus habitaciones. En el tercer piso, número ciento veintisiete.

Acompañado por dos botones que llevaban sus maletas, subió en el ascensor hasta la tercera planta. Precedido por ellos siguió hasta el extremo de un largo corredor. Al fin llegaron a la «*suite*» marcada con el número 127. Se componía de un pequeño saloncito, el dormitorio y el cuarto de baño. Cuando Paxton salió hasta la puerta del pasillo para cerrarla tras de los botones, se sorprendió al ver que de la habitación inmediata —el ciento veintinueve— salía la misma muchacha con la que había tropezado en el vestíbulo.

—¡Qué casualidad! —murmuró, pensativo—. Resulta que somos vecinos de cuarto...

La joven no debió verle, porque se alejó a buen paso hacia el ascensor o la escalera. Poniendo un billete de cien francos en manos de uno de los botones, Paxton hizo algunas preguntas. Sonriendo malicioso, el botones le contestó, sin vacilaciones:

—Vino ayer tarde al hotel. Se llama *miss* Valerie y creo que es inglesa. Es muy amable y me dio una buena propina. Y, desde luego, muy bonita.

Lo de que era bonita ya lo había visto Garnett. En cuanto a lo de

inglesa se permitía tener sus dudas. Ciertamente que sólo la había oído pronunciar ocho o diez palabras y éstas en francés, pero su acento no le parecía muy británico. Sin embargo, fuera inglesa o alemana, ¿qué podía importarle? Nada. Absolutamente nada.

En otras circunstancias le hubiese agradado mucho que una muchacha tan atractiva ocupase una habitación inmediata a la suya. Incluso se habría esforzado por entablar conversación con ella. La estancia en París resulta doblemente deliciosa con la amistad de una mujer hermosa. Desgraciadamente, ni el motivo que le traía a Francia le permitía perder el tiempo alrededor de una chica bonita, ni su estado de salud, sabiendo que le quedaban pocos meses de vida, le autorizaba a forjarse ilusiones respecto a un futuro más o menos feliz.

Tras cerrar la puerta de la habitación, abrió las maletas, colocando la ropa en uno de los armarios. Luego llamó por teléfono a mister Golders. La conversación fue breve y hubiera desorientado a cualquiera que pudiera escucharla. Paxton se limitó a darle cuenta de su llegada, diciendo que se pasaría por la redacción parisiense de la agencia al día siguiente para empezar a trabajar.

—Me hubiese gustado saludarle nada más llegar, pero el avión arribó con algún retraso, son las once y media y prefiero acostarme porque vengo bastante cansado.

—«Okay», amigo. Iré a recogerle al hotel a primera hora. ¡Bien venido a París, y que descanse!

No mentía Garnett al hablar con mister Golders. El «Constelación» había empleado veinte horas largas en saltar por encima del Atlántico y durante ellas no pudo conciliar el sueño. Sin haber dormido la noche anterior, se encontraba un poco agotado y le convenía reponer sus energías con vistas a la dura y peligrosa tarea que le esperaba.

Se disponía a empezar a desnudarse cuando sonó el timbre del teléfono. Le sorprendió que alguien le llamase a aquellas horas; su asombro aumentó cuando su interlocutor dijo ser el comisario de la Brigada Móvil Maurice Prevost.

—Desearía verle esta misma noche, mister Paxton. Perdona la molestia que pueda ocasionarle, pero me gustaría que se acercase un momento a la Prefectura. Por fortuna está muy cerca del hotel y en unos minutos...

—¿No habíamos quedado en que le visitaría a las diez de la mañana? —preguntó con acento de mal humor Garnett—. Estoy cansado del viaje y me gustaría descansar.

—Lo comprendo, *monsieur*, lo comprendo. Créame que siento en el alma molestarle. De serme posible hubiese ido a verle. Desgraciadamente, he de permanecer en mi despacho. Le aseguro que no le entretendré mucho. Despacharemos en un cuarto de hora y le aseguro que le alegrará haber venido esta noche.

Garnett sabía por experiencia que es conveniente acceder voluntariamente a las peticiones policíacas. Si uno se niega a ir donde le piden, pueden llevarle en forma menos agradable. Aunque disgustado, dio su conformidad a la cita del comisario Prevost y se dispuso a salir en su busca.

Conocía perfectamente París y sabía que la Prefectura de Policía se encuentra en la isla de Cité, en el Quai des Orfèvres. Yendo a pie no tardaría arriba de diez o quince minutos en llegar. Se puso de nuevo el abrigo, salió de la habitación, cerrando con llave la puerta, y descendió a buen paso la escalera. Ni el empleado que dormitaba junto al «comptoir» ni el portero parecieron nada sorprendidos al verle salir. Era natural que un viajero americano tuviese prisa por conocer la vida nocturna de París.

—¿Aviso un «taxi», *monsieur*?

—No. Prefiero darme un pequeño paseo.

Lo prefería, en efecto. Por el camino podría ir pensando acerca de los motivos de la llamada de Prevost y preparar las respuestas más convenientes. Con paso decidido echó a andar por la calle de Rivoli en dirección a la plaza del Hotel de Ville. Mientras, iba reflexionando en lo extraño de una cita a horas tan intempestivas.

De pronto le asaltó un temor. ¿Y si no hubiera sido el comisario quien le telefonease? Su primer impulso fue rechazar de plano la idea. ¿Quién sabía que había conversado con él en el aeropuerto, quedando en verle a la mañana siguiente? Pero ¿no había sido él mismo quien habló de la entrevista proyectada para unas horas más tarde? Siendo así, podía ser otro el autor de la llamada. Varias personas le vieron hablando con Prevost. ¿Y si cualquiera de ellas le había llamado utilizando su nombre?

«Sería una estupidez, porque dentro de quince minutos habría descubierto que no fue el comisario quien me llamó».

Pero en ir y volver a la Prefectura, aparte del tiempo que hiciesen perder allí, emplearía media hora larga. ¿No habría alguien interesado en registrar su equipaje antes de que entrase en contacto con sus amigos de París? Ciertamente que en las maletas no llevaba nada de interés; pero esto, naturalmente, lo ignoraban por completo sus posibles enemigos.

Por teléfono es difícil reconocer una voz con la que no estamos familiarizados. Doblemente difícil si se expresa en un idioma distinto al nuestro, por bien que lo hablemos. Garnett dominaba el francés a la perfección; sin embargo, llevaba demasiados años fuera de Francia para que en un primer instante pudiera advertir sutiles diferencias en la entonación de dos personas del mismo sexo. Indudablemente, había sido un estúpido saliendo del hotel sin comprobar previamente que la llamada había sido hecha desde la Prefectura.

«Lo mejor es volver rápidamente a la habitación. Si no ha ocurrido nada anormal, telefonearé al comisario para salir de dudas».

El portero se sorprendió un tanto al verle regresar con tanta premura, pero se abstuvo, naturalmente, de hacerle la menor pregunta. El empleado del «comptoir» había cerrado beatíficamente los ojos y el vestíbulo aparecía desierto. Paxton lo cruzó de dos zancadas. Pensó tomar el ascensor, pero optó por subir a pie. El ruido del ascensor pondría sobre aviso a cualquiera que hubiera entrado en su habitación y se exponía a ser sorprendido en lugar de sorprender al intruso.

Cuando llegó a la tercera planta miró receloso en todas las direcciones. No vio nada sospechoso ni alarmante. En el largo pasillo, perfectamente alumbrado, no había nadie. No obstante, avanzó sin hacer el menor ruido, con extraordinario sigilo, hasta ganar la puerta de la «suite» que ocupaba. La puerta aparecía cerrada conforme la había dejado. No obstante, por debajo se filtraba un hilillo de luz y estaba seguro de haber dejado las habitaciones a oscuras.

«Veremos quién es el visitante».

Pudo descubrir, al examinar la puerta, que la cerradura no estaba corrida. Con toda clase de precauciones, levantó el pestillo y empujó, abriendo centímetro a centímetro. Una rápida ojeada al

saloncito le permitió ver dos cosas: que allí no había alma viviente, pero que en el dormitorio estaba encendida la luz.

Sigilosamente, encajó la puerta a su espalda y cruzó el saloncito. La gruesa alfombra amortiguaba el rumor de sus pasos. Con la mano derecha en la empuñadura de la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo, ganó la entrada del dormitorio. Allí se detuvo, sorprendido y desconcertado.

En el interior de la alcoba había una mujer. Le volvía en aquel instante la espalda, absorta en el rápido registro de una de las maletas. Sin embargo, Garnett no tuvo la menor duda acerca de su identidad.

Era indudablemente, la misma y encantadora muchacha con la que había tropezado en el vestíbulo del hotel y a la que minutos después vio salir de una habitación inmediata a la suya. Debía haber estado espionando su salida para penetrar allí y comenzar su tarea, porque varias de las maletas mostraban signos evidentes de haber sido concienzudamente registradas.

—¿Encontró lo que buscaba, *miss* Valerie, o necesita que le eche una mano?

Con un gritito de asombro la muchacha se dio media vuelta rápida. Al ver a Garnett sus ojos reflejaron un agudo terror. Con celeridad trató de llevarse la mano al pecho, posiblemente en busca de algún arma que llevaba escondida. Paxton la contuvo, burlón y amenazador a un tiempo:

—¡Cuidado, *madeimoselle*! Si pretende sacar algún juguete tendré que disparar. Y no creo que le favoreciese mucho un agujerito en mitad de la frente...

La muchacha apartó la mano del pecho y se quedó mirando a Garnett con un gesto que expresaba ahora más desconcierto que temor. Hubo unos segundos de pesado silencio. Al cabo la joven murmuró:

—No puedo entender cómo...

—¿Vine tan pronto, verdad? ¡Oh, el truquito estaba bien ideado, pero es un poco difícil engañarme! Por fortuna llegué a tiempo de encontrarla en mi habitación. Y ahora...

—¿Cree que soy una ladrona?

—Quizá no. De todas formas, vamos a charlar un rato los dos. Y espero que comprenda que le conviene hablar claro y de prisa. En

caso contrario...



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO  
de la Colección F. B. I.

**YO, DIRECTOR DEL F. B. I.**

por A L F M A N Z

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas  
interiores, doble dibujo en cubierta, al precio de  
**OCHO PESETAS**

## II

### COMPLICACIÓN INESPERADA



A muchacha no respondió inmediatamente, pero Paxton pudo leer en sus ojos una buida inquietud, que hizo un violento esfuerzo para dominarla. Lo consiguió plenamente, porque cuando habló de nuevo su voz no reflejaba temor ni desconcierto.

—¿Qué quiere que le diga?

—Qué vino a buscar aquí y quién la mandó. Y necesito saberlo sin tardanza.

La joven vaciló un instante en responder. Por espacio de tres o cuatro segundos pareció trabar una dura lucha consigo misma. Al final contestó en tono evasivo:

—¿No le bastaría la seguridad de que no encontré lo que buscaba?

—Lo sé —afirmó con una sonrisa Paxton—; pero no me basta. Quiero saber qué hacía en mi habitación y quién tenía interés en hallar algo importante en mis maletas.

—¿Y si le dijese que vine únicamente a buscar dinero? —preguntó la muchacha.

—No la creería. Nadie deja en la habitación de un hotel nada que merezca la pena. Yo no tengo alhajas y en cuanto a la ropa no justificaría en modo alguno el riesgo de llevársela.

—Sin embargo, los americanos son ricos y descuidados. —A veces...

—No mienta —la interrumpió, brusco, Garnett—. Sabía de sobra al entrar aquí que no era ningún millonario. No todos los americanos son ricos, y entre los que lo son no figuran muchos periodistas.

—Es posible también que yo le tomase por un turista adinerado. En cualquier caso, reconozco que he fracasado por completo. Es todo lo que puedo decirle.

Era evidente que la muchacha quería hacerle creer ahora que se trataba simplemente de un vulgar intento de robo. Pero Garnett no estaba nada dispuesto a dejarse engañar. Ni la joven tenía aspecto de ladrona, ni el método empleado era el clásico en los «ratas» de hoteles. Ninguno de ellos entra en un cuarto al azar, sin saber antes lo que puede encontrar; ni menos aún inventa un truco para alejar al huésped suplantando a la Policía.

—¡Basta de habilidad, amiguita! Va a decirme de una vez lo que le he preguntado o...

—¿Qué?

—La entregaré a la Policía. Llamaré por teléfono al comisario Prevost, y dentro de cinco minutos...

—Recibirla una sorpresa muy desagradable —replicó la muchacha—. Aun admitiendo que llegase vivo a la Prefectura, ¿qué diría cuando le preguntasen por los motivos de su venida a Francia?

—La verdad —repuso, ligeramente desconcertado, Garnett—. Soy un periodista americano...

—Encargado por el

F. B. I.

de realizar una labor de espionaje. Y eso —añadió la joven, sonriendo— es aquí bastante más grave que el robo frustrado de la habitación de un hotel.

Paxton miró sorprendido a la chica, que hablaba en tono de perfecta seguridad. Replicó con rapidez y energía. Su interlocutora acababa de quitarse la careta. Ya no podría pretender en adelante que había ido allí simplemente con la esperanza de encontrar algunos dólares.

—¿Y qué? —le desafió la Joven—. ¿No comprende que eso complicaría su posición ante la Policía francesa?

—¿Supone acaso que favorecería la suya? —replicó Paxton en el mismo tono.

—En absoluto —reconoció con acento de profunda sinceridad la muchacha—. Por eso entiendo que a los dos nos conviene por igual llegar a un acuerdo.

Sorprendido y desconcertado por la extraordinaria proposición, Garnett fue incapaz de replicar palabra por espacio de medio minuto. Cuando lo hizo dio rienda suelta a su indignación. ¿Le juzgaba tan estúpido como para admitir que le impusiera condiciones cuando tenía todos los triunfos en su mano?

—Porque le creo inteligente le he dicho que debemos llegar a un acuerdo. Lo contrario sería desastroso para ambos.

Paxton rechazó violento la insinuación. A su parecer, la cuestión estaba planteada en términos diáfanos. Había sorprendido a su interlocutora registrando sus maletas; si la entregaba a la Policía iría derecha a la cárcel.

—Acaso —reconoció la joven—. Pero usted sería expulsado como mínimo de Francia. ¿O cree que *monsieur* Prevost no tendría interés en averiguar lo que buscaba o que yo no iba a decírselo?

—Nada tengo que temer —afirmó Paxton—. Soy un periodista americano llegado a Francia legalmente para escribir unos sencillos reportajes que...

La sonrisa irónica de la muchacha le impidió continuar. La joven habló, en cambio, con claridad y precisión. Era inútil que Garnett pretendiera engañarla. Sabía perfectamente quién era y a lo que había ido a París.

—Le envía el

F. B. I.

americano para trabajar aquí a espaldas de las autoridades francesas.

Paxton consideró inútil molestarse en negar. Al fin y al cabo, estaban solos y nadie podía oírlos. Pero aun cuando fuera cierto lo que Valerle afirmaba, ¿qué pruebas tenía en apoyo de su acusación? ¿Cómo esperaba que el comisario creyese a una posible ladrona frente a un honrado ciudadano que la había sorprendido en su propia habitación del hotel registrando sus maletas?

—Costaría poco convencer a *monsieur* Prevost repuso sonriente la muchacha, —porque ya está convencido por anticipado. ¿O acaso no le pareció suficientemente indicativo la forma en que le abordó apenas llegó a París? ¿Cree que si no sospechase algo, si no supiera algo, se habría atrevido a molestar a un reporter estadounidense?

—Sospechar es una cosa y poder probar otra muy diferente.

—Cierto. Pero mis declaraciones, unidas a lo que ya sabe el comisario, sería más que suficiente.

—Aunque en ningún caso la librarían de ir de cabeza a la cárcel —objetó Garnett.

—¿Quién sabe! Le he dicho que a los dos nos interesa llegar a un acuerdo y es verdad. Si se niega, es muy posible que sea usted quien vaya a la Prefectura como acusado y no como acusador.

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué pasaría si ahora mismo empezaba a dar gritos pidiendo auxilio y cuando acudieran los camareros o los huéspedes me encontraban en su habitación con las ropas en desorden y luchando a brazo partido con usted? ¿Dudaría alguien si yo juraba con lágrimas en los ojos que me había atraído con engaños a su cuarto, tratando de abusar torpemente de mi honestidad?

—¡Maldita enredadora!... —Gruñó Paxton.

—Soy mujer y debo defenderme con todas las armas a mi alcance. Convendrá conmigo en que su situación no sería muy airosa. Desengáñese, amigo: le interesa tanto como a mí un arreglo amistoso.

—¿En qué condiciones?

—Sencillísimas. Usted me deja salir de la habitación sin armar ningún escándalo ni denunciarme a la Policía; yo, en justa correspondencia, le digo cuánto sé con absoluta sinceridad.

Garnett meditó un momento la proposición de la muchacha.

Comprendió con rapidez que le convenía aceptar. Haciendo que la Policía la detuviese no conseguiría nada; tampoco cabía emplear la violencia —no era posible olvidar que se trataba de una mujer— para forzarla a cantar de plano. Era preferible dejarla marchar, si a cambio cumplía su promesa de decirle cuánto sabía. Pero ¿la cumpliría o trataría de despistarle con una serie de mentiras más o menos habilidosas?

—Le juro por lo más sagrado —repuso Valerie con acento de profunda sinceridad— que le diré todo lo que sé y conozco. ¿Acepta en estas condiciones?

—Sí. Pero no perdamos más tiempo. ¿Qué vino a buscar aquí?

—Lo que usted sabe de sobra. Aunque a mí me pareció una estupidez que sólo serviría para perder el tiempo, Bormann se empeñó en que había de registrar sus maletas. Esperaba encontrar instrucciones detalladas del

F. B. I.

a sus agentes en Francia diciéndoles incluso la forma en que habían de actuar.

—¿Y usted no lo creía posible?

—No. Hace falta una mentalidad como la de ese caballero para suponer que la Policía federal americana actúa con tan poca inteligencia. Las instrucciones que usted traiga se las habrá aprendido de memoria sin molestarse en consignarlas en un papelito que puede caer en manos de sus enemigos. ¿Me equivoco?

Paxton hizo un gesto ambiguo. Recordó a la muchacha que era él y no su interlocutora quien tenía derecho a preguntar con arreglo al pacto establecido entre ambos.

—¿Quién es ese Bormann que la mandó en contra de su voluntad a registrar mi equipaje con tanta premura?

La muchacha hizo una descripción del tipo: seis pies de estatura, ancho de hombros, cabeza cuadrada, las cejas muy pobladas, mandíbula saliente, ojos pequeños y manos grandes. Se hacía pasar por suizo, pero debía ser búlgaro.

—Por lo menos sé que visitó la Embajada búlgara y parece tener allí su centro de operaciones.

—¿Parece? Entonces, ¿no está usted segura?

—Aunque otra cosa pueda suponer, estoy segura de muy pocas cosas. Llevo sólo quince días en París y me limito a obedecer las

instrucciones que recibo, acaso porque no puedo hacer otra cosa.

—Pero al menos conocerá la organización que actúa en Francia y los fines que persigue, ¿no?

—Más por sentido común y deducción lógica que por intervención directa en sus manejos —puntualizó Valerie—. Yo soy un simple peón en el juego y no conviene a sus planes que los simples peones sepan más de la cuenta. Eso, naturalmente, se queda para los jefes.

—¿Es Bormann el Jefe?

La respuesta de la muchacha no fue demasiado concreta. Simón Bormann era un tipo vanidoso, que daba sus órdenes en tono grandilocuente y quería que todos le rindiesen obediencia y admiración. Figuraba a la cabeza del grupo a que Valerie pertenecía, pero la chica estaba segura que había otros muchos que estaban por encima de él.

—Mi impresión sincera es que se trata de un hombre de paja, de un fantasmón, de la pantalla tras de la que se ocultan otros más inteligentes y temibles.

—¿Quiénes?

La muchacha no estaba en condiciones de dar sus nombres, porque aseguraba desconocerlos. En cambio, parecía un poco más enterada sobre los fines y organización de los grupos terroristas que actuaban no sólo en Francia, sino en Italia, Bélgica, Holanda e incluso en la misma Inglaterra.

Su objetivo fundamental era destruir la potencialidad económica de las naciones integrantes de la

N. A. T. O.

y debilitar la capacidad militar de sus ejércitos y de las fuerzas americanas destacadas en Europa. Contra ellas se actuaba de dos maneras: una, casi pública, por medio de huelgas, protestas y manifestaciones cuya finalidad era convencer a los trabajadores europeos de que estaban siendo explotados por el capitalismo yanqui, promotor y preparador de futuras contiendas; otra, clandestina, pero ligada estrechamente por la primera, consistente en sabotajes, atentados, robos y violencias de todo género encaminadas a sembrar a ser posible la confusión y el caos.

—Bien —le interrumpió, impaciente, Paxton—. Todo eso lo sabe en líneas generales un chico de siete años, porque lo han repetido

mil veces los periódicos del mundo entero. Lo que quiero es que me diga concretamente cómo trabajan los grupos terroristas en Francia, quiénes los forman y cuáles son sus jefes.

—Lo comprendo —repuso la joven, con una sonrisa—; pero me temo mucho que mis palabras le produzcan una profunda decepción.

Aseguraba que, con excepción de Bormann, que era quien le había dado instrucciones al llegar a París, no conocía de nombre ni de vista a ninguno de los posibles dirigentes. Tan sólo se había relacionado con seis o siete individuos que le transmitían sus órdenes; pero estos individuos, de los que únicamente conocía que uno se llamaba Emile, otros Boris y un tercero Thorton, debían ser simples brazos ejecutores, tan ignorantes como ella misma del cerebro que dirigía la organización.

—¡Hum! —Gruñó, receloso, Paxton—. ¿Espera que me trague que no sabe absolutamente nada más? ¿Que ignora incluso cómo se reclutan los integrantes de esas bandas de terroristas?

—No —replicó la joven—. Y en ese punto concreto puedo darle algunos datos que quizá le parezcan increíbles o novelescos, pero que pueden serle muy útiles porque responden a la verdad.

Afirmó que aun cuando entre los forajidos que se movían en las sombras había algunos elementos franceses, la inmensa mayoría procedían de la Europa oriental. Eran en su casi totalidad polacos, checos, húngaros y rumanos. Oficialmente, y con arreglo a sus pasaportes y cartas de residencia, llevaban años enteros viviendo en Francia. En realidad, muchos de ellos habían llegado poco antes del otro lado del «telón de acero».

—¿Falsificación de documentos?

—No. Falsificación de personas. Pasaportes y cartas de residencia son auténticos; pero muchas veces no corresponden a quienes los utilizan.

Sin necesidad de nuevas preguntas, expuso lo que ocurría. En Francia, desde mucho antes de la segunda guerra mundial, residían millares y millares de trabajadores polacos, checos, rumanos y de todos los países de la Europa oriental. Los polacos, por ejemplo, estaban incluso en mayoría con respecto a los propios franceses en muchas minas de la cuenca hullaera del Norte. Todos ellos tenían parientes o amigos en su país de origen, de los cuales llevaban a

veces largo tiempo sin recibir la menor noticia.

De pronto empezaban a recibir cartas. Eran de los padres ancianos, de la mujer, de la antigua novia, de los hijos o de los amigos. Las cartas avivaban la nostalgia del suelo natal que experimenta inevitablemente todo expatriado, máxime cuando se le pinta con los más risueños colores la situación familiar y se le pide encarecidamente, se le suplica, que vaya a pasar una temporada de vacaciones al lado de los suyos, ofreciéndole incluso sufragar todos los gastos.

Algunos se negaban en redondo a escuchar estas voces de sirena; otros, recelosos y desconfiados, pedían garantías. Se les daba la plena seguridad de que podrían pasar unas semanas en Praga, Varsovia, Lublin o Bucarest en compañía de sus familiares, regresando después a Francia con entera libertad. Ni aun así se fiaban muchos; pero algunos accedían.

—Vuelven todos, naturalmente. Pero la cara de no pocos ha cambiado; y los que conservan la misma, han variado de ideas y de manera de trabajar.

Todo aquello resultaba demasiado novelesco para que Garnett lo admitiese de plano. ¿No estaría la muchacha tratando de desorientarle? Era lo más probable. ¿Por qué, en fin de cuentas, había de decirle una verdad peligrosa para ella si podía zafarse del compromiso con unas cuantas mentiras habilidosas?

—No la creo una sola palabra —gruñó.

—Me lo suponía —repuso con calma la joven—. Sin embargo, no estoy diciendo más que la verdad. ¿Que resulta inverosímil? ¡Y qué culpa tengo yo de que lo sea!

—¿Ha venido usted a Francia en esas condiciones?

—Sí, y no. Pero mi caso es un poco especial y preferiría no hablar de él. Si no me cree en lo demás, menos habría de creerme en esto.

Paxton recordó que poco antes uno de los botones le había dicho que la muchacha. —Valerie de nombre— era inglesa. Suponía que se trataba de una falsedad.

—No. Aunque nací en Alemania, estoy naturalizada inglesa desde los cinco años.

—Entonces, ¿se da cuenta de que traiciona a su patria al colaborar con sus enemigos?

Una sombra de tristeza pasó por los ojos de la muchacha. En tono apagado repuso, con gesto de terrible desesperanza:

—Sí; pero no puedo hacer otra cosa...

—¿Por qué?

—Sería demasiado largo de contar; inútil además, cuando no había de creerme; peligroso, porque ya estuve aquí mucho tiempo y necesito marcharme.

—¿Marcharse? Creo que sufre un ligero error, señorita. Quedamos en que respondería a mis preguntas y hasta que no lo haya hecho...

—Ya lo hice. ¡Quieto! Lo sentiría mucho, pero si da un solo paso tendré que apretar el gatillo...

En el curso de la charla, seguro de que la muchacha no constituía el menor peligro, Paxton había cometido un error imperdonable: guardar un momento la pistola en el bolsillo del abrigo. Ahora resultaba tarde para rectificar; tarde, porque Valerie le tenía encañonado con un arma sacada no sabía de dónde con incomprensible celeridad.

—¡Magnífica jugada! —exclamó, furioso, Garnett, haciendo un esfuerzo por dominarse—. Me dejo embaucar por su aire inocente, por sus embustes, y luego... ¿Qué pretende ahora? ¿Avisar a sus amigos para que me asesinen?

—No —replicó serenamente la muchacha—. Marcharme, sencillamente marcharme. Si continuase aquí cinco minutos, posiblemente no viviría usted para ver el final de la entrevista.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Tan tonto es que no lo comprende? Entré sola en la habitación, pero alguien vigila los alrededores del hotel; alguien que llamará por teléfono a mi habitación, que habrá llamado quizá ya. Si no le respondo, comprenderá lo ocurrido, vendrá aquí y usted...

—¿Me mataría?

—Seguro. Como me mataría a mí si supiese lo que acabo de decirle. ¡Apártese! Le interesa tanto como a mi dejarme marchar...

Avanzó hacia la puerta del pasillo en actitud resuelta. Paxton no se atrevió a cerrarla el paso, acaso porque las últimas palabras de Valeria, transidas de sinceridad, le produjeron un terrible desconcierto. Incrédulo, preguntó:

—¿Pretende que crea cuánto me dijo?

—¡Allá usted! No le he dicho más que la verdad. ¡Y ojalá hubiera sabido más para podérselo decir!...

Se oyó en aquel instante el repiqueteo del teléfono en la habitación inmediata. La muchacha miró significativamente a Paxton, apresurando el paso. Garnett la siguió a través del saloncito. Valerie indicó:

—Debo coger el teléfono. Si no lo hiciese...

Maquinalmente inclinó Paxton la cabeza en gesto de asentimiento. Luego, con premura, brotaron de sus labios unas cuantas preguntas: ¿Qué les diría la muchacha? ¿Por qué le había hablado con sinceridad cuando pudo entretenerlo con mentiras para que llegasen sus amigos y le sorprendieran?

—Porque no quise que le matasen, y menos por mi culpa. Les diré que lo registré todo sin hallar nada. Que usted ha vuelto, sí; pero que no sospecha en absoluto, porque yo había vuelto a cerrar la puerta y lo dejé todo en perfecto orden.

Una sonrisa de incredulidad apareció en los labios de Garnett. ¿Intentaba convencerle Valerie de que estaba dispuesta a mentir en favor suyo, traicionando a sus amigos?

—¿Mis amigos? —exclamó la joven—. ¡Les odio cien veces más que pueda odiarles usted!...

—Entonces ¿por qué está con ellos?

—Porque no puedo estar enfrente. Me va en ello más que la propia vida. Acaso algún día llegue a saberlo: pero ahora, déjeme. Déjeme, o será demasiado tarde para los dos...

Sin esperar ninguna nueva pregunta de Paxton, cerró la puerta a su espalda y corrió por el pasillo. Al asomarse, Garnett la vio penetrar en la habitación 129. Tras una ligera vacilación, fue tras ella. La puerta estaba cerrada por dentro.

Su primera intención fue abrirse paso por la violencia. Rectificó, convencido de que el escándalo no podía beneficiar sus planes. Se limitó a escuchar con atención, pegando el oído al ojo de la cerradura. Pudo comprobar que Valerie —si es que realmente se llamaba así— estaba hablando por teléfono. ¿Qué decía? No pudo descifrarlo. Hasta él sólo llegaba alguna palabra suelta, y ésta pronunciada en un idioma desconocido. ¿En cuál? No estaba muy seguro, pero le pareció «Yidéoh», aquella mezcla de polaco, alemán

y hebreo utilizado por los judíos de la Europa Central.

Cuando oyó el ruido de colgar el auricular, tornó pensativo a su habitación. No sabía qué hacer. Avisar a la Policía francesa resultaría inútil y contraproducente. Lo más probable era que nadie creyese lo que había ocurrido. Y de creerle, posiblemente fuera peor. Era preferible que la Sureté no metiese las narices en sus movimientos. Si empezaba a averiguar, tal vez lo echase todo a rodar.

Examinando con entera frialdad lo sucedido, no encontraba demasiados motivos para sentirse disgustado. Un poco padecía su amor propio al tener que reconocer que la muchacha se fue cuando y como quiso, aprovechando un exceso de confianza imperdonable por su parte. Acaso, de tratarse de un hombre, ni aun con la pistola en la mano le hubiese dejado marchar. Habría luchado con él a la desesperada y quizá hubiera logrado triunfar. Pero, aun teniendo que considerarla como enemiga peligrosa, ¿podía golpear, herir, matar tal vez, a una mujer de tan encantador aspecto?

Cierto que una mujer bonita resulta, en muchos casos —y cien ejemplos distintos que recordaba confirmaban este aserto—, mil veces más peligrosa que cualquier hombre. Pero ¿lo sería aquélla, concretamente? Sin saber por qué, se resistía a creerlo. Contra la lógica más elemental —que le aconsejaba desconfiar de ella y de sus palabras—, tenía la extraña impresión de que le había dicho la verdad. Y si era así...

No era mucho, en fin de cuentas, lo que había logrado sacarla, pero menos era nada. Aunque parte de lo que dijo fuera falso, siempre quedarían unos cuantos hechos indudables. Y entre ellos, el más alarmante de todos, que los terroristas que actuaban en Francia estaban enterados por anticipado de su llegada y conocían su verdadera personalidad y propósitos. Era lo suficiente para no estar nada tranquilo, especialmente recordando lo que a sus predecesores les había ocurrido. Sin embargo...

«Yo no tengo nada que perder», se dijo con una melancólica sonrisa.

Y era verdad. Dada su enfermedad, aquel mal que silenciosamente iba minando su organismo, que no tenía curación posible, que acabaría inexorablemente con su vida en medio de horribles dolores, la muerte rápida a manos de sus enemigos tenía

que considerarla como una ganancia. ¿No era eso precisamente lo que había ido buscando al ofrecerse como voluntario para desempeñar la más peligrosa de las misiones?

No; buscaba algo más: prestar un servicio a su patria y vengar a los compañeros caídos. Si le mataban antes de haber logrado ambas cosas, su sacrificio habría resultado inútil. Otros tendrían que ocupar su puesto, acaso para caer también bajo las balas de una partida de forajidos. Era preciso actuar con habilidad e inteligencia. No le importaba morir, pero si morir antes de haber asestado un golpe definitivo a quienes significaban un grave peligro para las fuerzas americanas destacadas en Europa.

Tenía posiblemente una gran ventaja sobre Bruce y los agentes del

F. B. I.

que le habían precedido: que no ignoraba que sus adversarios estaban apercebidos, que conocían su nombre e incluso sus señas personales. También —aunque de esto no se hallaba muy seguro— creía saber el nombre y el aspecto físico de uno de los jefes de los grupos de terroristas: Simón Bormann. Valerie le había dicho incluso dónde iba con frecuencia. Aparte de la Embajada búlgara, que, al parecer, no visitaba en forma abierta, era posible encontrarle en una taberna con honores de café del *boulevard MacDonald*, cerca de la Porte de la Villette.

Pero ¿le habría dicho la verdad la muchacha? No lo sabía. Mientras, por un lado, se inclinaba a darla crédito, por otro, algunas de sus afirmaciones se le antojaban demasiado fantásticas, especialmente todo lo referente a la transformación de honrados y pacíficos trabajadores que llevaban largos años residiendo en Francia en temibles saboteadores luego de una estancia de un par de semanas o de meses en su país natal.

—Tendré que hablar de nuevo con ella. Si es cierto, como aseguro, que les odia tanto como yo...

No quiso llamarla por teléfono. Tendría que enterarse la encargada de la centralilla del hotel y podía resultar peligroso, tanto para él como para la muchacha. Tras pensarlo un buen rato, decidió ir a verla.

Salió al pasillo, luego de asegurarse de que nadie le veía. Para entonces ya había transcurrido una hora larga desde que la

muchacha saliese de su habitación. Escuchó con atención, pero no pudo oír el menor ruido. Todo el mundo debía estar durmiendo. Pero sería difícil que la joven, con todas las emociones, hubiese logrado conciliar el sueño.

Golpeó suavemente la puerta del 129. Como nadie le respondiera, volvió a llamar de nuevo. Obtuvo el mismo resultado. Insistió por tercera vez, ahora con mayor fuerza. Al cabo, tuvo que desistir, convencido de que Valerie no le oiría, a menos que armase un escándalo capaz de despertar a todos los huéspedes, cosa que en modo alguno le interesaba.

«La veré a primera hora de la mañana».

Pero cuando, a las siete de la mañana, volvió a llamar de nuevo en la puerta del 129, no obtuvo tampoco la menor respuesta. Un poco sorprendido, interrogó a uno de los camareros del piso, no sin poner en sus manos una buena propina.

—Creo que se marchó anoche.

—En el «comptoir» se lo confirmaron. *Miss Valerie Gibson* había pagado su cuenta, abandonando el hotel alrededor de la medianoche. ¿Dónde se marchó?

—Lo sentimos, señor, pero no dejó ninguna dirección.

A las nueve de la mañana, Paxton se presentaba en la casa de la rue Saint-Antoine, donde tenía sus oficinas la delegación francesa de la American News Service. Ya sabía que *míster Golders* vivía en el mismo edificio. Y era con él con quien necesita hablar, dándole cuenta de todo lo sucedido desde su llegada a París.

En la puerta de la casa se cruzó con una mujer que llamó ligeramente su atención. Era alta, rubia, de formas rotundas, pero armoniosas; aunque ya debía haber doblado el cabo de los treinta y cinco años, era muy capaz de hacer volver la cabeza de los hombres a su paso. Garnett la volvió instintivamente, pese a que la mujer pasó por su lado sin mirarle, acaso sin verle siquiera, penetrando en un «Renault» que la esperaba parado junto a la acera, y que se puso en marcha inmediatamente.

Paxton no concedió la menor importancia a aquel encuentro casual. Y siguió sin concedérsela cuando de labios de *Hilary Golders* supo que aquella mujer arrogante y hermosa era su esposa. Un poco le chocó la disparidad de edades, ya que el director de la American pasaba de los cincuenta años y su figura no tenía mucho de

atrayerente. Pero conocía cientos de casos de hombres de cierta edad casados con mujeres mucho más jóvenes para sorprenderse demasiado.

Míster Golders le hizo pasar a su despacho, y los dos a solas estuvieron conversando por espacio de tres cuartos de hora. Paxton contó minuciosamente lo sucedido con la supuesta Valerie Gibson y sus extraordinarias manifestaciones. Esperaba Que su interlocutor no concediera el menor crédito al relato de la muchacha, especialmente en lo referente a la forma de llegar a Francia los componentes de las bandas terroristas; pero se equivocó de medio a medio.

—En eso, al menos, tengo la impresión de que le ha dicho la verdad. Días antes de su desaparición, Bruce había descubierto algo semejante; halló la muerte precisamente al pretender comprobarlo.

—Pero ¿admite como posible que en un plazo de días se convierta a unos hombres pacíficos, ajenos a toda lucha política, en fanáticos y sabotadores? —inquirió, incrédulo, Garnett.

En opinión de Golders, la explicación era sencilla, teniendo en cuenta los procedimientos habituales en los regímenes totalitarios. Una vez llegados a Varsovia, Praga o Budapest, los trabajadores residentes en Francia tenían que enfrentarse con un trágico dilema: quedarse allí para siempre, posiblemente en cualquier campo de concentración, o transformarse en sumisos instrumentos de una política de terror. Con todo, y dada la desconfianza de la Policía secreta de dichos países, sólo se permitía regresar a quienes dejaban como rehenes a los seres más queridos. A los otros, aunque se mostrasen dispuestos a cumplir las órdenes recibidas, se les dejaba en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, enviando en su lugar individuos que tenían un mayor o menor parecido físico con ellos.

—¿Cómo es posible que la Policía francesa no lo descubra?

Golders se encogió de hombros. La política francesa era un poco vacilante y tortuosa. Aunque incorporado el país al Pacto del Atlántico, sus gobernantes procuraban no irritar demasiado a la nación contra quien iba dirigido dicho pacto. No sentían el menor deseo de que la guerra fría se convirtiese en caliente, y abrigaban la esperanza de poder actuar como mediadores entre el Este y el Oeste.

Existía, además, un partido muy fuerte que simpatizaba con el

Este y acusaba con cualquier pretexto a los dirigentes de la vida nacional de estar vendidos al oro americano. Esto bastaba para que los políticos procurasen andar con pies de plomo, dieran instrucciones de moderación a la Policía y se echase tierra a muchos asuntos.

—Por si fuera poco, está la Resistencia. En la lucha clandestina se anudaron muchas amistades, de las que resulta difícil desprenderse cuando las circunstancias cambian.

Quienes pelearon juntos en el «maquis» o en las calles de las grandes ciudades durante la ocupación alemana, olvidaban a veces que la unión circunstancial establecida entonces había sido destrozada por la amenaza que se alzaba ahora al otro lado del Elba. No pocos de los que en este momento podían considerarse un peligro para Francia lograron incrustarse en la maquinaria estatal en los primeros tiempos de la liberación.

—Algunos, descubiertos, han sido expulsados; pero quedan muchos, incluso en la misma Sureté, y aun en el famoso Deuxieme Bureau, camuflados con carnets de partidos del centro y de la derecha.

—¿Cree que el comisario Prevost es uno de ellos?

Golders no se atrevía a sentar ninguna afirmación categórica. Maurice Prevost llevaba muchos años en la Policía. Era Jefe de la Brigada Móvil y gozaba de cierto prestigio. Durante la ocupación alemana había sido uno de los dirigentes del grupo clandestino «Honneur de la Police» que preparó el levantamiento de París. Pero...

—Aunque no pertenece oficialmente a ningún partido, no se fíe mucho. Podría ser un «commie» disfrazado como otros muchos...

La entrevista que poco después celebraba con el comisario en su despacho de la Prefectura no sirvió para desvanecer sus dudas. Prevost habló en un tono velado, lanzando ligeras insinuaciones acerca de los motivos reales y verdaderos de la visita a Francia de Garnett Paxton. ¿Periodísticos simplemente? Lo dudaba.

—Ustedes, los americanos, son demasiado expeditivos en sus procedimientos. Green que pueden actuar en todas partes con absoluto desembarazo, olvidando en ocasiones la inviolable soberanía de otras naciones.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —preguntó Garnett,

arrugando el ceño.

—Nada si se tratase únicamente de un periodista; mucho si hay algo de cierto en lo que sospechamos de usted.

—¿Cree acaso que soy un facineroso? —inquirió el americano, francamente irritado.

—Me cuidaría mucho de calificar así a los agentes del F. B. I.,

caso de que usted sea uno de ellos —repuso con entera calma Prevost—. Pero no nos agrada que actúen a espaldas nuestras, pretendiendo suplantarnos.

—No lo soy —mintió Garnett—. Pero si lo fuese y les ayudase a terminar con los forajidos que siembran el terror en Francia, ¿no cree que debiera darme las gracias?

—Es posible. Aunque también lo es que mi deber más elemental fuese encerrarle ahora en espera de la orden de expulsión.

—¿Piensa hacerlo?

—No. Aún no estoy convencido de que usted sea más que un periodista, si bien he recibido alguna confidencia en tal sentido. Me limito a advertirle. Procuraré vigilarle.

—¿Y no sería mejor que vigilaran a los autores de los actos de sabotaje que se repiten a diario?

Prevost replicó con frialdad que no necesitaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer. En cuanto a su visitante, no debía quejarse de la vigilancia discreta que pensaba ponerle.

—Acaso baste y sobre para librarle de correr la misma y triste suerte de otros amigos suyos...

Aunque la charla se prolongó durante más de una hora, ninguno de los dos quedó muy satisfecho de sus resultados. El comisario, porque Garnett se encerró en su afirmación de que no era otra cosa que un enviado especial de la American News Service para escribir algunos reportajes acerca de la situación en la Europa Occidental; Paxton, porque a través de las frases medidas y a veces reticentes de Prevost no logró averiguar si estaba de acuerdo con sus enemigos o era un hombre honesto, que cumplía su deber de una manera rutinaria, ateniéndose en un todo a las instrucciones recibidas. Tan sólo en una ocasión dejó escapar que había recibido instrucciones acerca del particular de *monsieur* Fontaine.

—Es lógico que así sea —le decía Golders cuando le vio de

nuevo para darle cuenta de la entrevista—. Ferdinand Fontaine es secretario permanente del Ministerio del Interior.

—¿Y no podría estar de acuerdo con los sabotadores?

Golders dejó escapar una sonrisa burlona. Fontaine era hombre de derechas; aunque repetidas veces se había declarado apolítico, se le suponía degaullista de corazón. Fue durante el Gobierno presidido por el general cuando logró el puesto que seguía ocupando.

—Vea lo que hoy, precisamente, dice

«L'Humanité».

Paxton leyó el comentario que Golders le indicaba. Se trataba de un ataque virulento contra Ferdinand Fontaine, cuya fotografía publicaba, al que calificaba de «enemigo de los trabajadores franceses y agente del imperialismo del dólar». Aquello parecía disipar toda posible duda.

—Ahora, amigo mío, le conviene cambiar de alojamiento, de nombre y hasta de aspecto si quiere librarse de correr la suerte del pobre Bruce. Una vez que esos caballeros le siguen los pasos...

Garnett no necesitaba el consejo. Si continuaba en el Grand Hotel, posiblemente su vida fuese demasiado corta. Aunque no acabase de entender cómo, los secuaces de Bormann, o como se llamase el jefe de la organización terrorista, estaban enterados antes de su llegada de dónde iba a hospedarse y la misión que traía. Posiblemente fuese inútil el intento de despistarles, pero había que hacer lo posible por conseguirlo.

A mediodía, Paxton pedía la cuenta en el Grand Hotel. Durante la tarde fue de un lado para otro, tomando y dejando «taxis». A las seis de la tarde, un caballero de cuidado bigote y gafas de concha, en el que quienes no le conocieran a fondo no lograrían reconocer al agente del

F. B. I.,

tomaba una modesta habitación en el modesto Hotel de la Belgique, sito en una callejuela cercana a la estación de Saint Lazare. Al inscribirse, dijo llamarse Andrew N. Lindsay, ser inglés y viajante de comercio.

Después de la cena, el apacible místico Lindsay buscó un rato de amable esparcimiento en un «cine» del cercano *boulevard* Haussman. Aunque pareció dudar entre los programas que dos o

tres cinematógrafos ofrecían, entró en el que le interesaba, y fue a sentarse en plena oscuridad en una butaca previamente acordada. En la inmediata, llevaba un rato sentado Hilary Golders.

Ambos cambiaron pocas palabras, pero resultaron suficientes. Golders había remitido un radiograma cifrado a Washington, y la respuesta había llegado en la misma forma. Y en ella se decía que, según determinados informes, el llamado Bormann debía ser Alexis Markoff Bormann, un ruso nacionalizado checo, agregado a la Embajada de Praga en París y supuesto jefe de la M. V. D.

o Policía de Estado soviética en el occidente de Europa.

—«Okay» —dijo, satisfecho, Paxton—. Parece que la chica no me engañó y que empiezo a pisar terreno firme.

A la mañana siguiente dio algunos paseos por el *boulevard* MacDonald, vigilando con discreción y habilidad la entrada del Gaulois, el modesto café que, según Valerie, visitaba con cierta frecuencia el llamado Bormann. Hubo de perder varias horas; pero al cabo su paciencia se vio recompensada. A las cuatro de la tarde un coche se detuvo a la entrada del café. Del coche descendió un individuo, cuyas señas coincidían exactamente con las que le había proporcionado la muchacha.

Venía alguien acompañándole, y acercándose con cierto disimulo, Paxton procuró verle la cara. Galantemente, Bormann extendió la mano para ayudarle a salir, por lo que Garnett dedujo que sería una mujer. El corazón aceleró sus latidos, porque pensó en Valerie Gibson. Indudablemente, debía tratarse de ella.

Pero cuando salió la acompañante de Bormann, su sorpresa subió de punto. No era, desde luego, la muchacha que sorprendió dos noches antes en su habitación del Grand Hotel, sino una mujer rubia, de formas opulentas y belleza detonante. La reconoció en el acto, sin la menor vacilación. Era la mujer del director de la American News Service, el hombre de confianza en París del Inspector-jefe Menlo Hauser.

«¡Margaret Golders!». —Exclamó en el límite del asombro—. Es una complicación con la que no había contado...



---

¿CONOCE USTED

**NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.*

**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

### III

## LA CLAVE ESTA EN ALSACIA



OR un instante quiso convencerse a sí mismo de que se había equivocado, de que no era posible que la mujer de mister Golders fuese a ningún lado en compañía de aquel Bormann, a quien había motivos más que sobrados para considerarle jefe de los grupos de saboteadores y terroristas empeñados en esterilizar el esfuerzo americano por ayudar a Europa. Desgraciadamente, había que rendirse a la evidencia. No sólo porque estaba seguro de que aquella belleza llamativa era la que viese por vez primera a la entrada del edificio

donde tenía sus oficinas la American en París, sino porque el coche en que había llegado era el mismo «Renault» que la aguardaba parado junto a la acera.

¿Estaría también Bormann con ella entonces?

Era muy posible, aunque no llegó a fijarse. Pero ahora estaba dispuesto a no perderlos de vista. Resuelto, convencido de que nadie le reconocería con el bigotito y las gafas, penetró en el café. Constaba de un amplio salón decorado al gusto decimonónico, con grandes espejos, divanes de peluche rojo, gran número de mesas y un mostrador de mármol a la izquierda. Había bastante público, principalmente carniceros y matarifes del cercano matadero, muchos de ellos con las manos llenas de alhajas y algunas mujeres gordas y ostentosas, vestidas en general con un gusto deplorable.

Miró con atención en todas las direcciones, pero no pudo descubrir a *místress Golders* ni a su acompañante. Iba a preguntar, intrigado, cuando descubrió al fondo una escalera que conducía al entresuelo. Era indudable que las personas que le interesaban habían subido por allí. Quiso seguir el mismo camino; desgraciadamente, al llegar al arranque de la escalera le salió al paso un camarero diciéndole:

—Lo siento, señor, pero no queda libre ningún reservado.

—¡Oh, no sabía que hubiese reservados! —repuso con aire de completa ingenuidad Paxton—. Creí que habría otro salón, y como en éste no veo ninguna mesa vacía...

—Allí tiene una, caballero.

Garnett le dio las gracias y tomó asiento en la mesa que le señalaba. Pidió café y coñac y mientras los ingería fingió abstraerse en la lectura de un periódico, aunque procurando no perder de vista la escalera. Pero transcurrió un largo rato y sólo vio subir y bajar por ella a varios camareros.

De pronto se le ocurrió pensar que era posible que de los reservados se pudiese ganar la calle sin tener que atravesar el café. Pagó apresuradamente entonces y salió. Al pisar la acera del *boulevard* MacDonald sus temores tuvieron plena confirmación, viendo doblar la esquina inmediata a un tipo en el que creyó reconocer a Bormann. Apresuró el paso, pero sólo llegó a tiempo para verle tomar un «taxi» y alejarse con dirección a la Porte de la Villete.

Buscó otro en que marchar en su seguimiento, pero no había ninguno a la vista. Cuando al fin acertó a pasar uno por allí, ya no era posible encontrar al que había tomado Bormann. Decidió, no obstante, alquilarlo. Hizo que el conductor parase a unos treinta metros del lugar en que seguía parado el «Renault» de *místress Golders* e indicó al chofer:

—Le daré dos mil francos de propina si es capaz de seguir con cierto disimulo a ese coche.

El conductor asintió con un movimiento de cabeza, en tanto que extendía la mano para recibir los dos mil francos prometidos. Terminaba de entregárselos Paxton cuando divisó a Margaret, que, saliendo de los reservados por el portal de la casa, se dirigía con paso rápido hacia su coche. Aunque la mujer iba sola, Garnett tuvo la corazonada de que se dirigía al encuentro de alguien.

—Es mi mujer —explicó al chofer, con una sonrisa ambigua—. Quiero saber dónde va.

—Entendido, caballero —repuso el conductor, poniendo el coche en marcha y lanzándose detrás del «Renault».

El automóvil de *místress Golders* bajó a buena marcha por el *boulevard* MacDonald bordeando los mataderos y el mercado de ganado. Luego torció bruscamente a la derecha, para continuar por la calle del general Brunet hasta el parque de Buttes-Chaumont. No entró en él, contra lo que Paxton esperaba, sino que contoneándolo llegó hasta la puerta de la calle Bolívar.

Allí se detuvo un instante, haciendo sonar el «claxon». Inmediatamente un caballero alto, delgado, de mediana edad y pelo grisáceo, vestido con elegancia, se acercó rápidamente, penetrando en el «Renault», para tomar asiento al lado de *místress Golders*, a la que besó. Tras corresponder a la caricia, la mujer puso de nuevo en marcha el coche en dirección a Belleville.

—¡Sígalos, sígalos! —ordenó Garnett al chofer, sin poder dominar su excitación.

El conductor vaciló un instante. Luego, volviéndose en su asiento, inquirió, receloso:

—No irá a hacer ninguna tontería, ¿verdad, señor? No pensará empezar a tiros o...

—Descuide, amigo —le tranquilizó Paxton—. Ninguna mujer merece que nos perdamos por ella.

—Lo mismo opino —repuso el conductor, lanzándose de nuevo en seguimiento del «Renault», aunque sin dejar de vigilar a su pasajero por el espejo retrovisor, presto a parar en seco si le veía sacar algún arma.

Pero Garnett no pensaba ni por lo más remoto en emprenderla a balazos con mistress Golders. Su gesto de asombro obedecía más que al hecho de que su perseguida hubiese encontrado otro acompañante, a la personalidad de éste. ¡Porque el individuo que ahora iba en el «Renault» junto a Margaret era nada menos que Ferdinand Fontaine, secretario permanente del Ministerio del Interior!

No le había visto personalmente jamás, pero sí contempló el día anterior un retrato suyo. Por si fuese poco, Hilary Golders le hizo una descripción del individuo que coincidía exactamente con la de quien iba ahora al lado de su mujer. ¿Por qué no le dijo que era amigo de la familia? ¿O lo sería únicamente de la esposa, cosa muy de creer dada la forma en que la había saludado al entrar en el coche?

Las andanzas de Margaret planteaban a Garnett toda una serie de graves problemas. Acababa de comprobar que mantenía relaciones con el jefe de la

M. V. D.

en París y con un hombre que tenía en sus manos los hilos de la Policía francesa. ¿Traicionaría a uno en beneficio del otro, o a los dos por indicación de su marido? Esto último se le antojaba inconcebible. A juzgar por la forma en que Hilary se expresaba al hablar de su mujer debía estar profundamente enamorado de ella. Por grande que fuera su entusiasmo en secundar al

F. B. I.,

ningún hombre de honor puede pasar de ciertos límites y tenía el pleno convencimiento de que Golders no los había traspasado.

Quedaba entonces, como lógica consecuencia, que Margaret actuaba a espaldas de su marido. Si Hilary no la utilizaba para espiar a Bormann o Fontaine —y se lo habría dicho, caso de ser así—, era uno de éstos quien la empleaba contra su propio esposo. ¿Cuál de los dos? Tras de unos minutos de duda, Paxton se sintió inclinado a pensar en ambos. La mujer bien podía ser el agente secreto de enlace entre quienes a simple vista debían ser

encarnizados enemigos. Y acaso esto explicase muchas cosas que hasta aquel instante se le habían presentado como inexplicables.

Un momento dejó de pensar para observar el «Renault» que iban siguiendo. Parecía no llevar rumbo fijo, dando un par de vueltas en torno al cementerio del Pere Lachaise. Paxton dedujo que Margaret y Fontaine tenían que hablar y consideraban más discreto hacerlo en el interior de un coche en marcha que en cualquier lugar público. Hubiese dado cualquier cosa por saber lo que decían, pero esto, naturalmente, estaba fuera de su alcance.

Al cabo, el «Renault», apretando ahora la marcha, tomó por la avenida de Philippe Auguste en dirección a la Place de la Nation. Garnett dedujo que la conversación había llegado a su final y que mistress Golders iba a dejar a su acompañante en algún lugar determinado para volver a casa. Inclinandose sobre el conductor le indicó que procurase no perder de vista al coche que seguían.

De pronto, al llegar a la Place de la Nation, el «Renault» se detuvo de una manera tan brusca e inesperada, que el taxista hubo de frenar con cierta violencia para evitar echársele encima. Paxton miró hacia adelante, suponiendo que Fontaine se apearía allí mismo. No se cuidó de examinar la acera junto a la que acababa de detenerse, ajeno a que pudiese amenazarle algún peligro.

Cuando se dio cuenta del error cometido, resultó tarde para enmendarlo. La portezuela del «taxi» se había abierto con toda rapidez y un individuo desconocido acababa de sentarse a su lado. Tenía una pistola en la mano, cuyo cañón apoyaba contra el costado de Garnett, amenazando:

—¡Chitón! Un grito o un movimiento, y te despeno...

Otro tipo de semejante catadura se había sentado en el «baquet» al lado del conductor. Garnett le oyó decir, con una risita burlona:

—¡Se acabó la diversión, amiguito! Ahora tira hacia el Bois. Sí te desvías lo más mínimo...

Tembloroso, pero sin atreverse a contestar una sola palabra, obedeció el taxista. Abandonando por entero la persecución del «Renault», el coche se dirigió en línea recta hacia la Porte de Vincennes. Al llegar allí el chofer miró en gesto de muda interrogación al tipo que iba a su lado.

—¡Sigue hacia Joinville!

Había oscurecido, caía una fría llovizna y el Bois aparecía

desierto. Pasaron por delante del castillo y el fuerte de Vicennes. Medio kilómetro más allá, al borde de uno de los lagos, volvió a oírse la voz del individuo sentado en el «baquet»:

—Para aquí y apéate.

—Pero... —quiso protestar el taxista.

—¡De prisita! O te apeas o te dejo tirado con una bala en la sesera. ¡Elige rápido!

Pálido, desencajado, el taxista obedeció. El individuo que le había hecho bajarse le ordenó que se alejara en línea recta hacia Joinville sin volver la cabeza. El pobre hombre se atrevió a preguntar:

—¿Y mi coche?

—Ya te lo devolverá la «bofia». Sigue o te dejo seco aquí mismo...

El chofer se alejó con rapidez; aunque temblaba de miedo, el mismo pánico parecía poner alas en sus pies.

—Ahora nos las entenderemos contigo —afirmó el sujeto que seguía clavando el cañón de su pistola en el costado de Paxton.

—¿Un paseíto, eh? —inquirió sin perder la serenidad Garnett—. Al estilo de Chicago, ¿no?

—Quizá —gruñó con aire satisfecho su interlocutor—. Verás cómo los malditos yanquis no tienen nada que enseñarnos ni siquiera en esto. Sólo que nosotros no lo hacemos por dinero...

—¿Por idealismo entonces? —preguntó, irónico, Paxton—. No me hagas reír, muchacho. Si yo te dijese que...

—¡Chitón! Tú no dirás nada hasta que te preguntemos. Cierra el hocico o te lo cierro de un tortazo...

El forajido que iba en el «baquet» había cogido el volante, no sin tener la precaución de ponerse la gorra que había arrebatado al pobre taxista. El coche cambió de dirección; atravesando el Campo de Maniobras parecía dirigirse hacia la Porte Dorée.

—¿Es que no vais a liquidarme por aquí? —Tornó a inquirir Garnett, deseoso de sonsacar y distraer a su vigilante.

—Tal vez. Pero antes tendrás que cantar muy clarito...

—¿Cantar yo? ¡Pero si tengo una voz espantosa!

—¡Imbécil! —Le escupió su acompañante, clavándole con mayor fuerza en el costado el cañón de la pistola—. ¿Crees que estás en situación de andar gastando bromas?

—¿Querías que me echase a llorar y pidiese perdón al amigo Bormann?

Su interlocutor contestó con un bufido y un golpe, pero Paxton tuvo la seguridad de haber acertado. Sin volver la cabeza, el individuo que iba al volante terció en la charla.

—Ya llorarás dentro de unos minutos. Hace poco vi a otro yanqui que presumía tanto como tú, y luego...

—¿Se llamaba Bruce por casualidad?

—¡Qué más da! —cortó el tipo que iba a su lado—. ¡Para lo que te serviría saberlo!

Paxton se estremeció violentamente al oírle. La forma en que el desconocido le había contestado equivalía a una afirmación. Aquello aumentó sus ansias de vivir. No le importaba mucho caer víctima de sus enemigos, dado su estado de salud, que en ningún instante, y menos en los momentos de peligro, conseguía olvidar; pero antes necesitaba, deseaba hacer justicia con los cobardes asesinos de su viejo camarada.

—¿Dónde vamos?

—Cuando llegues lo sabrás.

Tan convencido parecía que su víctima no podría hacer ni intentar nada, que en su estupidez facilitó la defensa de Garnett. Al coger un bache, el «taxi» osciló violentamente y el forajido se sintió lanzado contra uno de los lados del coche. Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, apartó un segundo la pistola del cuerpo del prisionero para cogerse a la portezuela y recobrar su primitiva posición.

Paxton vio la oportunidad que se le presentaba y la aprovechó. Sus dos manos se cerraron como garfios de hierro en torno a la muñeca derecha del facineroso, desviando el arma hacia arriba y retorciéndole el brazo. Al mismo tiempo lanzó la cabeza hacia adelante y su frente chocó con salvaje violencia contra la nariz y la boca de su adversario.

Saltaron las gafas que llevaba y sintió un ligero rasponazo en uno de los pómulos, pero el cabezazo produjo en su adversario un efecto demoledor. El individuo soltó un grito de dolor; al mismo tiempo apretaba el gatillo de la pistola, que seguía empuñando, aunque el disparo no hizo otra cosa que atravesar la carrocería del coche.

Con celeridad vertiginosa, Paxton repitió el cabezazo y el forajido cayó al fondo del coche, medio atontado por la violencia de los golpes recibidos, pero sin soltar la pistola. El individuo que conducía frenó bruscamente, volviendo la cabeza alarmado para enterarse de lo que sucedía.

—¡Maldito cerdo! Ahora verás...

Con un movimiento rápido, desprendiéndose con dos puntapiés del forajido, que tirado en el suelo del «taxi» pretendía sujetarle por los pies, Garnett abrió la portezuela y saltó fuera. Casi en el mismo instante resonaron unos disparos y sintió el plomo zumbando cerca de sus oídos.

En dos zancadas estuvo entre los primeros árboles, resguardado tras un grueso tronco. Sus enemigos pretendían lanzarse en su seguimiento. El que había venido conduciendo vio dónde se había refugiado Paxton y saltó del «baquet» sin dejar de disparar; el otro, repuesto a duras penas de los golpes recibidos, tiraba también desde el interior del «taxi».

La primera idea de Garnett al saltar del automóvil era simplemente escapar a sus posibles asesinos, despistándolos en medio de la espesura y la oscuridad de la noche. No le hubiese gustado disparar, temeroso de escandalizar demasiado, de que pudiese acudir la Policía y que hubiera de ser sometido a un interrogatorio del que posiblemente no saldría muy bien librado. Pero con sus enemigos siguiéndole los pasos, silueteándole a balazos el proyectil inicial, resultaba totalmente irrealizable.

En contados segundos comprendió todo el dramatismo del dilema que se le planteaba: matar o morir. Disparar podía traer aparejado el peligro de echarse encima a la Policía; no hacerlo, la seguridad de caer acribillado a balazos en contados segundos. Al sorprenderle en el interior del «taxi», su adversario se había dado buena prisa en despojarle del arma que guardaba en el bolsillo del abrigo. Por fortuna, no tuvo ocasión de cachearle y eso le permitió conservar una pistola de pequeño calibre que llevaba sujeta a la pierna izquierda con unas tiras de esparadrapo.

Levantarse la pernera del pantalón y empuñar la pistolita fue cuestión de tres segundos. Cuando de nuevo se incorporó, el primero de sus enemigos estaba casi encima. Paxton apretó el gatillo sin vacilaciones. Tres agujas de plomo fueron a clavarse en el

pecho del forajido. Aunque las balas eran de pocos milímetros, resultaron suficientes. El bandido lanzó un ahogado gemido, abrió los brazos y cayó de bruces en la cuneta de la carretera.

Al disparar, Garnett había descubierto su posición exacta y el segundo de los forajidos tiraba ya contra él, desde el estribo mismo del coche. Paxton respondió en la misma forma, pero con mucha mejor puntería. Si bien falló el primer disparo, el segundo dio en el blanco propuesto. Herido en mitad de la frente, el facineroso cayó hacia atrás, quedando muerto con la mitad del cuerpo en el interior del «taxi».

—Me parece —murmuró, pensativo, Garnett— que he empezado a vengar al pobre Bruce.

Era preciso actuar con rapidez, si no quería verse metido en un grave aprieto. Inclinandose sobre los bandidos que habían pretendido secuestrarle, comprobó que ambos estaban muertos. Uno no llevaba nada encima, excepto unos cargadores para la pistola, algunos billetes de mil francos, un pañuelo y una cajetilla de tabaco americano. En los bolsillos del otro halló una cartera. Examinó con cuidado su contenido a la luz de los faros del coche: una tarjeta de residencia a nombre del polaco Daniel Bielsky con su fotografía y un pasaje para el avión que a la mañana siguiente saldría de París con dirección a Colmar.

No sabía la importancia que aquello pudiera tener, pero se lo guardó en el bolsillo. Luego procedió con celeridad. Tirando de los pies del segundo forajido, lo sacó del coche para dejarlo tendido en mitad del camino. Luego, subiendo al «baquet», puso en marcha el «taxi» y a toda marcha se alejó del lugar de la sangrienta pelea.

Su primera intención fue regresar al centro de París utilizando aquel vehículo. Pronto cambió de manera de pensar. Era posible que el chofer, al que dejaron abandonado, hubiese logrado ponerse en comunicación con la Policía y ya estuvieran varias patrullas móviles buscándolo por todas partes. Pero aunque no hubiera ocurrido tal cosa —y realmente faltaba tiempo material para que el conductor pudiese poner sobre aviso a las autoridades—, existía un peligro mayor. La carrocería mostraba las huellas de varios balazos y, lo que resultaba mucho más visible y alarmante, todo el estribo de la parte izquierda aparecía manchado de sangre. Aventurarse con aquel vehículo por las calles de la ciudad, era la seguridad de

no poder ir muy lejos.

Abandonó el coche en una estrecha vereda a espaldas del Hospital Militar. Luego, a buen paso, se aventuró por la avenida Víctor Hugo de Saint Mande. En un extremo de la misma, cerca ya de las viejas fortificaciones, halló abierta una taberna. Entró decidido, luego de comprobar que no llevaba manchas de sangre en las manos ni en el abrigo; pidió un doble de coñac y utilizó el teléfono.

Tuvo la suerte de que Hilary Golders estuviera en las oficinas de la American, cogiera el aparato y le reconociese sin necesidad de dar ningún nombre. Habló con rapidez y precisión en forma que no admitía réplica:

—Espéreme dentro de veinte minutos en la estación del «metro» de St. Paul, en dirección a la Porte Maillot. Iré en el segundo coche. Procure que no le sigan. Necesito hablarle inmediatamente.

Abonó la consumición, salió de la taberna y caminó con paso rápido hasta la Porte de Vincennes. Se metió en el «metro» y dejó pasar dos trenes para tener la seguridad de que nadie le vigilaba. Luego se colocó junto a una de las puertas del segundo vagón. Aunque iba abstraído en apariencia, miraba con recelo en todas direcciones.

Hilary Golders le estaba aguardando en la estación de St. Paul. Paxton le hizo una seña disimulada y un segundo después el director de la Delegación parisiense estaba a su lado, inquirendo en voz baja:

—¿Qué ocurre?

—Ya lo sabrá —repuso con un susurro Garnett—. Hay que convencerse de que no nos siguen.

En la Place de la Concorde, en el último instante, cuando ya se cerraban las puertas, saltó al andén, obligando a Golders a seguirle. Cambiando línea fueron hasta la Opera. Luego, dando vueltas y revueltas por el intrincado laberinto del ferrocarril subterráneo, estuvieron tres cuartos de hora largos marchando tan pronto al Norte como al Sur, al Este como al Oeste, saltando de un tren a otro y de una línea a otra. Se apeaban siempre en el último instante, en forma que no tuviera tiempo de seguirles cualquier individuo lanzado en su persecución. Al cabo tuvieron la seguridad de haber borrado por completo toda posible pista.

—Conozco un sitio donde podemos hablar con entera tranquilidad. Es un restaurante del *boulevard* Grenelle que tiene magníficos reservados.

—¿Ha ido mucho por allí? —inquirió, receloso, Paxton.

—Tan sólo dos veces; la última fue hace siete meses.

El lugar reunía todas las condiciones apetecibles. Cuando el camarero se retiró luego de servirles, empezó a hablar Paxton. Desfiguró ligeramente los hechos, para no mencionar a la esposa de Golders. Le pareció demasiado fuerte decirle que su mujer se veía con Bormann y Fontaine. Afirmó que había estado en el «Gaulois» espiando al que suponían jefe de la

M. V. D.

en Francia; que no le pudo seguir a la salida, pero sí a un individuo que había estado conferenciando con él; que en las proximidades de las Buttes-Chaumont aquel individuo se reunió con otro, que le pareció *monsieur* Fontaine, que le estaba esperando. Al llegar aquí su interlocutor le interrumpió, excitado:

—¿Está seguro de que era Fontaine?

Garnett, que tenía una retentiva extraordinaria y una memoria prodigiosa, hizo una descripción exacta del aspecto del individuo que viera besar a Margaret. Golders afirmó:

—Indudablemente era Fontaine; ayer mañana me crucé casualmente con él y llevaba el mismo sombrero y el mismo abrigo.

—Eso puede explicar la impunidad de los terroristas —prosiguió Paxton—. Pero déjeme continuar, porque hay algo más interesante.

Narró con exactitud la forma en que había sido sorprendido en la Place de la Nation, su paseo por el Bois de Vincennes y la muerte de los dos forajidos. Al oírle, Hilary arrugó el ceño. Un doble homicidio era cosa grave. Si la Policía llegaba a sospechar de Garnett...

—Tenía que optar entre su vida y la mía, y la elección no era dudosa. No creo, además, que el mundo haya perdido mucho con su muerte.

No temía desde luego que nadie pudiera acusarle. El chofer del «taxi» ignoraba su nombre; era posible que ni siquiera se hubiese fijado en su cara; por lo menos resultaría muy difícil que le reconociera sin las gafas y sin el bigote. Los dos muertos no podrían, claro está, recobrar la vida para señalarle. Y en cuanto a

los que les habían mandado...

—Sería descubrir su juego si acudieran a la Policía. Lo más probable es que procuren vengarlos por cuenta propia.

Exactamente igual pensaba Golders. Incluso admitiendo que Fontaine estuviera en connivencia con ellos, tendría buen cuidado de no quitarse la careta interviniendo directamente en aquel asunto.

—Veamos ahora la documentación de uno de aquellos tipos. Acaso pueda arrojar alguna luz...

Examinaron con todo detenimiento la carta de residencia extendida a nombre de Daniel Bielsky. No les costó mucho trabajo comprobar algo que sospechaban de antemano: la fotografía había sido cambiada. Aunque el cambio fue realizado con indudable habilidad, no cabía duda posible de que el retrato que ahora aparecía en ella no era el del interesado.

—Es lo que yo le decía —afirmó, excitado, Golders—. El verdadero Bielsky, si aún vive, estará en alguna cárcel de Varsovia o Lublin; en su puesto vino a Francia un tipo especializado en acciones terroristas que fue el que usted liquidó en el Bois.

Se pusieron rápidamente de acuerdo acerca del camino a seguir. Golders enviaría aquella misma noche a Washington un cablegrama cifrado —las agencias informativas tenían autorización en Francia para cifrar sus mensajes y podían hacerlo con absoluta libertad—, contando lo sucedido y pidiendo nuevas instrucciones. Además, por la mañana visitaría la Embajada americana en París para enterar de cuánto ocurría al jefe de la misión diplomática. Al hacerlo, cumplían las órdenes recibidas. Determinados funcionarios de la Embajada ya estaban informados y prestos a intervenir en caso necesario.

—¿Qué hará usted?

—Cambiar otra vez de hotel, de nombre y de aspecto esta misma noche. Mañana, seguir trabajando.

Si bien haciendo constar que lo creía innecesario, Paxton se permitió rogar a Golders que no dijese a nadie una sola palabra con respecto a él; ni siquiera a su esposa. Ante la mirada de sorpresa de Hilary, explicó que las mujeres constituían siempre un peligro porque incluso de la mejor fe podían decir algo inconveniente. La mejor manera de que guardasen un secreto era que lo ignorasen en absoluto.

Golders escuchó, sonriendo complacido, sus explicaciones. Comprendía el estado de ánimo de su interlocutor. Los dos muertos de Vicennes podían traer graves complicaciones. Debía estar tranquilo, sin embargo, por aquel lado. Aunque tenía confianza absoluta en su esposa —que había llegado a enterarse de muchas y graves cuestiones sin que jamás saliera de sus labios una sola palabra imprudente—, no le diría nada.

—En realidad —añadió—, no podría decírselo de ninguna manera. Hace un rato que Margaret se despidió de mí y no volveré a verla hasta pasado mañana. Se ha ido a Estrasburgo para asistir a la boda de una amiga.

—¿A Estrasburgo? —exclamó Garnett, sin lograr dominar la sorpresa.

—Sí. ¿Por qué le asombra?

Dominándose con rapidez, Paxton procuró quitar toda importancia al asunto. Explicó su extrañeza por la coincidencia de que se tratase de una ciudad alsaciana, cuando el billete de avión encontrado al forajido muerto en el Bois era para otra población de la misma región.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

—Absolutamente nada.

Achacó al nerviosismo que le dominaba el hecho de hacer la pregunta en un tono de excesiva sorpresa. Sus explicaciones tranquilizaron por entero a Golders, que ni siquiera se acordaba de aquel incidente minúsculo cuando ambos se separaron media hora más tarde.

Pero Paxton no podía olvidarlo con tanta facilidad. Después de lo que había visto unas horas antes, aquel viaje de Margaret se le antojaba sospechoso. Empezaba a pensar que se preparaba algo en Alsacia que acaso mereciese la pena averiguar.

Utilizando el «metro», donde era más fácil descubrir si alguien le seguía y lograr despistarlo en caso preciso, emprendió el regreso al modesto Hotel de la Belgique donde se hospedaba y del que pensaba marcharse aquella misma noche. Salió a la superficie en la estación de St. Lazare y prosiguió su camino a pie.

El hotel se alzaba en una callejuela larga, estrecha y no muy bien alumbrada cercana a la rue Clichy. Garnett penetró en ella tranquilizado, luego de comprobar que nadie iba tras él. De pronto,

al llegar a unos veinte metros de la entrada de su alojamiento, de las sombras de un portal salió una mujer que le cerró el paso. Al reconocerla, Paxton no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Usted!

Era la muchacha del Grand Hotel, la chica a quien conocía con el nombre de Valerie Gibson, y la veracidad de alguna de cuyas manifestaciones había tenido ocasión de comprobar.

—Sí, yo —repuso la joven; luego, cogiéndole del brazo, le apremió—: Alejémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde...

—¿Por qué? —preguntó Garnett, resistiéndose a seguirla—. Voy a mi habitación del hotel y allí...

—Allí le están esperando para coserlo a balazos. ¡Vamos!

Vencido por la firme actitud de la muchacha y ligeramente impresionado por sus palabras, Paxton la siguió. Caminaron al principio despacio, muy pegados a la pared, buscando las zonas más sombrías y volviendo de cuando en cuando la cabeza para ver si eran seguidos. Luego, fuera ya de la callejuela, apresuraron el paso, aunque sin desdeñar las precauciones. Al fin, fueron a sentarse en un cafetucho muy concurrido por gentes de todas clases donde les sería más fácil pasar inadvertidos.

Apenas tomaron asiento en el rincón peor alumbrado del cafetucho, la muchacha habló:

—Hallaron los cadáveres en el Bois y saben que fue usted. Mandaron a tres tipos a liquidarle, con orden de aguardarle agazapados en su habitación.

—¿Cómo sabían que me alojaba en el Hotel de la Belgique?

—Lo ignoro, pero lo sabían. Estaba delante cuando sus presuntos asesinos recibieron orden de Bormann de matarle esta noche sin falta.

Por el cerebro de Paxton cruzó la imagen de Margaret Golders. Su marido estaba enterado del nombre utilizado y del sitio a dónde había ido a parar. ¿Se lo habría dicho a su mujer? Seguramente. Y acaso uno de los motivos de su entrevista de aquella tarde con el jefe de

M. V. D.

fuese comunicarle lo que sabía. Pero ya habría tiempo de aclarar aquello. Ahora le interesaba otra cosa.

—¿Por qué vino a avisarme, corriendo peligro de que la

descubriesen?

—Porque no quería que le asesinasen cobardemente. ¿No le dije la otra noche que los odiaba tanto como usted? Pues aquí tiene una nueva prueba.

Garnett asintió, convencido. De estar de acuerdo con los terroristas, de compartir sus ideas y aspiraciones, ni habría sido tan clara y verídica en su charla del Grand Hotel ni ahora hubiese corrido a salvarle. Pero, entonces, ¿por qué estaba a su lado?

—Porque no puedo hacer otra cosa. Si me negase a cumplir sus órdenes, si llegasen a sospechar que estoy hablando con usted...

—¿La matarían?

—Peor aún: matarían a mi padre.

Contestando a una pregunta de Paxton contó en breves palabras su historia. Una historia que se hubiese juzgado extraordinaria e increíble unos años atrás, pero que ahora, luego de la terrible conmoción de la segunda contienda mundial, tenía mucho de corriente y vulgar.

Aunque naturalizada inglesa desde los cinco años e hija de una inglesa, Valerie Gibson —utilizaba siempre el apellido materno— había nacido en Berlín y su padre era un médico alemán de raza judía. La familia escapó de Alemania en 1934, al incrementarse la persecución racial, buscando refugio en Inglaterra. Allí pasaron toda la guerra. En 1945, el padre decidió regresar a Berlín, pero la hija continuó en Cardiff al lado de su madre, enferma. Ni siquiera luego de la muerte de ésta quiso marchar a Alemania. Quería entrañablemente a su padre, pero guardaba malos recuerdos del país donde nació y se encontraba a gusto en la Gran Bretaña.

Medio año antes, y por conducto que no hacía al caso, recibió una carta de su padre, tras seis meses de no saber una sola palabra de él. La carta era una llamada angustiosa. Estaba preso en una cárcel de la Alemania oriental y aseguraba que moriría sin remisión en un plazo de tres semanas si la hija no acudía a salvarle.

—Desdeñando todos los peligros fui a Sttetin. Allí supe toda la dolorosa verdad y hube de enfrentarme con un angustioso dilema: servir de dócil instrumento a la

M. V. D.,

o dejar que matasen a mi padre en medio de horribles torturas. Acaso no debí acceder nunca, pero me cegó el cariño filial y

consentí en lo que me pidieron.

Luego de hacerla seguir unos cursos de adiestramiento, la encargaron de ciertas misiones sin gran importancia en la zona de ocupación británica de Berlín. Valerie, espoleada por la promesa de que su padre sería liberado, las realizó con entusiasmo y acierto. Más tarde la mandaron a Hamburgo, donde estuvo trabajando por espacio de dos meses. Por último, fue enviada a París. Su belleza debía servir de incentivo para los jefes anglosajones del

S. H. A. P. E.

—Cuartel General de Fuerzas Militares del Pacto del Atlántico—, a los que le sería fácil arrancar confidencias, especialmente porque no desconfiarían de ella dada su nacionalidad británica. Incluso debía trabajar allí como empleada, sin perjuicio de otras misiones.

Unos días después debía comenzar su labor en el

S. H. A. P. E.,

en el que había sido admitida de taquígrafa, aún no sabía cómo. El registro de las maletas de Paxton fue una tarea suplementaria que le confió Bormann en persona.

—Me han prometido que antes de tres meses mi padre estará en París totalmente libre. Pero lo mismo me han prometido otras veces y ya dudo mucho que cumplan su palabra...

No se atrevía, sin embargo, a abandonar la organización terrorista, regresando a Inglaterra. Y no por temor a la venganza de los forajidos o a que fuesen capaces incluso de denunciarla a la Policía inglesa, sino por la vida de su padre. A la menor sospecha de tibieza o deslealtad le matarían.

—Tengo que pensar constantemente en su suerte para poder seguir adelante. Especialmente cuando he de ver o escuchar a Bormann. Es un tipo repugnante. Cuando me mira, tengo la impresión de que me desnuda con la mirada. De buena gana le cruzaría la cara...

Paxton escuchó interesado el relato de la muchacha. Comprendía su situación y la compadecía sinceramente. No creía que hiciera lo que hiciese lograrse que su padre recuperara la libertad. No obstante, por un sentimiento de piedad, tuvo buen cuidado de no decírselo así a la muchacha. Lejos de ello, cambió de tema, haciendo una serie de preguntas. Puesto que la Joven estaba dispuesta a hablar, aprovecharía el momento para averiguar lo que

pudiese.

La conversación se centró ahora en Bormann. —Alexis Markoff Bormann era, en efecto, su nombre completo— y sus actividades. La muchacha no había oído nombrar siquiera a *monsieur* Fontaine, pero estaba segura de que la banda gozaba de ciertas protecciones cómplices por parte de algún alto jefe de la Policía francesa. En cuanto a Margaret Golders...

—Sé que hay una holandesa casada con un americano muy amiga de Bormann. No la he visto nunca, pero me han dicho que es una mujer rubia, de una belleza llamativa e insinuante.

—¿Y no sabe qué tendrá que hacer mañana en Estrasburgo esa señora?

Valerie lo ignoraba por completo. Suponía, sin embargo, que debía ser algo relacionado con el paso de la frontera por parte de nuevos elementos terroristas. Quizá la necesitarían para convencer a cualquier jefe de fronteras de que no fuera demasiado escrupuloso al examinar la documentación de quienes regresaban a Francia tras unas semanas de vacaciones en Polonia o Hungría.

—Tiene que ser esto, porque Borman marcha también a Alsacia, aunque no sea precisamente a Estrasburgo.

Estaba presente cuando habló con un tipo, al parecer amigo suyo, dueño o empleado del Hotel Terminus de Hunningue. Le decía que le tuviera preparada su habitación para el día siguiente. Y añadió más: que, como de costumbre, fuese a nombre de Marcel Blumer.

Paxton quedó pensativo. Hunningue está en la misma frontera suiza, a pocos kilómetros de Basilea. Viniendo en el Orient *Express* o en cualquiera de los trenes procedentes de la Europa Central que pasan a través de Suiza era la primera estación francesa.

—«Okay» —dijo Paxton, tras un minuto de reflexión—. Mañana estaré yo también en Hunningue. Creo que encontraré allí la clave del enigma.

Valerie se estremeció al oírle. En tono apremiante trató de disuadirle. Bormann y sus secuaces le buscaban por todas partes para matarle. Lo mejor que podría hacer era escapar de Francia y retornar cuanto antes a los Estados Unidos.

—Si continúa aquí, si insiste en meterse en la boca del lobo, no durará mucho. Hasta ahora pudo salvarse, aún no sé cómo. Pero

esta noche, mañana, pasado como máximo, caerá bajo el plomo de esos forajidos.

La muchacha hablaba con acento tan sincero, revelando una tan íntima y dolorida pesadumbre, que Garnett se atrevió a preguntarla:

—¿Sentiría usted mucho que me ocurriese algo?

—Sí —repuso con toda sencillez Valerie.

Pero al hablar le miró, y Paxton pudo leer en sus ojos algo que le hubiera hecho sentirse plenamente feliz en distintas circunstancias. Aquella sola mirada era bastante para encender en su pecho con nuevas fuerzas el deseo de vivir.

Desgraciadamente, su vida no sería muy larga en ningún caso. Aunque lograrse escapar de Bormann y sus asesinos, no podría librarse del mal que, silenciosamente ahora, en forma torturante después, iba minando su fortaleza y acabaría con él. Una triste sonrisa entreabrió sus labios. Cogiendo entre sus manos una mano de la muchacha, replicó:

—No lo sienta, Valerie. Si me matasen..., ¡me harían un favor que nunca les agradecería bastante!

## IV

### SUPLANTACIÓN AUDAZ



ASÓ la noche en una modesta fonda de Menilmontant, pagando por anticipado la cama ante la mirada recelosa del fondista, que no fiaba mucho de quienes se presentaban desprovistos de todo equipaje. Por la mañana se levantó apenas amaneció y anduvo muy atareado durante varias horas.

Los periódicos dedicaban cierta amplitud a contar a sus lectores el doble y misterioso crimen perpetrado la noche anterior en el Bois de Vincennes. El chofer del «taxi» en cuyo interior debió

desarrollarse la tragedia, afirmaba que los cadáveres correspondían a los dos individuos que le quitaron el coche, secuestrando a un caballero, cuyo nombre ignoraba, que le había hecho seguir a un «Renault» en el que iba su mujer acompañada de otro individuo. La deducción lógica era que el secuestrado había conseguido librarse de sus secuestradores a balazo limpio. Toda la Policía parisiense estaba movilizadada, al parecer, buscando al desconocido homicida.

Paxton tenía aquella mañana demasiadas cosas que hacer para prestar excesiva atención a los relatos periodísticos. Durante una hora larga estuvo conversando con míster Rodman L. Blackpool, que oficialmente pasaba por simple agregado de la Embajada americana, pero que, en realidad, desempeñaba el cargo de jefe del Servicio Secreto del Ejército en el occidente europeo. Los dos hombres se conocían desde varios años atrás, y la entrevista discurrió en un tono de franca camaradería. Aunque las instrucciones de Garnett consistían en no entenderse más que con Golders, las circunstancias hacían inaplazable que diese cuenta a cualquier autoridad americana de la situación en que se encontraba.

—Creo que Hilary es hombre de lealtad a toda prueba y de absoluta confianza. Desgraciadamente, su mujer no lo es, y Golders está demasiado enamorado para recelar de ella.

Puso a Blackpool —al que vio en un pequeño apartamento que tenía alquilado a nombre distinto del suyo en la rue Du Bac— en antecedentes de todos sus pasos desde que llegase a París. Se proponía emprender un viaje arriesgado y peligroso, en el que muy bien podía ocurrir que encontrase la muerte, y convenía que alguien, aparte de Golders, estuviese al corriente de sus descubrimientos.

Hacía tiempo que Blackpool desconfiaba mucho de *monsieur* Fontaine, pese a la supuesta y ostentosa tendencia derechista del secretario del Ministerio del Interior. En cambio, tenía el mejor concepto del comisario Prevost, al que también conocía y con el que mantuvo estrechas relaciones en los tiempos azarosos de la ocupación alemana.

—Quizá no sea muy inteligente; acaso se apegue demasiado a la rutina y tenga a gala cumplir con exactitud las órdenes que recibe. Pero no cabe duda de que es un hombre honrado, con el que podremos contar en caso preciso. Creo que si se pudiera probar que

los trabajadores que salen de Francia son sustituidos por terroristas, se colocaría de nuestro lado, facilitando todo el trabajo.

—Para intentar probarlo precisamente, salgo dentro de unas horas hacia Hunningue.

Antes, y en el propio domicilio de Blackpool, se disfrazó convenientemente. Sustituido el gabán por una trinchera y el sombrero por una gorra, con distinto traje y peinado, con un hábil maquillaje difícil de descubrir, que le hacía aparecer veinte años mayor de lo que realmente era, y provisto de documentación a nombre de Peter John Turney, inglés de nacionalidad y vendedor de artículos eléctricos, creía tener un máximo de probabilidades de no ser descubierto antes de tiempo por sus enemigos.

Habló por teléfono con Golders, diciendo que estaría muy atareado durante todo el día y que no tendría nuevas noticias suyas hasta veinticuatro horas más tarde. Respecto a Valerie, ya sabía dónde podría encontrarla, dando a la muchacha como dirección el pisito de la rue De Bac y el nombre que ahora utilizaba.

A primera hora de la tarde salió en avión para Colmar. Allí permaneció un buen rato, aprendiéndose de memoria el horario de todos los trenes que circulaban por el sur de Alsacia, especialmente los de aquellos que se dirigían a París. Desde el principio llamó su atención uno que, procedente de Hungría y Austria, pasaba por Hunningue a las tres de la madrugada, se detenía dos minutos escasos en la primera estación del territorio francés —el examen de la documentación y equipaje de los pasajeros se hacía en ruta, estando terminado antes de cruzar la frontera helvética— y continuaba su marcha para llegar a París alrededor de las diez.

Desde Colmar marchó a Hunningue, donde arribó al anochecer. Hunningue era un pueblecito hundido en lo hondo de un valle encantador. La estación se hallaba a unos centenares de metros de distancia, a media altura en la falda de una montaña. Cerca de la estación se alzaba un modesto albergue, bautizado con el título demasiado pomposo de Hotel Terminus.

El edificio del hotel constaba de dos plantas. La de abajo estaba ocupada por un sombrío café, el comedor, las cocinas y las habitaciones del dueño y de los dos criados que le ayudaban; en la superior había doce cuartos, donde podían alojarse otros tantos huéspedes. Colmar se inscribió en el hotel con el nombre de Peter

John Turney, afirmando que se proponía pasar varios días recorriendo los pueblos de los alrededores.

Supo arreglárselas para trabar conversación con el dueño, un tipo de cincuenta años, calvo, gordo, de mirada estúpida y sonrisa bobalicona, y logró enterarse de que en el hotel no había más que otros cuatro huéspedes, pero que uno de ellos. —Bormann, indudablemente— se marcharía de madrugada.

Habló también con el camarero que le mostró su habitación. Un billete de cien francos fue más que suficiente para saber cuánto quería. Se enteró así de que mientras los otros tres huéspedes —tres empleados de la estación, que entraban de servicio a las siete de la mañana, por lo que solían acostarse muy pronto— dormían en un extremo del pasillo, el caballero que pensaba marcharse en el tren de las tres ocupaba un cuarto casi enfrente del suyo.

Luego de simular que se lavaba un poco —aunque lo único que hizo fue comprobar que su disfraz estaba en perfecto orden—, Paxton bajó al comedor para cenar. Al pasar por delante de la habitación del que suponía Bormann, oyó ruido de pasos dentro. Miró por el ojo de la cerradura; sólo pudo verle de espaldas, pero su corpulencia era la misma del individuo a quien viese entrar en el «Gaulois» acompañando a Margaret Golders.

Un rato más tarde pudo verle en el comedor. Era, indudablemente, Alexis Markoff Bormann. Sintió que su corazón latía con mayor fuerza cuando el jefe de la

M. V. D.

le dirigió una rápida mirada. Se tranquilizó al comprobar que Bormann no hacía el menor gesto, tomaba asiento en una mesa apartada y cenaba con buen apetito, sin molestarse siquiera en volver a mirarle, prueba indudable de que no le había reconocido.

Eran ya las diez de la noche y Paxton acababa de tomar una taza de buen café, mientras saboreaba con aire distraído un oloroso cigarro puro, cuando Bormann se puso en pie. En la misma puerta del comedor se tropezó con el dueño del hotel, que le saludó con grandes muestras de deferencia, y los dos hombres charlaron por espacio de dos o tres minutos. Aguzando el oído, Garnett pudo oír algo que tenía un interés excepcional para él:

—Sí —decía Alexis, en un francés tan correcto que resultaba difícil advertir el menor acento extranjero—. Voy a bajar al pueblo,

porque necesito hablar con un amigo. Tardaré una hora en volver. No se moleste en esperarme levantado: tengo llave de la puerta y conozco el camino.

—¿Necesita que le despertemos para coger el tren? —inquirió, obsequioso, el hotelero.

—En absoluto. Tengo un buen despertador.

Tan pronto como Bormann salió, Paxton se puso en pie, bostezando; dio las buenas noches al dueño del hotel, que, en unión de uno de los criados, estaba cerrando puertas y apagando luces, y subió a su habitación.

No permaneció en ella mucho rato. La providencial marcha al pueblo de Bormann le daba ocasión de registrar su cuarto. No le sobraba mucho tiempo, porque había de concluir su labor antes de que transcurriese la hora que anunció que estaría fuera.

Esperó con impaciencia que abajo se extinguieran todos los ruidos. Entonces salió al pasillo, que permanecía en una semipenumbra. Sin hacer el menor ruido, fue hasta la habitación donde había visto a Alexis antes de bajar a cenar. Como suponía, la puerta estaba cerrada con llave; pero, como suponía también —las cerraduras de las puertas no eran un modelo de seguridad—, consiguió abrirla sin grave dificultad, utilizando una pequeña ganzúa.

Encajó la puerta a su espalda y se acercó a la cama. Sobre la mesilla había un portátil con una pequeña lámpara. Para su trabajo resultaba suficiente. Deseando ahorrarse riesgos, antes de encender corrió las cortinas de la ventana, de forma que desde el exterior no se percibiese luz alguna.

Hecho esto, y luego de aguardar dos minutos con el oído pegado a la puerta, por si oía acercarse a alguien, se lanzó a su tarea. Todo el equipaje de Bormann consistía, al parecer, en un maletín de medianas dimensiones. Su primera intención fue cogerlo y marcharse con él. Rectificó, pensando que tan pronto como volviese el checo advertiría su desaparición, movilizaría al dueño y a los criados y no pararía hasta encontrarlo. Esta perspectiva no le hubiese intranquilizado mucho de encontrarse en otra parte; pero de Hunningue sólo podía escapar en tren, y antes de que lograse coger el primero ya le habrían atrapado sus perseguidores.

Se decidió por registrar el maletín, anotar lo que pudiera

interesarle y volver a dejarlo todo en la misma forma en que lo había encontrado. Arrodillado a los pies de la cama, se lanzó a la tarea. El maletín estaba cerrado, y la cerradura resultó más difícil de abrir de lo que había imaginado. Pese a su habilidad y a la ganzúa que manejaba, tardó más de cinco minutos en lograr vencer su resistencia.

En el interior del maletín encontró cierta cantidad de ropa que apenas mereció su atención. Estaba seguro de que el maletín contenía algo de mayor interés, y al final su esperanza se vio recompensada. En el fondo mismo halló una cajita metálica. ¡Allí estaba, indudablemente, lo que le interesaba! Dejando a un lado la cajita, volvió a meter en el maletín la ropa, procurando colocarla en la misma forma en que la había encontrado.

Sólo entonces miró con detenimiento la cajita. Era de acero y de reducidas dimensiones. Dentro estarían los nombres de los individuos que Bormann esperaba, y posiblemente las instrucciones para los mismos. Aunque estaba cerrada, Paxton había estudiado con detenimiento todo lo referente a la apertura de cajas de caudales para que aquella cajita representase el menor problema para él.

Hubo algo que le llamó entonces la atención. Era un hilillo metálico unido a la tapa. Sonrió al comprender lo que significaba. Se trataba de una ingeniosa combinación, hartamente conocida para Garnett, merced a la cual, si alguien intentaba violentar la cajita, se producía automáticamente en su interior un pequeño incendio, que reducía a cenizas los papeles que contenía.

—¡Bah! No será un obstáculo para mí...

Cerró el maletín, poniéndolo donde lo había encontrado. Luego, con la cajita en la mano, dio media vuelta para apagar el portátil, disponiéndose a volver a su habitación.

—¡No corra tanto, amiguito! Conviene que los dos charlemos un ratito...

Se volvió rápido al escuchar la voz que sonaba dentro de la misma habitación. Cubriendo por entero la puerta, que se había abierto sin el menor ruido ante él, aparecía la figura corpulenta y sonriente de Alexis Markoff Bormann, en cuya mano derecha brillaba una «German Lugger» de considerable tamaño.

Dejando la cajita sobre la cama, Garnett quiso llevarse la mano

al costado donde ahora llevaba la pistola. Pero Alexis adivinó sus intenciones y le salió amenazador al paso:

—¡Quieto! Si no levanta los brazos en el acto tendré que disparar. Y ya comprenderá que a esta distancia no es posible fallar un solo balazo...

Tuvo que obedecer, convencido de que todo intento de resistencia equivalía a un suicidio. Bormann le hizo ponerse de cara a la pared, con las manos a la nuca; luego, acercándose por la espalda, y en tanto le clavaba en los riñones el cañón del arma que empuñaba, le cacheó rápidamente. Primero le quitó la «Browning» que llevaba en la sobaquera; más tarde dio con la pistolita que seguía llevando adherida a la pierna por varias tiras de esparadrapo. Sonrió, burlón, al quitársela.

—Fue con este juguete con el que liquidó a aquellos dos imbéciles, ¿eh? Sólo unos idiotas no hubieran sospechado un truco tan viejo.

Cuando le hubo despojado de sus armas, le permitió volverse, si bien manteniéndole a unos metros de distancia bajo la amenaza de la «German Luggers», que seguía empuñando. Al hablar, lo hizo en tono despectivo, con aire de marcada superioridad:

—Le creía más listo, Paxton. Suponía que tenía más inteligencia que sus predecesores. Ahora veo que estaba equivocado y que todos los agentes del famoso

F. B. I.

son igual de tontos.

Si esperaba que Garnett respondiera una sola palabra, se equivocó. El americano estaba furioso contra sí mismo por haberse dejado sorprender de una manera estúpida y quería recobrar el dominio de sus nervios antes de decir absolutamente nada.

—¿Creyó que me engañaría con su disfraz, que no le reconocería apenas le viese? ¡Qué ingenuo! Como si a mí, a Alexis Markoff Bormann, fuese fácil engañarme.

Nuevamente hizo una pausa, esperando que Garnett dijese algo; pero el americano apenas le oía, preocupado únicamente por encontrar un medio hábil de salir con bien de su comprometida situación.

—En cambio —prosiguió su interlocutor—, usted cayó en la trampa que le tendí. Se imaginó que le dejaría una hora para que

podiese registrar mi habitación, y se metió en ella sin sospechar siquiera que era precisamente lo que me proponía para cogerle con las manos en la masa.

—¡Mentira! —contestó Garnett, sin otro propósito que irritarle—. De ser cierto, no me hubiese dado tiempo a destruir el contenido de la cajita.

Alexis miró con marcada inquietud a la cajita colocada sobre la cama. Al verla intacta, sonrió tranquilizado. En el mismo tono de burla y superioridad continuó:

—No conseguiré engañarme, amiguito. No tuvo tiempo de hacer nada. En cambio, yo sí tuve el tiempo preciso para prepararle un buen viaje.

—¿A la eternidad? —inquirió Garnett, pensando que su interlocutor aludía al propósito de matarle sin dilaciones.

—Por el momento, un poco más corto: a París solamente. Después, seguramente seguirá el camino de otros yanquis entremetidos y tontos. Pero antes necesito que me diga algunas cositas. Y me las dirá.

—¿En París? —preguntó, extrañado, el americano.

—Sí. Como supongo que sabe, o por lo menos sospecha —su presencia en Hunningue me lo indica con meridiana claridad—, tengo que salir en tren dentro de tres horas. Tres horas son poco tiempo para lograr una confesión plena como la que deseo. Por eso prefiero mandarle a París.

—¿En el mismo tren en que van los supuestos trabajadores?

—¡Bien, amiguito! He de reconocer que está enterado de algunas cosas. Es cierto que en el tren vendrán unos buenos amigos con el nombre y la documentación de varios estúpidos obreros empeñados en matarse a trabajar para engordar a los grandes capitalistas. Pero usted no irá en ese tren. Resultaría quizá demasiado engorroso.

—¿Prefiere matarme antes?

—¡Y dale! Ya le he dicho que llegará vivo a París, donde será interrogado. Y no se haga ilusiones: dirá todo lo que sepa. ¡Oh, no arrugue el ceño! Nosotros no empleamos el famoso «tercer grado» de la Policía yanqui; pero nuestros procedimientos son mucho más eficaces. ¡Ya lo comprobará!

Paxton, que había recuperado el dominio de sus nervios, oía con extraordinario interés las manifestaciones de su adversario. Seguro

de su victoria, Bormann hablaba sin rodeos ni medias tintas. Aunque dudaba mucho de que le sirviera de nada, Garnett hacía muchas de sus preguntas y exclamaciones sin otro propósito que excitar la verborrea de su interlocutor, enterándose de cosas que hasta entonces desconocía.

Había algo que no acertaba a comprender y que excitaba sobre manera su curiosidad. ¿Cómo esperaba Alexis llevarle vivo a París sin que armase un escándalo por el camino, obligando a intervenir a las autoridades francesas? Al oír la pregunta, su interlocutor se echó a reír. Riéndose, replicó:

—En una ambulancia, naturalmente. Está usted tan enfermo, que necesita ser trasladado con toda clase de precauciones, vigilado por un médico y un par de enfermeros.

—¿Y cree que no voy a chillar pidiendo auxilio tan pronto como pasemos por cualquier ciudad?

—No podrá hacerlo, amigo mío. Antes de salir de aquí le pondré una pequeña inyección. Bastará para que caiga en un sueño profundo del que despertará ya en París. Hasta allí irá con mi documentación, naturalmente. Será el agregado cultural de la Embajada checoslovaca en Francia y todo el mundo le tratará con los respetos debidos a su personalidad.

Paxton expresó con entera claridad su incredulidad y escepticismo. No creía que en aquel pueblecito hubiese ninguna ambulancia; tampoco que el médico de la localidad se prestase al turbio juego de Bormann; por tanto, aquel proyecto anunciado entre risotadas no pasaba de ser una broma.

Cambió de parecer cuando su interlocutor habló en el mismo tono de superioridad de antes, contando cómo había anudado todos los hilos de la trama. Mientras Garnett le creía camino del pueblo, estaba hablando por teléfono con Mulhouse. Dio instrucciones concretas a uno de sus agentes y estaba seguro de que se cumplirían al pie de la letra. Antes de una hora estaría allí la ambulancia; con ella vendrían un médico y dos enfermeros. Los tres serían franceses; ninguno de los tres conocía personalmente a Bormann, pero los tres pertenecían a la organización y no vacilarían en servirla fuera como fuese.

No era la primera vez que se utilizaba la ambulancia para trasladar a un individuo al que se hacía pasar por enfermo. En

varias ocasiones había servido para escamotear a la Policía individuos a los que buscaba con todo ahínco; en otras, para que personas de cierta significación pudieran entrar o salir de París o de Francia sin llamar demasiado la atención; en alguna, para conducir prisioneros convenientemente narcotizados. El servicio que iba a prestar ahora sería semejante a muchos prestados con anterioridad.

—Tiene que reconocer, Paxton, que somos más listos que ustedes. A un yanqui no se le hubiese ocurrido nunca tener una ambulancia cerca de la frontera preparada para cualquier eventualidad. Gracias a ella podré mandarle con toda seguridad a París, mientras yo hablo en el tren con los muchachos que han de realizar ciertos trabajitos...

En su fuero íntimo, Garnett hubo de reconocer la habilidad de su enemigo, que parecía tenerlo previsto todo. No podía hacerse demasiadas ilusiones respecto al porvenir. Ni siquiera cabía confiar en su entereza para no despegar los labios. Sabía que al otro lado del telón de acero suelen emplear procedimientos capaces de terminar con la resistencia de cualquiera. Y en el interior del edificio de una Embajada, a cubierto de las pesquisas de la Policía gala, podrían aplicárselos a él con entera calma.

Sólo existía una esperanza de salvación: poder librarse de Bormann antes de que nadie acudiera en su ayuda. No resultaba fácil empresa, naturalmente; no sólo porque estaba desarmado, mientras su contrincante seguía empuñando la «German Lugger», sino porque incluso desarmados los dos, su contrincante le superaba en corpulencia física. Pero era preciso intentar algo antes de resignarse mansamente a darlo todo por perdido.

—Todo eso está muy bien —dijo con una sonrisa burlona—. Pero, a pesar de su gran inteligencia, yo he sido más listo y he conseguido engañarle.

—¿Que me ha engañado a mí? —preguntó, sorprendido, Alexis.

—Seguro. Se figuró que estaba solo, y se ha equivocado. Había alguien más conmigo; tuvo buen cuidado de no entrar en el hotel, aunque se quedó pegado a la ventana esperando.

—¡Invente algo mejor! —replicó, despectivo, Bormann—. No logrará inquietarme.

—Ni lo pretendo. Sólo quiero corresponder a su franqueza, hablándole con igual sinceridad. Puedo hacerlo, además, porque los

documentos están ya a salvo.

Ante la mirada interrogativa de Bormann, siguió hablando en tono de aparente sinceridad. Afirmó que había encontrado en aquella habitación los documentos que buscaba, tirándolos por la ventana para que los recogiese uno de sus amigos. Luego, al entrar su adversario, procuró ganar tiempo dejándole hablar para que su compañero pudiera alejarse con los papeles que le interesaban.

—¿Dónde encontró los papeles? —inquirió Bormann, que empezaba a temer que hubiese algo de cierto en las afirmaciones del americano.

—En la cajita, naturalmente. Al principio le dije que los había destruido para confiarle cuando viera que no era cierto. Confío demasiado en el detonador, amigo. Si hubiese comprendido que es un truco infantil y se decide a abrir la caja, habría visto que está completamente vacía...

Impulsivamente, desconcertado por el tono de seguridad empleado por Garnett, Bormann se tragó el anzuelo. Con un gruñido de rabia se inclinó sobre la cama para examinar de cerca la cajita. Un solo instante dejó de apuntar a su enemigo, pero resultó suficiente para Paxton.

De un violento puntapié le obligó a soltar el arma que empuñaba. Luego, cuando el checo se revolvió furioso, agachó la cabeza y se lanzó hacia adelante en un salto de tres metros. El cabezazo alcanzó con la violencia de una catapulta el plexo solar de Bormann, tirándole medio inconsciente sobre la cama. Garnett se le echó encima sin darle tiempo a respirar. Con celeridad vertiginosa sus puños cayeron una y otra vez sobre la mandíbula de su contrincante, hasta que tuvo la seguridad de que había perdido el conocimiento.

—Conviene asegurarse, por si acaso.

Cogiendo la pistola por el cañón, asestó un buen golpe en la nuca de Alexis. Por un instante creyó haberle matado. Aunque no lo sentía, se tranquilizó al comprobar que su corazón seguía funcionando. Seguro por este lado, fue hasta la puerta y escuchó por si percibía algún rumor sospechoso. No oyó nada. Por fortuna, la pelea había sido breve y silenciosa y ningún huésped dormía en las habitaciones inmediatas.

Pensó entonces con todo detenimiento acerca del camino a

seguir. Lo más fácil y sencillo era coger la cajita y marcharse con ella. Pero esto entrañaba riesgos que podían hacer fracasar todo su esfuerzo. Bormann podía volver en sí en cualquier instante y dar la voz de alarma; la ambulancia no tardaría más de tres cuartos de hora en llegar, y al encontrarse con un hombre desmayado, procurarían hacerle recobrar el conocimiento, lo que sería fatal para sus planes, ya que le cogerían antes de que pudiese tomar el tren de las tres.

De pronto, una idea aventurada y audaz cruzó por su cerebro. ¿Y si hiciese que Bormann ocupase su puesto en la ambulancia, haciendo que le llevasen durmiendo hasta París?

«¿Y por qué no? ¡Sería una jugada magnífica!».

Midió con rapidez los pros y los contras. Alexis le había dicho que ni el médico ni los enfermeros de la ambulancia le conocían personalmente. Cuando llegasen le tomarían por Bormann y aceptarían que el individuo desmayado era el agente americano al que tenían que conducir a París. El único peligro estaba en el hotelero. Podía descubrirlo todo, porque conocía al checo.

«Esperemos que se haga el desentendido para ahorrarse complicaciones y no aparezca siquiera por aquí».

En cualquier caso, tomaría sus precauciones. Teniendo puesto el abrigo de Bormann —su trinchera la había dejado en el cuarto que ocupaba—, sería fácil que le tomasen por él si la habitación estaba poco alumbrada. Además, con la pistola empalmada dentro del bolsillo mientras hablaba con los que venían a llevárselo, podría hacer frente a cualquier peligro.

Registró con rapidez a Bormann. En su cartera encontró un carnet extendido con toda clase de requisitos a nombre de Marcel Blumer, inspector de ferrocarriles, de servicio en las líneas del Este de Francia. En el carnet aparecía el retrato del checo. También encontró una nota de reserva de un departamento de coche-cama en el trayecto entre Hunningue y París.

Por su mente cruzó una nueva y audaz idea. Puesto que, bien a su pesar, Bormann tendría que ocupar su puesto en la ambulancia, ¿por qué no había de ocupar él la cama destinada al checo en el expreso? Aquello le permitiría, acaso, entablar contacto directo con los terroristas; podría conocer sus caras, sus nombres y sus propósitos.

«Pero antes tendré que examinar el contenido de la cajita».

Lo dejaba para lo último, porque, aun habiendo encontrado la llave en los bolsillos de Alexis, separar el detonador para impedir que se quemasen los papeles le llevaría algún tiempo. Y la ambulancia debía estar al llegar.

La ambulancia llegó, en efecto, a los pocos minutos, deteniéndose a la puerta del hotel. Garnett escuchó entonces con enorme atención. Pudo oír que los que venían en ella hablaban con el hotelero y que luego subían hacia allí. Por el ruido de sus pasos en el pasillo, dedujo que sólo eran tres los que se acercaban, lo que demostraba que, conforme presumía, al dueño del hotel no le interesaba dar demasiado la cara en aquel asunto.

Llamaron a la puerta, y cuando Paxton abrió —con la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo donde llevaba la «German Lugger»— se halló frente a tres hombres. Uno de ellos, el doctor indudablemente, era un tipo pequeño, delgado, de unos cincuenta años, con ojos de miope perdidos tras los cristales de unos lentes; los otros dos, más jóvenes y corpulentos, vestían batas blancas y traían una camilla.

—¿*Monsieur* Markoff? —inquirió el doctor en tono afable.

—Ahí le tienen, sobre la cama —contestó con aire seguro Paxton.

—¡Oh, ya comprendo! —repuso con una sonrisa cómplice el médico, acercándose a la cama—. ¡Claro que éste es *monsieur* Markoff!

—Tuvo un acceso de locura —explicó, sonriendo, también Garnett—, y se dio un pequeño golpe. ¿No cree que convendría ponerle alguna inyección para serenar sus nervios?

—Desde luego. La traigo preparada ya. Le proporcionará un sueño muy tranquilo. Ni siquiera se enterará de nada hasta que lleguemos a París...

—Perfectamente, doctor. No olvide que ha de ser tratado con un cuidado exquisito. Si algo le sucediera antes de llegar...

—Le respondo de que llegará en las mejores condiciones, *monsieur*.

Ayudado por uno de los enfermeros, despojó a Bormann de su americana y le remangó la camisa. Un instante después, siempre sonriente, le ponía la inyección que traía preparada. El checo,

aunque inconsciente, se estremeció un poco al sentir el pinchazo, pero luego quedó sumido en un profundo sopor.

—¿Podemos llevarlo ya?

—Desde luego. Cuanto antes...

Los dos enfermeros colocaron en la camilla el cuerpo de Bormann. Sonriendo, Paxton le tapó con una manta, cubriéndole incluso la cabeza, mientras decía:

—Si le da el aire en la cara, puede sentarle mal.

—Naturalmente —exclamó, burlón, el doctor—. Procuraremos que lleve la cara tapada durante todo el viaje. Y ahora, adiós...

Se fueron los tres hombres, llevándose al checo en la camilla. Garnett siguió su marcha con extraordinario interés. Un segundo les oyó hablar abajo con el hotelero, al que daban cuenta de que se llevaban al enfermo, que se hallaba bastante grave. Por lo que Paxton pudo deducir, el dueño del Terminus no se molestó siquiera en mirar al que iba en la camilla.

Cuando el ruido de la ambulancia se perdió en la lejanía y en el hotel volvió a reinar un profundo silencio, Paxton, luego de cerrar con llave la habitación y correr el cerrojo —no quería que volviera a repetirse la desagradable sorpresa de una hora antes—, se entregó a su trabajo con entera calma.

Antes de nada consagró su atención a la cajita de acero y a la posibilidad de abrirla sin provocar el incendio que destruiría su contenido. Lo consiguió, no sin cierto trabajo. Como había supuesto, el hilillo metálico estaba en contacto con una pequeña cápsula, que al romperse provocaría un pequeño y rápido incendio, capaz de convertir en cenizas los papeles que encerraba.

Tras apartar la cápsula, Paxton examinó los papeles. Halló, en primer término, ciento cincuenta mil francos en billetes de a mil. ¿Para qué? La explicación la halló en una nota escrita a máquina. En la nota aparecían treinta nombres en dos grupos distintos. Los nombres eran en su totalidad húngaros, checos y polacos. Garnett dedujo que debían ser los individuos que llegaban en el tren, y que posiblemente en la primera columna figurasen con sus nombres verdaderos y en la segunda con los que habían de utilizar durante su estancia en Francia.

Confirmando esta última apreciación, advirtió que sólo junto a estos últimos aparecía el nombre de una población que podía ser su

punto de destino o residencia. Por significativa coincidencia, excepto tres que debían quedarse en París, todos los demás iban a lugares en cuyas proximidades existía alguna base naval o aérea de las fuerzas americanas. Asimismo, y tras su punto de destino, aparecía una cifra distinta. Paxton las sumó todas y le dieron un total de ciento cincuenta mil. La misma de los francos hallados.

Una tercera nota incluía unas breves instrucciones. Los viajeros debían hospedarse en una taberna de la calle Mirabeau de Ivry. Tenían que ir hasta allí en grupos de dos o tres como máximo y preguntar por *monsieur* Prejean, diciendo que iban enviados por su amigo Albert.

Seguidamente Paxton concentró su atención en el carnet de inspector de ferrocarriles extendido a nombre de Marcel Blumer. Estaba decidido a utilizarlo. Con rapidez y habilidad quitó el retrato de Bormann, sustituyéndole por uno suyo. Cualquiera que examinara con detenimiento el carnet, podría advertir la suplantación. Pero confiaba en que no lo hiciese nadie.

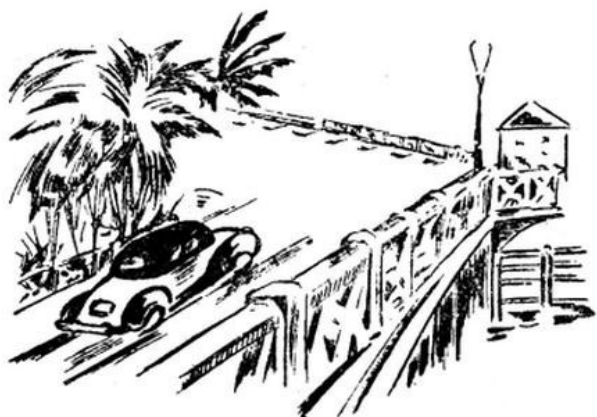
A las dos y media de la mañana se decidió a abandonar el Hotel Terminus con rumbo a la estación. No quiso correr el riesgo de encontrarse con el hotelero, si por casualidad estaba levantado todavía, y optó por salir por la ventana. Un salto de tres metros escasos no significaba nada para él. Lo dio sin producir el menor ruido ni ser oído por nadie.

A las tres menos cuarto estaba en la estación, donde dormitaban dos empleados, que no le prestaron la menor atención. El tren procedente de Basilea llegó a la hora en punto. Se apearon los aduaneros, que habían hecho la revisión de equipajes en ruta, y subió Garnett cuando ya el convoy reemprendía la marcha.

Un empleado del tren miró muy por encima la nota de reserva de cama, dirigió una mirada soñolienta al carnet que Paxton le mostraba, y sin la menor duda le señaló su departamento, yéndose seguidamente a dormir. Paxton se sintió ligeramente inquieto al hallarse a solas. Daba por descontado que el grupo terrorista que viajaba en el mismo tren no tardaría en presentarse a buscarle.

¿Qué pasaría si alguno de ellos conocía personalmente a Bormann? La respuesta no era difícil. Al darse cuenta de la suplantación, le acometerían como un solo hombre. Garnett procuraría defenderse, pero sólo frente a quince enemigos...

—¡Qué le vamos a hacer! —murmuró, encogiéndose de hombros —. Pase lo que pasé, ya no hay tiempo de retroceder. ¡La suerte está echada!...



~~~~~  
A costa de sacrificios económicos se os ofrece  
una original Colección titulada

### **NOVELISTAS DE HOY**

Una serie de novelas inéditas escritas por  
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,  
CELA, INSUA y otros de igual fama, al  
precio ínfimo de CINCO PESETAS

## V

### ACUSADO DE ASESINATO

LLEVARÍA quince minutos en el departamento, cuando sonó una suave llamada a la puerta. El abrir, se encontró con un individuo alto, delgado, de cara ancha y pómulos salientes, que pronunció unas palabras en un idioma desconocido para Paxton. Simulando una indignación que estaba muy lejos de sentir, Garnett le interrumpió en tono de cólera difícilmente contenida:

—¡Cuidado! Ni una sola palabra que no sea en francés. Cualquiera que nos oyera...

El recién llegado demostró cierta extrañeza, pero se apresuró a cumplir la orden que recibía. Al fin y al cabo, Bormann estaba por encima de él, y en la organización a que ambos pertenecían, los superiores tenían siempre razón.

—Perdón, camarada —se excusó en tono servil—. Decía que los hombres esperan sus instrucciones. Si quisieras venir ahora...

—¡Vamos! —replicó Paxton, dispuesto a hacer frente a la situación.

Los quince hombres estaban reunidos en dos departamentos de uno de los coches de primera. Habían dejado vacíos los inmediatos, de modo que nadie pudiese oír lo que decían. Como medida de precaución pusieron en el pasillo antes de la llegada de Garnett unos individuos encargados de dar la alarma si algún extraño se aproximaba.

Con la mano derecha acariciando la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo como medida elemental de precaución, Paxton penetró en el primero de los departamentos. Todos los presentes se pusieron respetuosamente en pie. Sereno, dueño de sí mismo, el

americano habló:

—Bien llegados, muchachos. Espero que vuestra estancia en Francia resulte en extremo agradable... y fructífera.

Algunas risitas de complacencia acogieron sus palabras. Seguro de pisar terreno firme y de que ninguno de sus oyentes sospechaba siquiera la suplantación de personas, Garnett continuó:

—Como medida elemental de precaución conviene que habléis siempre en francés para acostumbraros. Y ahora, para comprobar que cada uno conoce de memoria el nombre y los extremos que aparecen en su documentación, necesito que me vayáis entregando vuestra carta de residencia y diciéndome sin vacilaciones cuantos datos aparecen en ella. ¡Empieza tú!

El individuo señalado se apresuró a obedecer. Entregó un momento su documentación y repitió sin vacilaciones cuanto en ella se consignaba, afirmando que era polaco de nacimiento, que llevaba quince años en Francia, que residía en Lille y que trabajaba en una fábrica siderúrgica.

—Perfectamente —aprobó Paxton, luego de consultar la nota hallada en el equipaje de Bormann—. Aquí tienes nueve mil francos para los primeros gastos.

Hizo la misma operación con todos. Como tenía una memoria privilegiada, esperaba poder recordar las señas de cada uno. Conociendo su aspecto físico y los lugares donde iban a residir sería mucho más fácil detenerlos en un momento dado. Cuando hubo concluido de repartir los ciento cincuenta mil francos dio sus últimas órdenes:

—Al llegar a la Gare de

l'Est

saldréis separados o formando como máximo grupos de dos o tres. Todos tenéis que ir al treinta y siete de la rue Mirabeau, en Ivry. Se trata de una taberna. Debéis acercaros al mostrador preguntando por *monsieur* Prejean; cuando le digáis que os envía su amigo Albert os dará las oportunas instrucciones. ¿Entendido?

Repetía al pie de la letra lo que aparecía en una de las notas de la famosa cajita de acero. Al obrar así perseguía una doble finalidad: que no revelase su verdadera personalidad ninguno de los terroristas, caso de que alguno conociese algo de los movimientos previstos a su llegada a París, y saber dónde la Policía francesa —si

podía contarse con ella— podría detener de un golpe a todos los componentes del grupo.

Cuando volvió a su departamento, acompañado por el mismo individuo que había ido a buscarle, eran ya las cinco de la mañana, y habían dejado atrás Langres. Al despedirse de su acompañante, Paxton le indicó:

—No llegaré en el tren de París porque sería peligroso. Me aparearé antes. Cuídate de que todos cumplan las instrucciones recibidas.

Tenía un plan perfectamente trazado que puso en práctica sin vacilaciones. A las ocho de la mañana pasaba el expreso de Troyes, donde se detenía por espacio de cinco minutos. Quedaban desde allí más de cien kilómetros para ganar la capital francesa y el tren emplearía algo más de dos horas en recorrerlos. Era tiempo suficiente para que diera sus frutos el proyecto imaginado.

Se apeó en Troyes en el último segundo, cuando ya el convoy empezaba a ponerse de nuevo en marcha. Con paso rápido salió de la estación y marchó en línea recta —pero no sin comprobar antes que nadie le seguía— hasta la central de teléfonos. Pidió una conferencia con París, pero las líneas estaban ocupadas o los operadores dormidos y tardó cerca de media hora en lograrla.

Habló entonces con rapidez, en inglés y empleando términos convenidos de antemano, con Rodman Blackpool. En pocas palabras le dio cuenta un poco superficial de la increíble aventura vivida en las últimas horas. Le indicó que un grupo de terroristas llegaría alrededor de las diez de la mañana a la Gare de

I'Est,

e incluso los nombres que utilizaban. Debía hablar con el comisario Prevost para interesar su detención. Bastaría una pequeña investigación para comprobar que ninguno de ellos eran quienes pretendían. Incluso sería posible, de interrogarles con habilidad, obligarles a confesar sus proyectos al venir a Francia.

Como era ya muy cerca de las nueve de la mañana y en la hora que faltaba para la llegada del tren era muy posible que no tuviera tiempo de hablar con el comisario, decidirle a una acción rápida y concentrar en la estación el número de agentes precisos para que no escapase uno solo de los terroristas, le habló también de la taberna de Ivry-sur-Seine donde debían irse concentrando con breves

intervalos. Era de suponer que no comenzasen a llegar allí antes de las once u once y media y que los últimos no se presentasen hasta las dos o las tres de la tarde.

—Habrá tiempo, por lo tanto, de cogerles a todos.

Blackpool se mostró entusiasmado. Creía sinceramente encontrarse en el principio del final de aquel endiablado asunto que había costado la vida a varios de los mejores agentes del

F. B. I.

americano. Ante la seguridad de conseguir sin graves dificultades un éxito ruidoso, esperaba que Maurice Prevost se decidiese a actuar. Ni siquiera el mismo Fontaine —aun en el caso de que estuviera de acuerdo con los terroristas— se atrevería a entorpecer abiertamente los trabajos policíacos.

—Voy a lanzarme inmediatamente al trabajo. Venga por donde sabe cuando llegue a París. Espero que entonces ya estará todo resuelto.

Paxton no compartía por entero su optimismo. Aun admitiendo que Rodman lograra convencer al comisario, no todo estaría resuelto. Habrían detenido a un puñado de terroristas, impidiéndoles actuar; no sería poco, pero aún quedaría mucho que hacer. Era dudoso que cantasen de plano, más temerosos de las represalias de su propia organización que del castigo de la Justicia francesa. Si se empeñaban en callar sólo se les podría acusar de haber entrado en Francia utilizando nombre y documentación falsos; la condena no podría ser otra que la expulsión o, como máximo, unos meses de encierro.

Quedaría en pie, y esto era lo fundamental, toda la organización. No sería posible probar la culpabilidad de Alexis Markoff Bormann, que continuaría gozando de su inmunidad diplomática, ni menos aún la de Ferdinand Fontaine, que seguiría teniendo en sus manos poderosos resortes capaces de esterilizar todos sus esfuerzos.

Existía otro peligro mayor aún: que Bormann hubiera despertado de su sueño antes de tiempo o que la ambulancia que le conducía, en lugar de llegar a París alrededor de las once de la mañana, como esperaba el doctor, hubiese ganado tres o cuatro horas acelerando su marcha. Si Bormann despertaba antes de tiempo le sobraba inteligencia y habilidad para convencer al doctor y a los enfermeros de que se habían dejado engañar estúpidamente, recobrando su

libertad de acción inmediatamente; si la ambulancia entraba en la Embajada checa antes de que el expreso lo hiciese en la estación, la vista de Alexis sería suficiente para que quienes le conocían se dieran cuenta de que algo había salido mal y se apresurasen, por el procedimiento que fuera, a avisar al grupo de terroristas para que se pusieran a buen recaudo.

—Pude ahorrarme estos riesgos, liquidándole cuando le tuve sin sentido —murmuró, rabioso.

Pero en su fuero interno sabía que en ningún caso hubiera sido capaz de tal cosa. Ni siquiera habría matado al mayor asesino, teniéndole desmayado y a su merced. Además, matar a Bormann hubiera sido tirar por tierra todo su plan. Unos minutos o unas horas después se enterarían fatalmente los de la ambulancia o el hotelero, y como unos y otros pertenecían a la misma organización que el checo emprenderían sin tardanza la persecución de su matador, sin perjuicio de comunicar lo sucedido a sus jefes de Mulhouse y París.

—Esperemos que las cosas no vayan tan mal.

Se lanzó entonces a la búsqueda de un «taxi» capaz de llevarlo a París. No pudo encontrarlo. Con un pretexto o con otro, los choferes de los pocos que halló libres se negaron a un viaje demasiado largo para ellos. Tuvo que resignarse a esperar hasta las diez y media, en que partía un autobús. Fue, acaso, la peor de las soluciones, porque el autobús, un coche de línea con prolongadas paradas en distintos puntos del recorrido, no llegó a su punto de destino hasta pasadas las dos de la tarde.

Se tiró del autobús apenas se detuvo, y tomando un «taxi» se dirigió a la rue du Bac. Iba furioso consigo mismo. Desde las nueve de la mañana había perdido estúpidamente cinco horas; cinco horas que muy bien podían tener importancia decisiva. Sólo cabía esperar que Blackpool hubiese tenido éxito en su labor.

Pero esta última esperanza se desvaneció apenas penetró en el pisito. Le bastó ver la cara de Rodman para comprender que algo había ido mal.

—¿Qué ha ocurrido?

—Fracasamos en toda la línea. O son mucho más listos de lo que suponíamos, o no había una sola palabra de verdad en cuanto me dijo por teléfono.

Apenas terminada su conferencia con Paxton, había buscado al comisario Prevost, que si al principio se mostró incrédulo y desconfiado, acabó dejándose convencer por los razonamientos de Blackpool. Con todo, cuando llegaron a la Gare de l'Est

el tren había llegado. Aunque buscaron por todas partes individuos del tipo de los descritos por Garnett no pudieron hallar a ninguno. O habían salido ya de la estación o no habían entrado en ella, apeándose antes de llegar a París.

—Pero la taberna de Ivry...

Existía efectivamente, un «bistro» en el 37 de la rue Mirabeau. Prevost mandó unos agentes que vigilasen discretamente los alrededores. Hasta las doce no se había presentado nadie. Entonces uno de los policías, estropeando el francés para simular un acento extranjero, se llegó al mostrador preguntando por *monsieur* Prejean. El tabernero aseguró que allí no había nadie que llevase tal nombre; también simuló completa ignorancia respecto a su amigo Albert.

No convencido por sus razonamientos, Prevost se presentó entonces dándose a conocer y efectuando un minucioso registro en toda la casa. El resultado fue desolador: no encontraron ni restos del grupo de terroristas que debía haberse refugiado allí. En cuanto al tabernero se llamaba Durand y ni él ni ninguno de los parroquianos sorprendidos en el establecimiento parecían haber oído en su vida hablar de aquellos misteriosos Prejean y Albert.

—Hace una hora que me separé de Prevost. Estaba furioso conmigo por haberle inducido a dar un peligroso traspiés que le pone en ridículo ante sus subordinados y jurando y perjurando que no volverá a hacer el menor caso de ningún maldito yanqui.

Paxton quedó abrumado. Todos sus esfuerzos de la noche anterior habían resultado inútiles. Los terroristas a quienes creía tener en su poder se le habían escurrido de entre las manos. No acababa de comprender cómo. Admitía que hubieran salido ya de la estación cuando se presentó el comisario con sus agentes; pero ¿por qué no habían ido a la taberna de Ivry-sur-Seine? ¿Por qué no aparecía allí aquel Prejean encargado de recibir y aleccionar a los forajidos? Sólo cabía una explicación: Bormann. Indudablemente, había recobrado el conocimiento mucho antes de lo que esperaba

Garnett y tuvo tiempo de avisar a sus secuaces.

—Eso es lo más increíble —comentó con una sonrisa de abatimiento Blackpool—. Resulta, según la Policía, que Alexis Markoff no se ha movido de París.

Paxton saltó indignado. Estaba completamente seguro de haber luchado con él la noche anterior en una habitación del llamado Hotel Terminus, de Hunningue. Incluso llevaba aún en el bolsillo o el retrato que había arrancado del carnet extendido a nombre de Marcel Blumer. Más aún: el propio interesado había proclamado su identidad cuando creyó tener en sus manos al americano.

—Sin embargo, nada de eso es posible. Porque Markoff no sólo está tranquilamente en la Embajada checa —o estaba hace dos horas cuando menos—, en perfecto estado de salud, sino que varios agentes le vieron de madrugada en una «boîte» de Montparnasse.

Blackpool había nombrado a Bormann como jefe de la organización terrorista, señalando que había estado la noche anterior en la frontera suiza. Habilmente, Prevost hizo algunas averiguaciones. Incluso habló por teléfono con él, a propósito de la detención de unos checos cuya documentación no estaba en regla. En el curso de la conversación, Alexis mencionó la «boîte» que había visitado la noche anterior. El agente de servicio en dicho lugar confirmó sin vacilaciones su presencia allí.

—¡Todo eso es mentira! —chilló, iracundo, Paxton—. Por fuerza ese agente tiene que ser un miembro más de la banda...

—Pienso lo mismo —repuso con calma Rodman—. Desgraciadamente, no nos servirá de nada pensarlo.

Llamaron en aquel instante a la puerta. Blackpool se dispuso a abrir, no sin hacer que Paxton se metiese en el cuarto de baño. No sabía quién podía ser el visitante y en cualquier caso no convenía que le viesen allí. Al abrir recibió una gran sorpresa, porque en el umbral se recortó la silueta de Maurice Prevost.

—¿Usted, comisario?

—Sí, amigo mío —repuso el visitante, penetrando sin esperar a que el americano le invitase a hacerlo—. ¿Creía que ignoraba que tenía aquí este apartamento? ¡Oh, le aseguro que la Policía francesa es más eficaz de lo que ustedes suponen! Sabe muchas cosas, aunque a veces le interese simular que lo desconoce todo.

—¿Y ha venido solo para demostrarme su eficacia como policía?

—inquirió Rodman entre irritado e irónico.

—No, amigo mío. Para eso no le hubiese molestado nunca. Vengo en busca de Garnett Paxton.

El asombro impidió articular palabra por espacio de medio minuto a Blackpool. Aunque aquella mañana había charlado extensamente con el comisario, tuvo buen cuidado de no citar la fuente de su información, y el nombre del agente del

F. B. I.

no apareció una sola vez en sus labios. Tampoco Prevost pareció sospechar siquiera que existiera la menor relación entre el agregado de la Embajada americana y quién había llegado como oscuro y desconocido reportero de la American News Service.

Rehaciéndose con rapidez, Rodman negó en redondo. Con gesto impasible afirmó que no conocía a dicho individuo y que, desde luego, no se hallaba en el piso.

—¿No podría haber entrado en el cuarto de baño sin que usted se diera cuenta? —preguntó con una risita burlona Prevost.

Blackpool replicó en sentido negativo. Aseguró que estaba solo en su apartamento, esperando la visita de una amiguita que no tardaría en llegar. Como no le convenía tener testigos de la entrevista y a la muchacha le interesaba menos aún, hizo ver al comisario con toda diplomacia posible que debía marcharse cuanto antes.

—Lo siento —repuso Prevost, tomando asiento en uno de los sillones—, pero he venido en busca de míster Paxton y no me iré sin verle.

—Yo le aseguro...

—No asegure nada, porque perderá el tiempo. Es inútil fingir. Sé perfectamente que está aquí y tengo rodeada la casa. ¡Salga de una vez, míster Paxton!

Garnett comprendió que era inútil continuar en el cuarto de baño y se apresuró a salir. ¿Para qué le buscaba el comisario?

—He venido a detenerle —repuso con calma Prevost—. Y siento comunicarle que los cargos acumulados contra usted son de gravedad extraordinaria.

Paxton sonrió con ligera ironía. Suponía que los motivos que inducían a Prevost no eran otros que haber comprobado que las actividades del supuesto reportero eran las mismas que sospechase

desde un principio. No creía que la detención anunciada se llevase a cabo, y menos aún que los delitos que pudiera imputarle revistiesen verdadera gravedad.

—¿No, eh? —replicó el comisario—. ¿Qué le parecería si le considerase autor personal y directo del doble crimen perpetrado anteayer tarde en el Bois de Vincennes?

—Que sería para mí la mayor de las sorpresas, porque ni siquiera sé que se haya cometido tal crimen —mintió con serenidad Garnett, aunque su mano fue con disimulo hacia la culata de la pistola.

—Es inútil que finja —afirmó con energía Prevost—. Sé que fue usted quien les mató. En legítima defensa, desde luego, y a unos tipos que no merecían vivir; pero usted les mató.

—Cuando se lanza una acusación de ese tipo —contestó Paxton, cuya mano derecha se cerró sobre la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo— hay que basarla en alguna prueba. ¿Tiene pruebas de lo que dice, comisario?

—Podría encontrarlas en menos de una hora; me bastaría carearle con el chófer del «taxi» que le condujo desde el *boulevard* MacDonald hasta la place de la Nation en seguimiento de un «Renault» en el que iban una mujer y un hombre.

—¿Supone que el chofer me reconocería?

—Indudablemente. Pero todavía sería fácil encontrar una prueba más concreta y categórica: bastaría tomar sus huellas dactilares para comprobar que son idénticas a varias de las encontradas en el coche en cuestión. ¿Qué le parece?

Paxton no replicó. Miraba fijamente al comisario en tanto su cerebro funcionaba con rapidez. ¿Por qué hablaba Prevost en términos condicionales?

—Porque no pienso molestarme en acusarle de esas dos muertes. Primero, como ya he dicho, porque actuó en legítima defensa, y segundo, porque al liquidar a esos dos individuos hizo un verdadero servicio a la Justicia.

Con toda prudencia, Garnett se abstuvo de confesar su intervención en el suceso, pese a que las palabras de Prevost parecían ofrecerle una absoluta impunidad. Pero si no venía a detenerle por esto, ¿cuál era el motivo de aquella pretendida detención?

—Algo que encierra mayor gravedad: el asesinato de Hilary Golders.

Al oírle, Blackpool se puso en pie de un salto; Paxton, por su parte, se negaba a dar crédito a los oídos. Incrédulo, preguntó:

—¿Que han asesinado a Hilary Golders?

—Sí. Hace una hora que le encontraron en su despacho con un balazo en mitad de la frente.

—¿Y cree que fui yo?

—Por lo menos hay quien le acusa directamente. Parece que estaba en compañía de Golders cuando sonó el disparo que puso fin a su vida.

Dos personas lo han declarado así en mi presencia. Afirman que acudieron asustadas al oír el disparo, que la ventana del despacho estaba abierta y usted había desaparecido.

Garnett protestó airado. Nadie, sin faltar abiertamente a la verdad, podía sostener tal cosa. Hacía más de treinta horas que no veía a Hilary para nada, y bastantes más desde que puso los pies por última vez en su domicilio. ¿Quién se atrevía a sostener lo contrario?

—Quien más motivos tiene para estar enterada de todo: místress Margaret Golders.

El estupor impidió a Paxton articular palabra en un primer instante. Luego la sorpresa dejó plaza a una violenta indignación. Apremió al comisario para que le diese detalles de aquella acusación tan inesperada como sorprendente. Prevost no tuvo inconveniente en responder a sus preguntas. Según Margaret, hacía días que Garnett visitaba con frecuencia a su esposo, tratando de complicarle en turbios manejos, cuyo verdadero alcance ignoraba. Hilary se mostraba muy preocupado, asegurando que el supuesto reportero quería hacerle víctima de un vergonzoso chantaje.

«Yo —había declarado con lágrimas en los ojos— recomendé a mi marido que no accediera a sus demandas y que le amenazase con denunciarle a la Policía. Hilary debió decírselo así cuando vino a verle esta mañana, posiblemente discutieron y ese miserable le asesinó cobardemente».

Confirmando la declaración de místress Golders, una doncella suiza a su servicio declaró que vio entrar a Paxton en el despacho de Hilary, que oyó discutir violentamente a los dos hombres antes

de que sonase el disparo, y que cuando acudió a la habitación en compañía de la señora, míster Golders estaba muerto, la ventana abierta de par en par y el visitante había desaparecido.

—He recibido, naturalmente, orden de detenerle acusado de asesinato. Y para darla cumplimiento vine aquí, donde sabía que podría encontrarle.

Blackpool intervino sin vacilaciones, afirmando su plena seguridad en la inocencia de Garnett. El interesado protestó con mayor vehemencia aún. La noticia de la muerte de Hilary le había producido una profunda impresión; la acusación lanzada contra él le desconcertó momentáneamente, pero mientras acaloradamente hacía protestas de inocencia, por su cerebro cruzaba una idea que pudiera conducir al esclarecimiento del crimen. Enfrentándose resueltamente con el comisario, le preguntó:

—¿No se le ha ocurrido pensar que pueda ser la propia Margaret quien matase a su marido?

—¿Qué motivos podía tener para ello? —inquirió Prevost en tono que demostraba que la pregunta no le sorprendía excesivamente.

—Procure que la vea el chofer del «taxi» del Bloix de Vincennes. ¿No le parecería significativo que la reconociese como la ocupante del «Renault» que fue siguiendo desde la Porte Villette hasta la place de la Nation?

—Sería una curiosa coincidencia; pero no veo que tuviese la menor relación con la muerte de su marido.

—¿Tampoco la encontraría si yo le dijese que en el «Renault» le acompañaba un caballero que no era Hilary precisamente, con el que se besó a modo de saludo?

—¿Pretende insinuar que se trata de un drama pasional?

—Hilary estaba enamorado de su mujer —repuso Garnett—; pero en este asunto hay algo más que un simple crimen pasional. Creo que Margaret no jugaba muy limpio con él, y no sólo en sus relaciones familiares.

—Hábleme con entera claridad —le pidió Prevost—. Para que lo haga sin vacilaciones le diré que conozco su verdadera personalidad, que sospeché desde el principio las razones de su viaje a París, y que si hubiese cumplido al pie de la letra las instrucciones recibidas es posible que le hubiese detenido al llegar

al aeródromo, obligándole a volver inmediatamente a los Estados Unidos.

—Permítame una sola pregunta antes de hablarle en la forma que me pide, comisario —repuso Paxton—. ¿Esas instrucciones las recibió de *monsieur* Ferdinand Fontaine?

—¿Por qué me lo pregunta? —inquirió Prevost, en cuya frente aparecieron algunas arrugas que demostraban su honda preocupación.

—Porque acaso *monsieur* Fontaine tenga la clave de cuánto sucede. Y su labor no sea nada beneficiosa para los intereses americanos ni para la libertad de su propia patria.

—Comprendo —contestó el comisario—. Era Fontaine el hombre que acompañaba a *místress* Golders cuando la fue siguiendo, ¿no?

—Exactamente. Y es el mismo, si no me equivoco, que me señaló a sus ojos como posible autor de la muerte de los dos forajidos que pretendieron secuestrarme. Pero este asunto es ahora cuestión secundaria. Quedamos en que Margaret y *monsieur* Fontaine sostenían y sostienen determinada clase de relaciones.

—¿Amorosas?

Paxton hizo un gesto de duda. No negaba su posibilidad, aunque tampoco les concedía excesiva trascendencia. Las relaciones que verdaderamente le interesaban eran de muy distinta clase. Por lo que había visto en el Gaulois, y por lo que una persona determinada le había dicho —no creyó oportuno dar el nombre de Valerie Gibson—, Margaret estaba en contacto directo y permanente con uno de los jefes principales, si no el principal, de la organización terrorista encargada de perpetrar toda clase de actos de sabotaje contra las bases americanas en el occidente de Europa.

—¿Se refiere a Alexis Markoff?

—Exactamente. ¿Conoce algo de sus actividades, Prevost?

El comisario inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Hacía tiempo que sabía que su cargo diplomático le servía de tapadera para realizar una labor de muy distinta índole. Desgraciadamente, la Policía necesita andar con pies de plomo, y nada podía hacer mientras no tuviese pruebas concretas y categóricas. Y hasta ahora carecía de aquellas pruebas.

—Pues es muy posible que se las pueda proporcionar yo —repuso Garnett—. Pero no nos apartemos ahora de lo que estábamos

hablando. Margaret celebró una entrevista en el Gaulois con Alexis Markoff. Luego fue en busca de Ferdinand Fontaine, que la estaba esperando en un lugar convenido.

—Y usted supone que Fontaine está de acuerdo con Markoff y que místress Golders les sirve de enlace, ¿no?

—Exactamente. Eso explica quizá muchas cosas, y, en primer término, el asesinato de Hilary.

No ocultó, ya por juzgarlo contraproducente, que el director de la American News Service en París trabajaba de acuerdo con el F. B. I.,

tratando de descubrir a los autores de los numerosos actos de terrorismo y sabotaje perpetrados en los últimos tiempos. Tampoco haber hablado con él al volver del Bois de Vincennes contándole parte de lo sucedido. Tuvo entonces buen cuidado de no hablar de Margaret, ni siquiera señalar que el coche que había ido siguiendo era el «Renault».

—Pero al día siguiente los periódicos publicaban las declaraciones del chofer. Y éste no sólo daba detalles sobre el automóvil que fue siguiendo, sino sobre sus ocupantes. Que no eran, como yo había dicho, dos hombres, sino un hombre y una mujer.

A Hilary, que nada tenía de tonto, debió sorprenderle que Paxton le hubiese engañado, ocultándole que uno de sus perseguidos pertenecía al sexo femenino. Sólo podía hacerlo por un exceso de delicadeza al tratarse de una persona muy próxima a él. La sospecha tuvo que acentuarse advirtiendo que la descripción del «Renault» coincidía con la de su propio automóvil. Posiblemente recordaría entonces el gesto de asombro de Garnett al enterarse de que Margaret había salido para Estrasburgo. Los celos que sintiera en aquel instante, y que Paxton se esforzó en disipar, debieron retornar centuplicados.

—Por fuerza tuvo que sumar dos y dos. Sabía por mí que uno de los ocupantes del «Renault» era Fontaine. Si registrando las habitaciones de su mujer encontró alguna carta suya... Bien. No creo que sea difícil imaginar el resto.

—¡Hum! —murmuró dubitativo Prevost—. Eso explicaría que Hilary matase a su mujer; pero lo contrario...

—Margaret pudo adelantársele. Si no es que contó con alguien

que le ayudase.

El comisario empezaba a creerlo así. De todas formas, insistió en cumplir con su deber. Aparte de la orden de expulsión, ya dictada oficialmente contra Paxton, estaba la de detención acusado del asesinato de Golders. Era posible —y lo deseaba sinceramente— que pudiese probar su inocencia; quedaría en libertad para ser conducido al aeropuerto en el acto. Pero...

—Ahora no tengo más remedio que apresarlo.

—Un momento, comisario. ¿Me detendría si yo pudiese probarle ahora mismo que nada tuve que ver en la muerte de Hilary, y, en cambio, estuviera en condiciones de probar la culpabilidad de Alexis Markoff en la organización de las bandas de saboteadores y terroristas que siembran la violencia en Francia?

—Es posible —repuso tras una ligera vacilación Prevost—. Pero no comprendo cómo diablos...

—Déjeme hablar cinco minutos y lo comprenderá.

Habló con claridad, concisión y energía. Pasando un poco por encima el relato de sus primeros días de estancia en París, refirió con todo detalle sus movimientos durante las últimas veinticuatro horas. Uno de los forajidos muertos en el Bois llevaba en el bolsillo un billete de avión para Colmar; Margaret, según su marido, había salido para Estrasburgo; Alexis Markoff, de acuerdo con una confidencia recibida, se disponía a marchar a Hunningue.

—Di por seguro que algo se preparaba en Alsacia y decidí ir a enterarme personalmente. Conseguí mucho más de lo que esperaba.

Contó su breve estancia en el Hotel Terminus, la irrupción de Bormann, sus apuros, la forma en que logró desembarazarse de él y la documentación que contenía la cajita de acero. Hizo algo más que hablar, naturalmente: presentar la cajita y las notas que contenía. También exhibió el carnet de inspector de Ferrocarriles, extendido a nombre de Marcel Blumer.

—Puse en él mi retrato; pero aquí tiene el que tenía cuando yo lo cogí. ¿Le reconoce?

Prevost no tuvo la menor dificultad en identificar la fotografía como perteneciente a Alexis Markoff. No satisfecho, aún quiso hacer una comprobación. Por teléfono, pero dando su nombre, llamó a las oficinas de la Red de Ferrocarriles Nacionalizados. Había, en efecto, un inspector llamado Marcel Blumer; pero llevaba un mes en cama

con una pierna fracturada, y calculaban que tardaría seis o siete semanas todavía en reanudar el trabajo.

—Parece que también en esto tiene razón. Pero el expreso llegó a las diez y el asesinato se perpetró alrededor de la una. Le sobró tiempo para...

—En absoluto. Me apeé del tren en Troyes, llamé por teléfono a Blackpool para que le avisara de la llegada de los terroristas y tuve que regresar en un autobús que no entró en París hasta las dos de la tarde. Aquí tiene el boleto. Un simple telefonazo bastará para comprobar la hora de llegada y mi presencia en el vehículo.

Sin la menor dificultad comprobó el comisario ambos extremos. Quedó plenamente convencido de la inocencia de Paxton respecto a la muerte de Golders y agradecido personalmente por el servicio prestado al lograr los nombres y las señas de los integrantes del grupo terrorista que acababa de llegar a Francia. Sin embargo, escrupuloso siempre en el cumplimiento de su deber, insistía en detener al americano. Aunque sólo fuera por la orden de expulsión dictada contra él.

—¡Pero si sabe que la extendió Fontaine, que es un traidor!

—Aun así, debe cumplirse.

Discutieron por espacio de veinte minutos sin lograr ponerse de acuerdo. De pronto, sobre las tres y media de la tarde sonó el timbre del teléfono. Blackpool, que lo descolgó, oyó no sin extrañeza que una voz agitada preguntaba por *monsieur* Prevost.

—Advertí que me llamasen a este número si ocurría algo grave —indicó sonriendo el comisario.

Pero la sonrisa desapareció de sus labios apenas empezó a escuchar. A medida que su invisible interlocutor hablaba, su rostro se tornaba más sombrío y algunas gotas de sudor aparecían en su frente. Por sus breves y nerviosas preguntas, Paxton y Blackpool pudieron enterarse de lo sucedido. Media hora antes, en las afueras de Aubervilliers, había sido atracado un camión blindado que transportaba cien millones de francos en barras de oro. El cargamento había llegado a las dos en un avión militar al aeródromo de Le Bourget y era un envío americano para fortalecer las reservas del Banco de Francia.

Cuatro de los guardianes del camión habían muerto, y el oro, transbordado con celeridad vertiginosa a otro vehículo, había

desaparecido. La Policía, que acudió con rapidez, no tenía ninguna pista de los asaltantes. Tan sólo a doscientos metros del lugar de la refriega encontraron el cadáver de un desconocido, en cuyos bolsillos no hallaron documentación de ninguna clase. Suponían que podía tratarse de uno de los atracadores.

—¡Pida que le den sus señas personales! —indicó Garnett asaltado por una idea repentina.

Se las dieron. Se trataba de un individuo moreno, corpulento, de mediana estatura, con el pelo rizado, unas cejas muy pobladas, que unían por encima de la nariz, que aparentaba de unos treinta y ocho a cuarenta años.

—Pregunte si tiene un lunar en la sien derecha.

Lo tenía, en efecto, como Prevost confirmó al colgar el auricular. Paxton no abrigó entonces la menor duda:

—¡Son los mismos! Indudablemente venían preparados para realizar ese trabajito.

Ante la mirada expectante del comisario, explicó sus palabras. Aquel tipo del lunar era uno de los que había visto en el expreso, un individuo que se decía rumano y viajaba con la documentación de un obrero metalúrgico de Suresmes llamado Carol Lupescu.

—Aplase setenta y dos horas mi detención. Le doy mi palabra de que pasados tres días me entregaré sin la menor resistencia. Pero creo que en ese tiempo lograré terminar con esos forajidos, desenmascarar a sus jefes y recuperar el oro robado.

Expuso con entera claridad su plan. Esperaba hablar con Valerie Gibson aquella misma tarde y confiaba en que la muchacha facilitase una pista para dar con los atracadores. Mientras, por su parte, procuraría encontrar a cualquiera de los tipos que vio en el tren.

No sin ciertas vacilaciones el comisario acabó dando su conformidad. Diría que había buscado a Garnett sin conseguir encontrarle. Más importante que el cumplimiento de la orden de expulsión, se le antojaba terminar con la banda de terroristas. Tan sólo expresó un grave temor:

—¿Se da cuenta de que su vida corre el mayor peligro, de que pueden matarle en cualquier instante y harán lo posible por conseguirlo?

—¡No importa! —repuso, encogiéndose de hombros, Paxton—.

En cualquier caso me queda tan poco de vida, que si me matasen habría de considerarlo una suerte. ¡Sobre todo si consigo llevarme por delante a unos cuantos...!



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO  
de la Colección F. B. I.

**YO, DIRECTOR DEL F. B. I.**

por **A L F M A N Z**

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas  
interiores, doble dibujo en cubierta, al precio de  
**OCHO PESETAS**

## VI

### TODOS REUNIDOS



AXTON confiaba en ver sin tardanza a Valerie, pero transcurrieron veintiocho horas interminables sin que sus esperanzas se vieran confirmadas. Ni la muchacha llamó al pisito de la rue du Bac a las horas en que le había indicado que estaría, ni apareció por el cafetucho donde se refugiaron la noche que le salvó de ser asesinado en su habitación del Hotel de la Belgique. Trató de buscarla por otros lados, pero hallar a una persona determinada en una ciudad de más de cinco millones de habitantes sin saber con exactitud dónde encontrarla,

equivalía a perder el tiempo lastimosamente.

Mientras, Francia entera parecía conmovida por el audaz atraco de los cien millones de francos. Los periódicos publicaron informaciones sensacionales y en sus comentarios no regateaban las censuras contra una Policía tan incapaz de prevenir sucesos de tal índole como de encontrar la menor pista que condujese a la detención de los autores.

Gracias a Prevost —con el que mantenía un contacto extraoficial, principalmente telefónico, utilizando para sus llamadas diversos nombres convenidos de antemano—, Garnett pudo saber que no se había equivocado respecto al muerto. Carol Lupescu, en efecto, era un metalúrgico de Suresmes que había marchado un mes antes a Bucarest para pasar unas semanas al lado de sus padres. No había regresado, naturalmente. Quienes le conocían personalmente y estuvieron en la Morgue para contemplar el cadáver encontrado en las afueras de Aubervilliers afirmaban que tenía un ligero parecido con Carol, pero que desde luego no era él.

—Lo cual —afirmó el comisario hablando con el americano— confirma plenamente su información de que los terroristas entran en el país ocupando el puesto y con la documentación de los obreros que han sido llevados con engaños a sus países de origen.

Paxton logró en aquel día y medio escapar a los agentes interesados en su detención —lo que no resultó difícil, porque Prevost y todos los integrantes de la Brigada Móvil no se ocupaban de otra cosa que de intentar recuperar el oro robado— y a las asechanzas de los secuaces de Bormann, lo que acaso tuviera mayor mérito, si es que no habían procurado quitarse de en medio para evitar caer en manos de la Policía. De cualquier forma hubo de tomar las necesarias precauciones, cambiar con frecuencia de disfraz y no aparecer con excesiva frecuencia por los mismos sitios. El pisito de la rue du Bac constituía una excepción. Pero tenía que ir por allí a las horas convenidas esperando la llamada de Valerie y contaba con la palabra del comisario de no comunicar a nadie que podía tener allí su refugio.

Empezaba a desesperar de que Valerie se acordase de él y caso de acordarse quisiera reanudar un contacto que podía traerla aparejados los mayores riesgos, cuando una noche, alrededor de las nueve, sonó el timbre del teléfono. Al reconocer la voz de quien

llamaba, el corazón le dio un vuelco.

—¿Dónde está? —inquirió ansioso.

—Un poco lejos. En un hotelito de la entrada de Nogent-sur-Marne. Es el tercero a la derecha, luego de cruzar la vía férrea en dirección al río. Quisiera verle, pero no puedo ir al centro.

Valerie habló con premura, sin necesidad de que Garnett le hiciese nuevas preguntas. Llevaba dos días en aquel hotelito, del que le habían prohibido moverse. ¿Prisionera? No se lo decían con claridad, pero desconfiaban de ella. Ansiaba telefonear; hasta aquel instante no le había sido posible. En la casa había siempre cuatro o cinco hombres que vigilaban sus menores movimientos por orden de Bormann.

—Hace diez minutos se fueron todos, llevándose unas cajas muy pesadas que trajeron ayer. No sé lo que contienen, pero sospecho que es algo de un gran valor.

—¿No podría ser el oro robado en Aubervilliers? —preguntó, anhelante, Paxton.

La muchacha se inclinaba a suponerlo así. Las cajas las tuvieron custodiadas por algunos individuos armados y se las habían llevado tomando grandes precauciones. ¿Dónde? Suponía que a una gasolinera anclada en el río, no lejos del hotelito.

—¿Es que quiere huir de ellos? —inquirió, sorprendido, el americano—. ¿No teme que pueda ocurrirle algo a su padre?

—A mi padre no puede sucederle nada ya —contestó desolada la joven—. Bormann me anunció esta tarde que había muerto hace dos semanas de una pulmonía. Incluso insinuó que yo podría morir de la misma enfermedad si mostraba la menor vacilación en cumplir sus órdenes.

—¿Asustada?

—No. Quisiera únicamente que mi muerte no resultase tan inútil como la de mi padre. ¡Si pudiera ser útil en algo!

—Lo está siendo mil veces más de lo que imagina, Valerie —repuso Garnett—. Voy a ir en su busca inmediatamente...

—¡No! Si viene le matarán y eso sería para mí la mayor de las desgracias.

—¡Lo veremos! Escúcheme con atención. Tengo un plan y quiero que me ayude a ponerlo en práctica.

Apenas cortase la comunicación con la muchacha, hablaría con

Prevost para que fuese sin pérdida de momento a Nogent-sur-Marne. Pero no esperaba su llegada. A la puerta tenía el coche de Blackpool. Con él, en menos de veinte minutos podía estar al lado de la joven. Quería llegar antes de que volviesen los secuaces de Bormann; sacarla del hotelito si aún era tiempo, o defenderse a tiros hasta que acudiese la Policía.

La muchacha se opuso al plan por considerarlo una locura. Garnett hubo de aludir a su enfermedad y a los pocos meses que le quedaban de vida, para convencerla de que afrontar la muerte no tenía importancia para él. No sin ciertas vacilaciones, Valerie acabó dando su asentimiento.

Procuró, sin embargo, hacer menos peligroso el intento audaz del americano. Garnett no debía acercarse por la rue Diane, que era donde se hallaba el hotelito, sino tomar por una vereda que pasaba a espaldas del edificio. Dejaría el coche en la Avenue de Joinville, antes de llegar a la vía férrea, y se acercaría andando.

—La cerca trasera está caída. Yo estoy en la tercera ventana de la planta baja. Si ve luz y la ventana abierta, acérquese; en caso contrario, de media vuelta rápido. ¿Lo hará así?

Precipitadamente habló con Prevost. El comisario oyó excitado sus explicaciones. No pareció sorprendido en lo más mínimo al oír mencionar Nogent-sur-Marne. Precisamente en sus inmediaciones había sido visto un automóvil conducido por Alexis Markoff.

—Saldré para allá dentro de diez minutos con cuatro coches llenos de agentes. No sé si esa chica estará en lo cierto, pero merece la pena comprobarlo.

Cuando Paxton le anunció que iría por delante, protestó airado. Ir solo, sin protección de ninguna clase, se le antojaba un suicidio. ¿Y si la llamada telefónica era una añaqaza para hacerle caer en una emboscada?

—No lo creo —repuso con firmeza Garnett—. Pero aunque lo creyese, iría de todas las maneras. No olvide, comisario, que mi vida no tiene el menor valor.

Colgó el teléfono sin querer escuchar la contestación del comisario. Había que darse prisa, porque cada minuto podía tener un valor decisivo. Seis minutos después atravesaba a toda velocidad la Porte de Vincennes. Al penetrar en el Bois no pudo evitar un ligero estremecimiento. Recordó lo próximo que estuvo a la muerte

en aquel lugar unas noches antes y se preguntó si al cruzar de nuevo Vincennes no lo haría con rumbo a un trágico final. No era agradable la perspectiva de morir a su edad; pero ¿podía hacer algo por evitarlo? Aunque no se lanzase a aquella aventura que podía tener mucho de desesperada, ¿lograría prolongar su existencia unos cuantos años? Sabía positivamente que no. ¿Y qué más daba, en fin de cuentas, un mes antes o después si se ahorra dolores sin cuento y realizaba una obra de ejemplar justicia?

En siete minutos recorrió los cinco kilómetros que separan las viejas fortificaciones parisinas de las proximidades del Marne. La avenida de Joinville aparecía desierta en la frialdad de la noche invernal. Siguiendo al pie de la letra los consejos de Valerie, dejó el coche en las cercanías del ferrocarril, cruzó la vía férrea y se dirigió hacia el hotelito.

Dando un pequeño rodeo tomó por una estrecha vereda que corría a espaldas de los contados edificios de la calle. Pronto descubrió el hotelito, cuyas señas y emplazamiento le había dado por teléfono *miss* Gibson. Como le anunciase la joven, la cerca era un montón de escombros y el antiguo jardín tenía todo el aspecto de un vertedero de basuras.

—No han debido volver todavía —murmuró, satisfecho—. Así será todo más fácil.

Con paso lento, agachado para resultar menos visible, con la mano derecha sosteniendo con firmeza la pistola, cruzó los quince metros que le separaban del edificio. Cuando llegó junto a la ventana, llamó sin levantar demasiado la voz:

—¡Valerie! ¡Valerie!

Oyó pasos de mujer en la habitación y dio por seguro que sería la muchacha. Quizá este convencimiento le hizo descuidarse un segundo, aunque es probable que sin haberse descuidado las cosas hubieran ocurrido en la misma forma.

Sus enemigos parecieron surgir del suelo. No los vio, no los oyó, no sospechó siquiera su presencia hasta que resultó tarde para intentar una defensa eficaz. Tres individuos forzudos y corpulentos le cayeron encima por la espalda, sujetando sus brazos, golpeándole y lanzando amenazas.

Paxton se debatió desesperado, tratando de utilizar el arma que aún empuñaba. Pero le tenían sujeto y sus primeros balazos se

clavaron en el suelo, hasta que un golpe violento hizo que la pistola se le escapase de entre los dedos. Forcejeando recibió varios puñetazos y patadas. Al fin alguien le clavó en el estómago el cañón, de un revólver de grandes dimensiones, gruñendo:

—¡Quieto, o te lleno la barriga de plomo!

Desistió de la resistencia, convencido de su absoluta inutilidad. Con rapidez, mientras los otros dos le mantenían sujeto, uno de sus adversarios le cacheó de pies a cabeza, quitándole las dos pistolas que llevaba encima. Luego, alzando la voz, gritó, hacia la ventana:

—¡Ya está, jefe!

En la ventana apareció el rostro sonriente de Alexis Markoff. Junto a él surgió la figura inconfundible de Valerie Gibson, a la que un individuo mantenía sujeta, tapándole la boca con una mano para impedirle gritar. El checo saludó, irónico, al americano:

—¡Encantado de volverle a ver, míster Paxton! Tenía verdadero interés en devolverle la broma que me gastó en Hunningue.

—¡Canalla!

—Ahórrese insultos; no le servirán de nada. ¡De prisa, vosotros! Hay que largarse. Seguir aquí puede ser peligroso...

Los secuaces de Markoff no se hicieron repetir la orden. Empujando violentamente a Garnett con los cañones de sus pistolas, le obligaron a bordear el hotelito para salir a la rue Diane. Del interior del edificio salió también Alexis, acompañado de otro forajido que conducía en forma violenta a Valerie.

—¿Y los coches?

—Ahí vienen.

A lo largo de la calle se acercaban dos automóviles. Sorprendido, Garnett comprobó que uno de ellos era el mismo que dejase minutos antes en la avenida de Joinville, si bien habían tenido la precaución de tapar la matrícula con unas paladas de barro.

—Le llevaremos en su propio coche. No creo que se queje de mi delicadeza.

Tuvo que sentarse en el asiento trasero, entre dos forzudos enemigos que le clavaban en los costados las armas que empuñaban. En el «baquet» tomó asiento Markoff; entre él y el chofer iba Valerie.

—Un doble paseo, ¿eh? —preguntó, desdeñoso, Paxton.

—Pero totalmente distinto al del Bois —repuso, burlón, Alexis

—. A nosotros no podrá sorprendernos. Al menor intento le freímos; y, lo que es peor, caerá también su bella amiguita *miss* Gibson.

El resto de los forajidos habían subido al otro coche. Ambos vehículos estaban ya en marcha. Abandonando la rue Diane, rehuían el centro de Nogent, para tomar una carretera asfaltada en dirección al Oeste. Un instante volvió la cabeza Paxton. Había estado lloviendo hasta media hora antes; en el asfalto mojado los neumáticos de ambos coches dejaban una huella claramente visible. ¿Bastaría para que el comisario Prevost pudiera seguirla? Era muy dudoso. Sin embargo, convenía que sus enemigos no se dieran cuenta de la posible pista que dejaban tras sí. Procuró distraerlos, protestando:

—¿Amiga mía? ¿De dónde diablos saca que esa señorita y yo...?

—No finja, Paxton —le interrumpió desdeñoso Alexis—. Oí todo lo que hablaron por teléfono. ¿No le parece suficiente?

—Lo que hablamos y lo ocurrido demuestra que he caído estúpidamente en una trampa tendida por la que usted llama *miss* Gibson.

—Lo de que fuera una trampa, es cierto; pero no que ella se la tendiera. Valerie cayó incautamente en el lazo que la tendí. Ahora ya sé todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué?

—Quién le avisó para que fuese a Hunningue. Si lo hubiera sabido entonces no hubiese perdido tanto tiempo en aquella ocasión.

—¿Piensa liquidarme?

—Liquidarlos —corrigió, irónico, Bormann—. Pero no aquí, sino donde su amigo Prevost tarde en encontrarles. Además, me gustaría que antes de morir viese algo. Algo que le demostrará que triunfo en toda la línea. Supongo que le divertirá mucho...

La excursión no fue muy larga, aunque Garnett tuvo la impresión de que daban algunas vueltas y revueltas tratando de despistar a sus posibles perseguidores y rehuyendo pasar por determinados puntos. Como atravesaron el Marne por un puente de piedra y en total no debieron recorrer arriba de quince kilómetros, cuando se detuvieron en una especie de granja medio oculta entre los árboles a un lado de la carretera, Paxton supuso que debían estar en las cercanías de Noisy-le-Grand.

A la puerta de la granja, separada de la carretera por un corto sendero arenoso, había dos coches. Junto a ellos un par de individuos. Al apearse, Markoff preguntó a uno de ellos:

—¿Vinieron éstos?

—Hace veinte minutos.

—Perfectamente —luego, volviéndose a los que custodiaban a los dos presos, añadió—: Hacedlos entrar. ¡Y mucho cuidado!

Tres de los forajidos colocaron entre sí a Paxton y Valerie y los hicieron penetrar en la granja. Tras ellos, sonriente y triunfal, marchaba Alexis Markoff.

Entraron en un amplio recinto que debía hacer las veces de cocina, comedor y centro de reunión de la granja. A un lado ardían varios troncos de árbol en una cocina-chimenea de campana. Al fondo se veía una escalera de madera que conducía al piso superior. En el centro había una mesa alargada de grueso tablero y varias banquetas.

Dos personas que se calentaban junto a la chimenea se volvieron al oírlos entrar. Una sola mirada bastó a Paxton para reconocerlos. En tono burlón comentó:

—¡Qué agradable encuentro! La inconsolable *místress* Golders y su devoto amigo *monsieur* Fontaine. ¡Ya estamos todos reunidos!

Los ojos de Margaret despedían llamaradas de cólera al escucharle; su acompañante apretó los puños y pareció dispuesto a lanzarse sobre el americano. Iba a decir algo, cuando Markoff se le adelantó. Enfrentándose con Garnett, comentó, con una sonrisa amenazadora:

—Sí; ya estamos todos aquí. Pero hay dos que pronto no estarán en ninguna parte...

## VII

### SIEMPRE HAY ESPERANZAS



AS palabras de Alexis eran un claro anuncio del final que les deparaban. En Paxton no hicieron el menor efecto; Valerie, en cambio, se estremeció ligeramente y una de sus manos rozó el brazo del americano como si instintivamente buscara su protección. Garnett iba a responder algo, pero se inició entonces un breve diálogo entre Bormann y Fontaine y le pareció más interesante escuchar lo que decían.

—¿Por qué se ha molestado en traerlos? —preguntaba el secretario del Interior.

—Para demostrarle que yo triunfo siempre. Se rió un poco el otro día al saber la jugarreta que tuve que sufrir. Llegó a decirme

que este yanqui era demasiado listo para mí. Ahora tendrá que convencerse de su error.

—Admitido —repuso un tanto nervioso Fontaine—. De todas formas, hacer que ese tipo llegase a vernos...

—No le servirá de nada —le atajó Alexis—. Dele por muerto ya. Podemos hablar en su presencia como si fuera un cadáver. No hay cuidado de que pueda repetir lo que oiga. Sería un milagro, y ni usted ni yo...

Su interlocutor asintió con rápidos movimientos de cabeza. Al mirarle, Paxton advirtió que tanto él como Margaret Golders daban claras muestras de nerviosismo. Era evidente que no les agradaba encontrarse allí.

Desentendiéndose del americano, Fontaine hizo una nueva pregunta, posiblemente la más trascendental en aquel instante para él:

—¿Por qué nos hizo venir con tanta urgencia?

—Por el oro, naturalmente. Hay que llevarlo hasta las cercanías de Chateau-Thierry, como le dije. Dentro de una hora aterrizará una avioneta en el punto indicado. Los cien millones tienen que estar allí.

—¿Y quiere que sea yo quien los lleve? —inquirió Fontaine, con voz que reflejaba una honda preocupación.

—¡Claro! Usted y Margaret.

—Pero —replicó *místress* Golders—. Ferdinand me ha dicho que hay dos controles policíacos antes de llegar. Registran todos los coches y...

—¿Quién se atreverá a molestar a *monsieur* Fontaine? Nadie. Los policías le dejarán paso franco sin preguntarle nada. Y más si a su lado va una mujer tan encantadora como tú. Por eso he decidido que vayáis los dos.

No cabía duda de que ni a Margaret ni a su amigo les hacía muy poca gracia el encargo. Tan poca que se esforzaron por librarse de él.

—Podría ir cualquiera —insinuó Fontaine—. Bastaría que yo llamase por teléfono a los controles...

—No. Es preferible que vaya usted. Sólo así tendremos la plena seguridad de que el oro llega a su destino.

—¿Y si me negase?

La pregunta desconcertó momentáneamente a Markoff. Se quedó mirando a su interlocutor como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Negarse? —repitió, sorprendido—. Supongo que será una broma, ¿no?

—Habla en serio.

—Pues en serio le responderé. Sería muy peligroso que usted o Margaret pretendieran negarse. De sobra saben por qué. Bastaría una ligera indiscreción, una carta que por error iba a determinado lugar, para que ambos sintieran haberse negado. ¿Entendido?

Sus palabras produjeron considerable efecto en la pareja. Fontaine palideció, pero no se atrevió a replicar. Nerviosa, preguntó Margaret:

—¿Serías capaz de...?

—Yo soy capaz de todo. Piensa si te interesa que las gentes se enteren de cómo y por qué mataste a tu marido. Y en cuanto a Fontaine, ¿qué ocurriría cuando se supiera que hace tres años largos que...?

—No siga —le interrumpió el interesado—. ¡Iremos!

—Lo sabía —repuso Markoff, con una sonrisa—. Cuando yo doy una orden se cumple siempre. Y esto es una orden.

Hizo una breve pausa. Luego, cambiando de tono, añadió:

—Pero no pasen cuidado. No existe el menor peligro. Son poco más de cincuenta kilómetros. La Policía ni siquiera les detendrá. Sólo con que vean la matrícula del coche habrá más que suficiente.

Fontaine pareció convencido. Iría, puesto que no le quedaba otro remedio. Esperaba que todo saliese bien. Nadie sospecharía de él. Si los agentes de la carretera llegaban a detenerle, sonreirían comprensivos viéndole acompañado de una mujer bonita. Tenía cierta fama de «homme a femmes» y a nadie le sorprendería aquel paseo nocturno.

—¿Y esos?

—Son cosa mía. Aparecerán mañana flotando sobre las aguas del Marne... si es que el plomo les permite flotar...

—Entonces...

Hubo algo que impidió a Fontaine terminar la frase. Desde que entraron en la granja, Paxton había estado espiando una oportunidad favorable. No se le presentó. Aunque interesados por la discusión de Markoff con Margaret y su amigo, los forajidos que

custodiaban a los presos no les perdían de vista un solo segundo. Eran tres individuos y los tres tenían las pistolas en las manos, dispuestos a apretar el gatillo sin vacilaciones.

Miró a Valerie, más para despedirse de ella que para avisarla de lo que se proponía hacer, y se lanzó sin vacilaciones a la acción. Escogió desde luego el momento menos malo —en modo alguno podía considerarlo como bueno—, cuando Fontaine se interponía entre él y Markoff y uno de los forajidos, mientras sólo dos quedaban separando a los prisioneros de la escalera.

Inesperadamente, su pie derecho se levantó con rapidez, alcanzando de lleno el bajo vientre de uno de sus guardianes, que lanzó un grito de dolor y rodó por tierra a unos pasos de distancia. Sin mirarle siquiera, Paxton se abalanzó sobre el otro. Se oyó un disparo y Garnett sintió una dolorosa quemazón en el muslo derecho. Pero esto era muy poco para contener a quien desde un principio lo daba todo por perdido y al que la desesperación centuplicaba las fuerzas.

Como un ciclón cayó sobre su enemigo, retorciéndole el brazo con tan salvaje furia que crujieron los huesos y el facineroso dejó caer el arma que empuñaba. De un rodillazo en la ingle, Paxton le tiró contra la mesa. Luego, agachándose con rapidez, recogió la pistola perdida por su adversario.

—¡Matadle, matadle! ¡Fuego!

Markoff y el tercero de sus secuaces tiraban sin precisar demasiado la puntería. El forajido a quien Garnett derribase de un puntapié les imitaba arrodillado en el suelo. Uno de sus balazos vino a hundirse en la espalda del americano. Volviéndose, Paxton apretó el gatillo y el individuo se derrumbó con un gemido agónico.

—¡De prisa, Valerie, hacia la escalera!

Pero ya las balas silbaban en todas las direcciones y no parecía posible llegar hasta allí. Repentinamente, Garnett entrevió una solución. Desconcertado por la rapidez de los sucesos, aterrado por la balas que siluetaban su figura, Fontaine iba de un lado para otro sin acertar a quitarse de en medio. Con un salto incomprensible en quien ya había sufrido dos graves heridas, Paxton se le echó encima. Apoyándole en la nuca el cañón de la pistola, intimidó a sus enemigos:

—¡Quietos! Si disparan, le vuelo la cabeza...

Muerta de miedo, Fontaine empezó a chillar como una rata. Con un gesto enérgico, Markoff se impuso a los dos secuaces que le quedaban en pie y a otros dos que aparecían en la puerta atraídos por los disparos. Tenía el máximo interés en salvar la vida del secretario del Interior. Fontaine era la seguridad de que el oro llegaría a tiempo al avión. Y esto era lo más importante.

—Hacia la escalera. ¡Rápido!

Retrocedió andando de espaldas, sin apartar la pistola de la nuca de Fontaine, que tenía que seguirle en la misma forma, pálido y desencajado, suplicando a gritos a sus amigos que no disparasen. Con un gesto invitó Paxton a la muchacha a que fuese a su lado. Valerie le obedeció sin vacilaciones.

—Si le suelta, le prometo respetar su vida —propuso Markoff.

—¡Gracias! En cuanto le soltase me acribillarían. ¡Arriba, Valerie!

Llegaban casi al piso superior, cuando Valerie lanzó un grito. Al mismo tiempo resonó un disparo y una onza de plomo pasó rozando la cabeza de Garnett. El americano se volvió rápido. En el rellano de la escalera, a tres metros de distancia, acababa de aparecer un individuo disparando.

Paxton se enfrentó resueltamente con él. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Apretaban los gatillos con ansias de matar. Garnett sintió sus carnes desgarradas por tercera vez; pero su contrincante, alcanzado entre las dos cejas, cayó de espaldas en el rellano, muerto posiblemente antes de llegar al suelo.

Pero no fue el único en caer. A su espalda, Fontaine, que había intentado escapar aprovechando el momento, acababa de recibir un balazo y se doblaba sobre la barandilla de la escalera con un hilillo de sangre brotándole de la sien derecha. ¿Quién le había matado? ¿El individuo que apareció en el rellano o los que habían quedado en la cocina y que ahora enviaban hacia arriba una lluvia de balas? Paxton no estaba en condiciones de averiguarlo. Sentía que las fuerzas le abandonaban y tiró a ciegas sobre sus enemigos; un nuevo balazo le hizo caer de bruces cuando pretendía llegar al piso superior.

—¡Suba, suba! Yo les contendré...

Como a través de un espeso velo, Paxton pudo ver algo inesperado. De un salto, Valerie había llegado a lo alto de la

escalera, apoderándose de la pistola perdida por el forajido muerto allí. La manejaba sin vacilaciones, tirando sobre Markoff y sus secuaces, que al ver caído al americano, querían acercarse a rematarlo. Los gritos que se oían abajo demostraban que no todas las balas se perdían en el vacío.

—Bien, muchacha... Bien...

Sacando fuerzas de flaqueza, con un esfuerzo supremo de voluntad, Paxton subió, arrastrándose, los últimos escalones. En el mismo instante, Valerie caía de rodillas, mientras en su hombro izquierdo aparecía una mancha rojiza.

—¡Tírate al suelo!... Si continuas en pie...

La joven obedeció. Quedó así, tendida junto a la barandilla, al lado de Paxton, apuntando los dos hacia abajo con las pistolas, que difícilmente lograban sostener en las manos. Repentinamente se hizo un profundo silencio. ¿Habían huido sus adversarios o habían terminado con todos? Ninguna de las dos cosas. De detrás de la mesa, volcada para que les sirviera de parapeto improvisado, les llegaba la voz de Alexis Markoff:

—¡Entregaos de una vez! No tenéis escape posible...

Ni Garnett ni la muchacha se molestaron en contestar. Cuando Bormann repitió su invitación, Paxton disparó hacia el punto de donde salía la voz. No consiguió herir a su enemigo, pero fue suficiente para que éste comprendiera la inutilidad de tratar de convencerles para que se rindieran. Hablando a varios de sus secuaces, parapetados en la puerta de entrada, les ordenó:

—Dad la vuelta y subid por la parte de atrás. Podréis cogerles por la espalda y liquidarles. Están heridos y no pueden moverse. ¡Hay que terminar de una vez!

Se escuchó el ruido de sus pasos y el estrépito que armaban al violentar una de las ventanas del piso alto. Pronto se les oyó al fondo del pasillo. Incorporándose ligeramente con un gran esfuerzo, Paxton quiso disparar hacia allí; pero aunque apretó tres veces el gatillo, no sonó un solo disparo. Había agotado el cargador.

Sus enemigos hacían fuego, en cambio. Tiraban los que habían quedado abajo y los que avanzaban a lo largo del pasillo. Garnett sintió un golpe seco en el parietal derecho y unas gotas de sangre le corrieron por la mejilla. Las fuerzas le abandonaron, y aunque no perdió el sentido, quedó tendido sin energías para intentar

incorporarse de nuevo.

Valerie, por su parte, disparaba con rapidez contra el pasillo. Un grito de dolor demostró que había alcanzado a alguien, pero también resultó a su vez herida en el pecho, y se derrumbó encima de Paxton. Desde abajo, Markoff seguía animando a los suyos:

—¡Duro con ellos! Hay que terminar cuanto antes...

Volvieron a oírse los pasos que se acercaban por el pasillo, empleando ahora mucha mayor cautela que antes. Valerie quiso levantar la pistola para volver a disparar, pero el arma se le escapó de entre las manos. Comprendiendo que había llegado el final, inclinó la cabeza y sus mejillas rozaron las de Garnett, mientras murmuraba con desaliento:

—Se acabó... Se acabó todo...

Con un violento esfuerzo, Paxton, que se sentía morir, pronunció unas cuantas palabras:

—Lo siento por ti, Valerie... Para mí... es el mejor final. No tenía nada que perder..., porque antes de empezar ya lo tenía perdido todo...

Quiso decir algo más, pero se lo impidió una bocanada de sangre. Se le cerraron los ojos y tuvo la sensación de despeñarse en un abismo sin fondo. Pero aún estaba encendida alguna lucecita en su cerebro. Seguía oyendo y pensando de una manera maquinal.

Oyó los gritos de triunfo de Markoff anunciando a sus secuaces que sus adversarios habían muerto y el ruido de los pasos que se acercaban hasta el lugar en que se encontraba tendido. De pronto creyó escuchar cómo unos coches se detenían ante la granja y sonaban disparos fuera de la casa. Más tarde, un alboroto extraordinario y unas descargas cerradas que resonaban dentro del edificio.

Por su cerebro, medio hundido en las tinieblas, cruzó el recuerdo de Prevost. ¿Habría seguido el rastro dejado por los neumáticos de los coches en el asfalto mojado por la lluvia? ¿Llegaría a tiempo para acabar con el grupo de terroristas y rescatar el oro robado? Por su mente cruzaron unas palabras que no llegaron quizá a salir de sus labios:

—Para mí ha terminado todo...

Fue su último pensamiento. O al menos así se lo hubiese imaginado, de haber estado en condiciones de imaginarse nada.

Pero no lo estaba. Dejó de sentir, de pensar, de tener noción de nada. Cayó en la más completa inconsciencia, y en ella permaneció por un espacio de tiempo que jamás podría medir por sí mismo.

Al cabo, una tenue lucecita se encendió en su cerebro. La lucecita tornó a apagarse apenas encendida. Después, con intervalos imposibles de calcular, otras lucecitas se encendieron y se apagaron. Por último, las luces duraron el tiempo suficiente para permitirle pensar. Aunque no sabía si era pensar realmente lo que hacía, porque tenía la inexplicable impresión de estar muerto desde mucho tiempo atrás.

Una vez tuvo fuerzas suficientes para abrir los ojos. Sorprendido, advirtió que estaba en una cama, en una habitación limpia y clara, y que sobre él se inclinaba un rostro de mujer anhelante. La reconoció sin vacilaciones: Valerie Gibson; una Valerie Gibson mucho más pálida, delgada y ojerosa de la muchacha que encontró en su habitación del Grand Hotel. Quiso preguntar algo, pero no pudo articular palabra. Valerie le sonrió:

—¡Duerme, querido! Todo va bien ahora...

Volvieron a cerrársele los ojos, pero sintió una íntima y profunda alegría. Un instante pensó que todo aquello era un sueño; pero para soñar era preciso estar vivo. ¡Vivía! Era todo lo que podía anhelar.

Con ligeras variantes, la escena se repitió muchas veces. Casi siempre, al abrir los ojos, Valerie aparecía a su lado, prodigándole palabras de cariño y aliento. Otras, era algún médico que le recomendaba silencio y quietud, anunciándole que pronto estaría bien. Un día le sorprendió advertir un ventilador funcionando dentro de la habitación. Preguntó, intrigado, en qué día estaban.

—A veinte de julio, querido —repuso Valerie.

¡Veinte de julio! ¡Y le hirieron en febrero! Habían transcurrido, por tanto, cinco largos meses. Durante toda la noche apenas pudo dormir. Si sus presunciones eran exactas, si el tumor cerebral se le reproducía con caracteres cancerosos, como había dado por descontado, debía estar muerto o, cuando menos, sufrir horribles torturas. Pero no sentía ningún dolor. Sólo cabía una explicación: que le estuvieran inyectando constantemente morfina.

Se lo preguntó al médico a la mañana siguiente. El doctor pareció extrañado de la pregunta.

—¿Morfina? ¿Y para qué íbamos a ponerle morfina si no la necesita para nada?

Atropelladamente habló Paxton entonces. Aludió a la operación sufrida, a la muerte de sus padres, víctimas del cáncer; a la plena y dolorosa seguridad de sufrir el mismo terrible mal; a las palabras del cirujano de Filadelfia, que le dejó entrever la desoladora verdad. El médico francés negó sonriente:

—Si alguien dictaminó tal cosa, estaba terriblemente equivocado. Puedo asegurarle que no tiene cáncer. Ni en la cabeza ni en ninguna otra parte.

—¿Es cierto, doctor? ¿No se tratará de una mentira piadosa?

El médico replicó en sentido negativo. Cuando le trajeron al sanatorio para ser operado, nadie creía que pudiera salvarse. Tenía seis balazos en distintos sitios, incluso en la cabeza. Tuvieron que hacerle toda una serie de difíciles intervenciones para ir extrayéndole una tras otra las onzas de plomo.

—Le hemos hecho, naturalmente, muchas radiografías y toda clase de análisis. ¡Tranquilícese! Puedo apostar la cabeza a que el cáncer que temía no ha sido nunca otra cosa que un fenómeno de sugestión.

A partir de entonces la curación de Garnett progresó de manera continuada y firme. Podía sentarse en la cama y hablar con quienes le visitaban. Prevost vino a verle en diversas ocasiones. Había sido ascendido y mostraba en la solapa la cinta de la Legión de Honor.

—Se la debo a usted, amigo mío. De no ser por su heroísmo y su inteligencia, jamás hubiese logrado recobrar los cien millones en oro ni terminar con Markoff y sus amigos. Aunque, en realidad, fue usted quien terminó con ellos.

Respondiendo a las preguntas de Garnett, contó algo que éste se imaginaba ya. Cuando llegó al hotelito de Nogent-sur-Marne, lo hallaron vacío. Por fortuna, alguien descubrió las huellas dejadas por los neumáticos en el piso mojado, y las fueron siguiendo, aunque no sabían si les conducirían al final anhelado.

Estaban en las proximidades de Noisy-le-Grand cuando les sobresaltó el ruido lejano de unos disparos. Fueron de un lado para otro, hasta conseguir localizar de dónde procedían. Cuando entraron en la granja, fueron recibidos a tiros. Contestaron en la misma forma y lograron dominar la situación.

—Fue una pena que tuviéramos que matar a Markoff, que no quiso entregarse. También habría sido interesante que Fontaine hubiera podido explicarnos sus concomitancias con los terroristas. Pero acaso haya sido mejor así. Condenar a un hombre que había ocupado un alto cargo en el Ministerio del Interior no hubiese tenido nada de agradable...

Por fortuna, habían conseguido detener vivos a tres de los terroristas y obligarles a hablar, lo que condujo a la detención de cuarenta más, terminando con la organización montada por Markoff, con la complicidad de Fontaine, autor de numerosos actos delictivos, entre los que descollaba el atraco de los cien millones, que fueron recuperados íntegramente.

—¿Y Margaret Golders?

—Confesó de plano. Estaba de acuerdo, desde luego, con Fontaine y Markoff, formando parte de la banda. Fue, como usted suponía, quien mató a su marido, cuando Hilary descubrió sus turbios manejos y la amenazó con ponerla en manos de la Justicia.

Estaba en la cárcel, esperando ser juzgada. En cuanto a Valerie —por cuya suerte futura preguntó Paxton con angustioso temor—, estaba en completa libertad y nada había contra ella. Si algo hizo por ayudar a la banda fue obligada por la fuerza y el temor de lo que pudiera ocurrirle a su padre.

—En realidad, su padre había muerto antes de que ella viniese a Francia. Pero Valerie lo ignoraba hasta que se lo dijo Alexis en Nogent-sur-Marne.

De cualquier forma, *miss* Gibson se había comportado heroicamente en la granja. Sólo por ello merecía el olvido de sus culpas —si alguna cabía achacarle en estricta justicia—, e incluso la gratitud de todos.

—Procure hacerla muy feliz, Paxton. Esa chica se lo merece todo...

Garnett estaba dispuesto a hacerla dichosa, porque era la única forma de serlo él. La quería, indudablemente; la había querido desde la primera vez que se vieron, aunque entonces, convencido de la proximidad de su final, no se atreviese a decirla nada.

—Ya ves, querida. Cuando vine a París creía tenerlo perdido todo. Y ahora resulta que he ganado mucho más de lo que podía soñar.

Estaba en plena convalecencia, contando los días que le faltaban para salir del sanatorio, que serían los mismos que tardara en casarse con Valerie, cuando inesperadamente se presentó en París el Inspector-jefe Menlo Hauser. Venía a comunicar a Paxton el ascenso y la felicitación del Estado Mayor del

F. B. I.

En el curso de la charla, amistosa y cordial, Hauser habló de Margaret Golders. Ya antes de mandar a Garnett sospechaba que aquella mujer estuviera al servicio de sus enemigos.

—¿Por qué no me lo advirtió? —preguntó, disgustado, Paxton.

—Porque formaba parte del juego. Era poco, nada prácticamente, lo que sabíamos de la organización terrorista. En buscar a sus componentes hubiese tardado usted meses, años tal vez, y no podíamos esperar tanto. Si Margaret estaba de acuerdo con ellos, les avisaría de su llegada, le atacarían, y al hacerlo se descubrirían.

—Pero pudieron matarme —protestó Garnett—. Me habrían matado con toda seguridad, de no ser por Valerie.

—Era un riesgo que teníamos que correr —replicó el inspector—. Además, no perdíamos gran cosa. Usted mismo me dijo que si le mataban le harían un favor, porque ya no tenía nada que perder.

Paxton contestó con alguna aspereza. Sus temores de entonces se habían desvanecido. Creía tener una enfermedad incurable y todo era un poco de sugestión.

—Eso demuestra —comentó, sonriente, Hauser— que no debemos desesperar nunca. Hasta cuando creemos que todo está perdido, estamos en condiciones de ganarlo todo...





¡GRAN ACONTECIMIENTO NOVELISTICO!

Ante el éxito tan rotundo alcanzado con el  
EXTRAORDINARIO NUMERO 100 DEL F. B. I.  
(cuya segunda edición está a punto de agotarse)

*EDITORIAL ROLLAN*

publicará, en la próxima semana, el

EXTRAORDINARIO n.º 125 del F. B. I.

## **Fidelidad, Bravura, Integridad**

UNA NOVELA COLOSAL Y MARAVILLOSA

PORQUE:

- 1.º Es un argumento interesante, emotivo, de puro espionaje, con un amor apasionante; protagonizado por los héroes del F. B. I.
- 2.º El autor es el famoso FRANK MACFAIR, aclamado por todos los públicos.
- 3.º Presenta la cubierta a todo color.
- 4.º Su extensión es de DOSCIENTAS DIEZ páginas.
- 5.º Al módico precio de OCHO PTAS.



*ADQUIERA, ANTES DE QUE SE AGOTE,*

## **Fidelidad, Bravura, Integridad**

EXTRAORDINARIO n.º 125 del F. B. I.

LA MEJOR OBRA DE FRANK MACFAIR

**5 Pesetas.**

